

NÚMERO 2 / ENERO-JUNIO 2003

Cultura y Desarrollo



OFICINA REGIONAL
DE CULTURA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE DE LA UNESCO

Cultura y Desarrollo

NÚMERO 2



Cultura y Desarrollo

**Oficina Regional de Cultura
Para América Latina y el Caribe de la UNESCO**



Director

Francisco J. Lacayo Parajón

Editor Jefe

Julio Carranza Valdés

Consejo Editorial

Gonzalo Carámbula

María Luisa Fernández

Alfredo Guevara

Armando Hart Dávalos

Eusebio Leal Spengler

Carlos Moneta

Eduardo Portela

Fernando Vicario Leal

Editor Asociado

Alfredo Prieto González

Diseñador

Eduardo Moltó

Corrección

Fernando Donoghue Pineda

Secretaria de Redacción

Elena Gálvez Delgado

Composición computarizada

Vani Pedraza García

En portada

«Caballo de tres cabezas», de *Juan Moreira (1997)*

ISBN 92-9177-002-7

Calzada No. 551, El Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba

Fax: (53 7) 333144 / e-mail: habana@unesco.org.cu

Las ideas y opiniones contenidos en cada texto de autor no expresan necesariamente los criterios de la UNESCO y del Consejo Editorial de la presente publicación.

Publicado en 2003 por la Oficina Regional de Cultura
para América Latina y el Caribe de la UNESCO

Impreso en Colombia por: Linotipia Bolívar S.A.

ÍNDICE

REPENSAR AMÉRICA LATINA

Los múltiples orígenes culturales
en la formación americana

9

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Los proyectos de transformación
en las décadas de los 60 y 70

16

MIGUEL ROJAS MIX

Relación entre lo universal
y lo latinoamericano

29

FERNANDO VICARIO LEAL

La globalización neoliberal:
desafíos para el pensamiento latinoamericano

36

VÍCTOR FLORES OLEA

Repensar el futuro de América

47

LEOPOLDO ZEA

La reestructuración neoliberal: retos y alternativas
para el pensamiento latinoamericano

52

ALFREDO GUEVARA

PERSPECTIVAS

Cultura y desarrollo

56

CELSO FURTADO

América Latina, la educación y el desarrollo

61

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

La cultura como base
del desarrollo contemporáneo

69

AMARTYA ZEN

Cultura y políticas culturales

74

MIGUEL BARNET

Economía y cultura.
Lo esencial y lo específico

77

JULIO CARRANZA VALDÉS

NOTAS CRÍTICAS

Hacia una nueva estrategia de desarrollo turístico-cultural
en América Latina y el Caribe

91

PEDRO MONREAL GONZÁLEZ

La Habana se rehace con plusvalías urbanas

113

RICARDO NÚÑEZ FERNÁNDEZ
Y CARLOS GARCÍA PLEYÁN

PALABRA Y FORO

Un nuevo contrato
entre cultura y sociedad.
«El futuro ya no es lo que era antes»

130

FRANCISCO J. LACAYO PARAJÓN

DOCUMENTOS

Declaración Universal de la UNESCO
sobre la Diversidad Cultural

140

PRESENTACIÓN

Presentamos al lector el segundo número de la revista *Cultura y Desarrollo*, editada por la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe de la UNESCO.

Razones de fuerza mayor impusieron una dilación entre el primer número y este que ahora ve la luz. Retomamos así el propósito fundacional de esta publicación: constituir un foro serio y dinámico para la reflexión y el debate acerca de la ineludible y compleja relación entre la cultura y el desarrollo. En el siglo XXI el desarrollo habrá de ser cultural o no será, se ha afirmado en el Informe de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo, lo cual ha devenido uno de los principales paradigmas promovidos y defendidos por la UNESCO.

Como advertirá el lector, hemos aprovechado la oportunidad para revisar nuestra práctica editorial previa e introducir cambios y nuevas secciones que, con un espíritu de flexibilidad, caracterizarán en lo sucesivo a esta revista, como un espacio de divulgación del pensamiento caribeño, latinoamericano y universal. En la primera de las secciones de este número, «Repensar América Latina», damos a conocer un conjunto de ensayos que fueron originalmente presentados en el Coloquio homónimo, realizado en febrero de 2000, con motivo del cincuenta aniversario de la Oficina de la UNESCO en La Habana. Estos trabajos abordan, desde diferentes perspectivas, el impacto de la globalización en el pensamiento latinoamericano y caribeño.

En la sección «Perspectivas», dedicada a difundir criterios y opiniones de reconocidos especialistas sobre nuestro tema principal, se presentan cinco interesantes artículos, tres de ellos publicados previamente por la revista *Diálogo*, de la UNESCO, producimos por considerarlos aportes notables y muy actuales.

Seguidamente, en «Notas Críticas», pretendemos divulgar resultados de investigación que, desde lo académico, discuten y sugieren razonadamente acercamientos y soluciones novedosas a problemas de actualidad y vigencia. La compleja relación entre cultura y turismo, así como la cuestión de las plusvalías urbanas en el proceso de restauración de La Habana Vieja, dicen de la

importancia que conferimos a temas como el desarrollo sostenible, la restauración del patrimonio, el respeto y la promoción de la diversidad y el fomento de un turismo verdaderamente cultural que constituya un vehículo de comunicación entre culturas, y no un elemento de alineación, distanciamiento y depredación del medio ambiente.

En la sección «Palabra y Foro» divulgaremos distintos pronunciamientos y discursos en eventos internacionales que se articulen centralmente con nuestro perfil específico y contribuyan a una mejor comprensión de los nexos entre cultura y desarrollo.

Cerramos el número con la sección «Documentos», en la que incluimos un importante pronunciamiento oficial de la UNESCO: la Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural.

Es nuestro propósito que este nuevo número de *Cultura y Desarrollo* constituya un limitado pero significativo aporte al empeño de estimular el pensamiento creador en el mundo de la cultura.

REPENSAR AMÉRICA LATINA

Los múltiples orígenes culturales en la formación americana

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Poeta, profesor y ensayista.

Presidente de la Casa de las Américas.

Deseo al comienzo expresar mi satisfacción por este Coloquio en el primer medio siglo de la ORCALC. Y añadir enseguida que puesto que el título (y consiguientemente el tema) de mi ponencia me fueron propuestos como «pies forzados», según dicen nuestros improvisadores decimistas, me sentí movido a realizar algún ajuste en dicho título, y a ampliar algo el tema.

I

El adjetivo «multiculturales», que mira al sustantivo «multiculturalismo», aunque haya sido empleado antes en nuestro idioma, remite sobre todo a fenómenos en discusión desde no hace mucho en países como los Estados Unidos y Canadá. Hablaré pues de «múltiples orígenes culturales», a fin de no enzarzarme en polémicas otras. De «la formación americana», que atañe a todo el Hemisferio occidental, lo que no deja de ser necesario en varios puntos, desgajaré en su momento lo que corresponde específicamente a este Coloquio: y mencionaré entonces, más que Latinoamérica», «nuestra América». El primero es vocablo de amplio radio, pero inevitablemente restrictivo: así, deja fuera parte del Caribe, y, para algunos, las comunidades indígenas, lo que no ocurre con «nuestra América». En cuanto a «formación», no me limitaré exclusivamente a los primeros tiempos, ya que de cierta manera algo de ella pervive hasta nuestros días. Además, no sólo se nos ha invitado a repensar nuestra comarca, sino también a pensar el nuevo milenio, lo que estimula la imaginación y la esperanza. Añado, por último, que puesto que no se me ha pedido, ni me sería posible, entera ineditéz, me valdré aquí o allá de cosas que ya he dicho.

Por ejemplo, en lo tocante a «nuestra América». No conozco mejor denominación que esa para aplicársela a la difícil unidad dinámica que somos. Investigadores como el panameño Ricaurte Soler y la chilena Sara Almarza han estudiado la presencia de este sintagma en varios autores, a los que cabría añadir aún otros. Pero indudablemente correspondió a José Martí acuñarlo en la forma en que ha llegado a nosotros, creadoramente abierto al porvenir. En aquél, tal sintagma no privilegia aspectos geográficos ni lenguas ni culturas, y se limita a subrayar la pertenencia a nosotros. El conjunto vuelve a tener un nombre común, pero esta vez más allá de la colonia. Aplicando una expresión que en libro reciente usó la española María Luisa Laviana Cuetos, puede decirse que se ha pasado «de las Indias a nuestra América». Martí comenzó a forjar el concepto durante su destierro en México y Guatemala, entre 1875 y 1878, lo afianzó en Venezuela en 1881, y tras su reveladora experiencia en los Estados Unidos, donde vivió casi todos sus últimos quince años, le dio forma madura en el texto programático así llamado: «Nuestra América», que vio la luz inicial en *La Revista Ilustrada de Nueva York* el primero de enero de 1891 y sigue conservando impresionante vigencia, por lo que me será necesario volver sobre él.

II

Empiezo a hacerlo de inmediato. En dicho texto aconsejó Martí: «La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria». Y en efecto: nuestra Grecia, el mundo

indígena, es, en todos los sentidos de la palabra, el sujeto más antiguo de nuestra América. Milenariamente anterior a la segunda llegada de europeos, en 1492 (la primera alrededor del año 1000, no tuvo consecuencias), ha sido llamado por algunos «Preamérica». La formaban millones de seres humanos integrados en numerosas culturas originales, que conocían diversos grados de desarrollo. Entre las más avanzadas, como es bien sabido, se hallaban las de aztecas, mayas e incas, en cuyo seno englobaban, a su vez, otras distintas. Las invasiones europeas iniciadas en 1492 destrozaron las culturas de los que llamaron equivocadamente indios, y sumieron a los sobrevivientes en la base de la pirámide social que iba a ser construída. Si, por una parte, hubo entre los invasores españoles activos y generosos defensores de las comunidades agredidas, como el padre Bartolomé de Las Casas; por otra, desde el primer momento tales comunidades ofrecieron una resistencia tenaz que se estrelló ante las divisiones internas y la superioridad militar de los invasores. Allí donde esta última era demasiado marcada, no existían instituciones autóctonas fuertes, y los trabajos brutales y las enfermedades desconocidas hicieron estragos, los indígenas se extinguieron en corto tiempo, como en las Antillas. Pero en muchos otros sitios, de cierta forma tal Preamérica ha resistido a los abusos de todo tipo a que fuera sometida durante medio milenio. A menudo ha respondido con revueltas enérgicas. La más conocida de ellas, en plena colonia, fue la encabezada en Perú (con repercusiones colindantes) por Túpac Amaru entre 1780 y 1781, cuando fue bárbaramente

ejecutado. Hoy mismo, de México a Chile, pasando por la quemante actualidad de Ecuador, las resistencias indígenas vuelven a manifestarse una y otra vez. Los llamados indios no se resignan a ser perennemente «vencidos», para aludir a la memorable antología que en 1959 publicó en su país el mexicano Miguel León Portilla, ni suelen ser aceptados con sus culturas como ciudadanos de pleno derecho. Desdeñados y combatidos hasta el siglo XIX por los que se consideraban entonces (y se consideran aún hoy) «civilizadores», fueron en cambio defendidos por los radicales de ese siglo, si bien todavía insuficientemente conocidos. Con el peruano José Carlos Mariátegui, tras la lección de su compatriota Manuel González Prada, se inició un intento de comprensión a fondo. Para él, «[l]a solución del problema del indio tiene que ser una solución social», y «[s]us realizadores deben ser los propios indios». El también peruano José María Arguedas, dolorosa criatura entre dos mundos, avanzó en ese camino, como artista y etnólogo que en parte se había formado en el ámbito indígena. Esta última condición de fuerza particular a testimonios como los del mexicano Juan Pérez Jolote, el peruano Huilca y la guatemalteca Rigoberta Menchú. Y también a meditaciones suyas, y de ideólogos como los que difundió el mexicano Guillermo Bonfil Batalla en *Utopía y revolución. El pensamiento político de los indios en América Latina* (México, 1981), así como a los documentos de elaboración colectiva recogidos en dicho libro; todos tienen en común reclamar proyectos indios alternativos al proyecto occidental. Sin ser indios, y con enfoques diversos, autores como el brasileño Darcy Ribeiro, el lituano-chileno Alejandro Lipschütz,

la francomexicana Laurette Sejourmé, los mexicanos León Portilla, Ricardo e Isabel Pozas, Luis Villoro, Pablo González Casanova, Gilberto López y Rivas y Bonfil Batalla, los cubano-mexicanos Alberto Ruz Lhuillier y Calixta Guiteras, el guatemalteco Manuel Galich, el peruano Luis Guillermo Lumbrellas, el dominicano-mexicano Héctor Díaz Polanco, los argentinos Rodolfo Kusch y Adolfo Colombres, los españoles Xavier Albó y Emilio Serrano Calderón (residentes uno en Bolivia y otro en varios de nuestros países), hacen posible una mejor comprensión de la martirizada América primigenia y de sus vicisitudes, metas y posibilidades actuales.

III

Las otras culturas no europeas que han contribuido grandemente a la formación americana proceden en su mayoría de África (aunque más tarde llegarían también representantes de Asia). Sin embargo, Lipschütz llamó con acierto al portador de tales culturas «el afroamericano o indígena "importado"». Traído a América, desde principios del siglo XVI, por los europeos (en una pavorosa operación que arrancó de África a millones de sus hijos e hijas, y contribuyó onerosamente a la gravísima situación que padece ahora dicho continente), fue sometido a implacable esclavitud. Arrojado a la base de la pirámide social, a semejanza del indio, también él (llamado «negro») y su descendencia conocerían el desdén de los «civilizadores», y hasta incomprendiones inesperadas. Y También se opondría en incontables revueltas a su atroz condición. Prueba de ello fueron el múltiple cimarronaje, y, alo romper 1804, la

independencia, lograda por ex esclavos, de Haití, prólogo de la de nuestra América toda. Pero salvo en el caso de intelectuales haitianos como Antenor Firmin, quien impugnó a Gobineau en *L' égalite des races humaines* [...] (París, 1885), la fundamental contribución del negro a América sólo empezó a ser estudiada con profundidad en este siglo, y especialmente a partir de la década del 20, por investigadores como los cubanos Fernando Ortiz, Lydia Cabrera, José Luciano Franco y Rómulo Lachatañeré, los brasileños Nina Rodríguez, Arthur Ramos, Gilberto Freyre y Edison Carneiro, los haitianos Jean Price Mars y Jean Casimir, el venezolano Miguel Acosta Saignes. Por lo general, estos autores, como los mencionados en el acápite anterior, desbordaron en sus trabajos las cuestiones específicas de ambos acápite: ejemplos superiores de ese desbordamiento lo ofreció Ortiz. Hay que destacar el relevante papel del jamaicano Marcus Garvey, con su consigna dramática de regreso a África de los negros; y de pensadores/escritores como los trinitenses C.L.R. James y Eric Williams, el cubano Nicolás Guillén, los haitianos Jacques Roumain, Jacques Stephen Alexis y René Depestre, los martiniqueños Aimé Césaire, Frantz Fanon y Édouard Glissant, los barbadienses George Lamming y Kamau Brathwaite, los jamaicanos Richard Hart y Rex Nettleford.

IV

Pero las culturas que harían dar un vuelco decisivo al continente que iba a ser llamado América fueron las que procedían de Europa, de donde empezaron a llegar en 1492. Si hoy es evidente que a aquella llegada no puede llamársela un

descubrimiento, y menos El Descubrimiento, ello no le resta importancia para la Humanidad toda. Sin ir más lejos, sólo a partir de entonces la Humanidad empezó a tener una historia común. Pero hay más. Para decirlo con las palabras de que se valieron Aníbal Quijano e Immanuel Wallerstein en 1992,

[e]l moderno sistema mundial nació a lo largo del siglo XVI. América —como entidad geosocial— nació a lo largo del siglo XVI. La creación de esta entidad geosocial, América, fue el acto constitutivo del moderno sistema mundial. América no se incorporó en una ya existente economía-mundo capitalista. Una economía-mundo capitalista no hubiera tenido lugar sin América.

En aquel siglo XVI, pues (llamado por algunos «el siglo ibérico»), el surgimiento de América «como entidad geosocial» hizo posible el surgimiento de «la economía-mundo capitalista», cuyo cogollo es llamado Occidente. En 1928 Mariátegui hablaría de «la sociedad occidental o, mejor dicho, capitalista». Y en 1957 añadiría Leopoldo Zea: «el capitalismo, esto es, el mundo occidental». Por mi parte, en 1976 sostuve que América y Occidente se desarrollan a la par, dialécticamente enlazados, a partir del siglo XVI. Y también:

Es absurdo pretender trazar la historia de nuestros países con prescindencia de la de esos otros países, los «occidentales». ¿Pero se ha visto con bastante claridad que también es imposible trazar la verdadera historia de tales países con prescindencia de la nuestra? Esto es lo que subraya, por

ejemplo, Eric Williams en su *Capitalism and Slavery* (1944).

Por eso, al citar la observación de José Luis Romero según la cual América fue el «primer territorio occidentalizado metódicamente», añadí que ello ocurrió

no sólo por el trasvasamiento a estas tierras, a partir del siglo XVI, de múltiples elementos culturales provenientes en lo inmediato de Europa, que aquí vendrían a conocer nueva vida y a fundirse con otros elementos, sino porque nuestra América está unida, desde la arrancada misma del capitalismo, al mundo occidental, a cuyo desarrollo contribuyó decisivamente la rapaz y múltiple explotación (colonial primero y neocolonial después) que nuestros países, en su mayoría, no han dejado aún de padecer.

He hablado en el párrafo anterior de «nuestra América», lo que hace recordar (y es imposible no hacerlo) que hay en el Hemisferio occidental otra América, no nuestra, que en 1884 Martí llamó «la América europea», y la encarnan sobre todo los Estados Unidos, aunque también Canadá forma parte de ella. Su importancia actual es obvia, lo que no autoriza a ignorar que «nuestra América» es cronológicamente anterior a la otra. En el varias veces mencionado siglo XVI, fue ella la que desempeñó el importante papel que se ha reconocido. Hubo que esperar más de una centuria para que los ingleses, a la zaga de España y aun de otros países europeos, llegaran a lo que hoy son los Estados Unidos. Esa llegada, sin embargo, por tardía que fuera, acabaría bifurcando la historia americana. Pero tal bifurcación no

se reveló de inmediato en toda su intensidad. Hasta el siglo XVIII, la zona americana preponderante en espacio, población y riqueza era la colonizada por los países ibé-ricos, con algunos enclaves de metrópolis distintas en el Caribe. Cuando en el último cuarto de aquel siglo las Trece colonias desencadenaron la que sería la primera guerra independentista de América, fue decisivo el auxilio que les prestaron Francia y España para vencer a los ingleses. Pero en 1783, apenas obtenida la independencia del país emergente, cuyo nombre, Estados Unidos de América, más que nombre parece definición (y ayudaría a su pretensión de ser llamada la única «América»), el sagaz conde de Aranda advertía contra «la nueva potencia formada por un país donde no hay otra que pueda contener sus proyectos» y aseguraba: «mañana será gigante, y después de coloso irresistible en aquellas regiones». Los dos siglos y pico transcurridos desde entonces han visto el cumplimiento de esta profecía. Aunque no nos compete detenernos en esa América no latina, es imprescindible destacar su influencia, posterior pero fuerte, en nuestra América; y también que los límites que a esta última señaló Martí («del río Bravo a la Patagonia») han sido desbordados, ya que cerca de treinta millones de habitantes procedentes de la América Latina y el Caribe viven hoy en las entrañas del monstruo, para valernos de otra conocida imagen martiana.

V

Por comodidad expositiva, mencioné por separado los tres grandes conjuntos humanos que han participado en la formación de nuestra América: sus verdaderos

descubridores, los llamados indios; los de procedencia africana, traídos como esclavos, y los de procedencia europea (en nuestro caso, sobre todo ibéricos), quienes establecieron las estructuras y los patrones culturales mayores dentro de los que se desenvolvería nuestra historia. Aludí también a comunidades de origen asiático: se trató de hombres y mujeres venidos mayormente de China, la India y el Japón, que a partir del siglo XIX se incorporaron a nuestros pueblos. Y hablé por último de la bifurcación provocada en la historia americana por la llegada de los ingleses a lo que hoy son los Estados Unidos. En efecto, si Inglaterra, entonces el país capitalista de mayor desarrollo, dejó tal carácter en herencia a su colonia americana nortea, que, tras independizarse, se convertiría a su vez en el que en la actualidad es el país capitalista de punta; las metrópolis ibéricas no podían dejar en herencia lo que no tenían, y sus ex colonias son hoy países subdesarrollados, altamente influidos por la nueva metrópoli que son los Estados Unidos subdesarrollantes.

Pero los conjuntos humanos mencionados no se conservarían entre nosotros como compartimentos estancos. Sin duda se ha imbricado en diversa medida, tanto étnica como culturalmente, lo que sigue siendo objeto de discusión. En fecha tan cercana como el año pasado, Serge Gruzinski, quien dedica estudios acuciosos a México, publicó su libro *La pensée métisse*, donde defiende la tesis de que la uniformización de culturas comenzó en América, en el caos que siguió a la conquista, cuando el Antiguo y el Nuevo mundos se mezclaron. Según él, desde el Renacimiento la colonización occidental produjo una

primera ola de mestizajes que, bajo diferentes formas, prefiguraron las que conocemos en vísperas del tercer milenio. Casi al inicio de su libro, Gruzinski cita el verso de Mário de Andrade «Soy un tupi que toca un laúd», e decir, comenta, «[s]e puede ser un tupi, un indio del Brasil, y tocar un instrumento europeo tan antiguo, tan refinado como el laúd». Pero ¿basta que la globalización haya llevado sus mensajes mediáticos a lo largo y ancho de buena parte del planeta para aceptar que el mestizaje ha triunfado, borrando las desigualdades, en nuestra América? No es posible negar lo distinto que es el término «mestizaje» cuando lo usa, exaltándolo, Martí, que cuando lo usa, impugnándolo, Guillermo Bonfil. El primero, en momentos en que la sociedad occidental impone a través de todos sus aparatos ideológicos un feroz racismo (véase, por ejemplo, Edward W. Said, *Culture and Imperialism*, 1993), se atreve a decir en 1891 que «no hay odio de razas, porque no hay razas», y sobre esta base desafiante habla, al parecer de modo paradójico, de «nuestra América mestiza». Quien así se expresa es un luchador popular firmemente antirracista, y en consecuencia defensor de indios y negros; un antimperialista convicto y confeso que además ha querido echar su suerte «[con los pobres de la tierra], como proclamó en sus *Versos sencillos* (1891), Bonfil, por su parte, cien años después (tomo como muestra su trabajo de 1991 «Sobre la ideología del mestizaje...»), rechaza lo que el peruano Antonio Cornejo Polar llamó con acidez «la ideología salvífica del mestizo y del mestizaje», propia de tantas oligarquías criollas sucursales de Occidente. Tales oligarquías

criollas enarbolan la defensa de un supuesto mestizaje cuya única finalidad es borrar la especificidad de esos «pobres de la tierra», los cuales sólo les parecen buenos para ser explotados. El antirracismo de Martí es llameante, y no ha perdido un ápice de su valor. Como no lo ha perdido su decisión de echar su suerte «con los pobres de la tierra», o, como diría en «Nuestra América», «con los oprimidos». En ese antirracismo martiano (integrante básico de su radicalismo político, social y moral) se afina su concepción del mestizaje. Este último es en Martí popular, auténtico, antirracista; y en aquellas oligarquías criollas, tramposo, señorial, otro avatar (astuto) del racismo. Fernando Ortiz hará culminar entre nosotros, con amplio acopio de datos y vigorosa acometida, el rechazo de todo racismo. A lo que sumó su aporte básico de una interpenetración auténtica y fértil de culturas que llamó desde 1940 «transculturación», de la cual está emergiendo una nueva realidad cultural: la propia de nuestra América.

Al ir a concluir un siglo cuyas terribles características son harto conocidas (Eric Hobsbawm lo ha radiografiado en *The Age of Extremes [...]*, 1994), Bonfil, el autor de *México profundo, Una civilización negada* (México, 1987), tuvo razón cuando dijo en 1991: «No somos los pueblos mestizos que pregonan la ideología oficial y la propaganda turística. No se ha consumado la ansiada razón cósmica». Y también la tuvo cuando añadió: «No es con el pensamiento de Occidente como podremos entendernos y ordenar el futuro de todos. Al menos, no con el pensamiento dominante de Occidente». Pero lo que Martí hizo

en su momento fue parar de cabeza ese pensamiento dominante. Ello lo practicarían después de él criaturas como Mariátegui, Arguedas, James, Césaire, Ribeiro, el Che o Rigoberta. Y lo que debemos seguir practicando. No ha terminado la formación de nuestra América, la cual requiere derrotar toda forma de colonialismo, de neocolonialismo, de imperialismo (lo que Martí llamó «el tigre de afuera»); y también toda forma de explotación local, incluido «el colonialismo interno» denunciado por González Casanova (lo que para Martí era «el tigre de adentro»). Como escribiera el gran poeta Nicolás Guillén, «El pasado pasado no ha pasado./ La nueva vida espera nueva vida».

Los proyectos de transformación en las décadas de los 60 y 70

MIGUEL ROJAS MIX

Ensayista.

*Director del Centro Extremeño de Estudios y Cooperación
con Iberoamérica (EXECCI).*

Por razones de coherencia con la convocatoria y con la temática que se me ha encomendado, y por situarme en la historia y esclarecer el sentido de la idea, voy a dividir en esta reflexión en tres momentos: el origen de la idea de América Latina, las décadas de los 60 y 70 y el desafío de la globalización .

El nacimiento de América Latina

Quisiera, en primer lugar, despejar una falsa idea: que el nombre de América Latina es de origen francés. Los errores son pertinaces. Todavía en la última edición del *Diccionario de dudas y dificultades para la lengua española*, Manuel Seco repite que los términos «Latinoamérica», «América Latina» y «latinoamericano» fueron creados en Francia en 1860, «y utilizados para arropar la política imperialista de Napoleón III en su intervención México. Fueron rápidamente adoptados por escritores hispanoamericanos residentes en Francia». ¹ Un autor que hizo autoridad, Phelan, daba como fecha de su nacimiento el año 1861, señalando el lugar: la *Revue des Races Latines*. Sólo más tarde —afirmaba— habría sido utilizado por los propios latinoamericanos: Carlos Calvo y José María Torres Caicedo, los primeros, pero no antes de 1864.

Las dos afirmaciones son erróneas. Mientras ningún otro documento lo desmienta, quien primero utilizó el término «América Latina» fue Francisco Bilbao, y después el colombiano Torres Caicedo, el uno y el otro antes de 1861. En una conferencia en París, el 24 de junio de 1856, «Iniciativa de la América», Bilbao utiliza el nombre y el gentilicio «latinoamericano». Ambos conceptos le sirven para contraponerlos a la América sajona, a la América imperialista de los Estados Unidos, que ha anexado extensos territorios mexicanos e intenta imponer su modo de vida, el individualismo, a todo el continente.

Tres meses después, el 26 de septiembre, José María Torres Caicedo, también en París, escribe

*Las dos Américas.
La raza de América Latina
al frente tiene la sajona raza.*

En escritos posteriores, Bilbao utilizará también el sintagma «raza latinoamericana».² Es incluso precursor de la significación que el nombre va a adquirir más tarde en el lenguaje de las izquierdas latinoamericanas. Va más allá de la pura idea lingüística de latinidad. Acuña del concepto en el marco de un pensamiento anticolonialista, antimperialista, y de un proyecto de sociedad socialista.

Sólo la unión de los Estados de América del Sur podrá detener el imperialismo de los Estados Unidos del Norte, que «cree en su imperio como Roma creyó en el suyo».³ Sólo ella podrá defender la libertad, el sistema republicano y la democracia. Para salvarse, la unión es necesaria, porque permitirá a América Latina tomar la iniciativa histórica.⁴

Bilbao fue, pues, el creador de la noción moderna de América Latina. Una noción que se actualiza y toma cuerpo en las décadas del 60 y del 70. Una América que, más que por la lengua, se define por el sentimiento anticolonial y antimperialista.

**Las décadas de los 60 y los 70
del siglo recién pasado**

Al sur del río Bravo, a partir de los años 50, la noción de América Latina se afirma en el mundo intelectual y cultural, particularmente en el pensamiento filosófico y, en collera con él, en corrientes psicológicas, antropológicas y económicas,

inscritas en la temática del desarrollo, la dependencia y la liberación. Las respuestas de los pensadores de los años 50 continúan las que habían dado Martí y Mariátegui.

Desde mucho antes, la idea era portada asimismo por una literatura que, a la vez, extraía de ella su originalidad y se la proporcionaba. Las letras reflejaban y creaban identidad.

Ortega y Gasset influye en forma decisiva en esa meditación. La «circunstancia orteguiana» es traducida de diversas maneras, según las opciones políticas y científicas de quienes escriben. Es entendida por unos como el contexto socioeconómico. La noción de «circunstancia» (*circumstantia*: lo que nos rodea) implica que la búsqueda de identidad individual pasa por la afirmación nacional, y esta por la continental. Hay una acción recíproca entre el yo y el entorno. La vida es lo que uno hace con la circunstancia. La acción sobre el entorno es una «misión», un «proyecto», un «hacer». ¿Por qué no el hacer revolucionario? Los 60 son los años de la utopía; los 70 los del desencanto. De alguna manera, Ortega anticipa la idea de la utopía concreta.

En torno a la temática de la dependencia y del desarrollo, esta afirmación aparece por todas partes: Prebish, Cardoso y Faletto, Gunder Frank... Pero el grupo más importante lo constituyen los brasileños, que a partir de esa reflexión abordarán la idea de América Latina. Idea de la cual Brasil se sentía distante hasta fines

de la década de los 50, por más que ella lo incluyera desde sus primeras formulaciones.

La constante en el proyecto de unidad de América Latina es la hipótesis de la interdependencia de las naciones que la componen y su deseo de integración. La noción se redefine, deja de ser una herencia puramente lingüística, y la unidad ancla en el fondo de las condiciones socioeconómicas, propias de los países latinoamericanos, y en la necesidad, para liquidar el subdesarrollo, de la complementariedad.

Darcy Ribeiro se plantea la interrogante de si existe una América Latina. En el terreno de la cultura, abandona los rudimentos del indigenismo y negritud para afirmar que sólo se puede responder positivamente a esta pregunta si entendemos por cultura «una entidad compleja y fluída que no corresponda a una forma dada, sino a una tendencia en búsqueda de una autenticidad que jamás ha logrado alcanzar».⁵ Para él, la identidad es un proceso. La unidad es producto de la expansión ibérica que va a homogeneizar el mundo. Ya no encontramos ni indios ni europeos, ni africanos ni asiáticos, son todos neoamericanos, son la América pobre frente a la América rica. América Latina es el producto de un proceso civilizador que, en el momento actual, empujado por una nueva revolución tecnológica, tendiente a reaglutinar los pueblos, engendrará quizás una política supranacional, marco donde los latinoamericanos vivirán su destino.⁶

De igual modo, se manifiesta por los años 50 el sentimiento latinoamericano en la literatura. En Chile lo magnifica Pablo Neruda con

el *Canto General*, pero ya lo había expresado Gabriela Mistral:

¡América, América!

*¡todo por ella; porque nos vendrá de ella
desdicha o bien!...*

*Dirijamos toda la actividad como una
[flecha*

hacia este futuro ineludible;

la América Española una, unificada

por dos cosas estupendas:

*la lengua que le dio Dios y el Dolor que da
/el Norte...?*

En Argentina, el tema de la identidad será replanteado por la generación de Borges y Martínez Estrada. Este último, que escribe en 1932 *Radiografía de la pampa*, niega la idea civilizadora de Sarmiento, porque habría dejado intacto el orden colonial. Considera que las dicotomías civilización-barbarie, así como ciudad-campo, sólo sirven para la exclusión de un sector de la población por otro.

La generación siguiente, probablemente marcada por la reflexión regionalista sobre indigenismo y negritud, reivindica la llamada «identidad del barco». Quienes mejor ilustran este punto son Héctor Murena y María Helena Rodríguez. En *El pecado original de América*, Murena plantea que los latinoamericanos no pueden ser la continuación ni de España ni de los incas: son europeos transplantados, desterrados. Este destierro, segundo pecado original de América, genera un sentimiento de culpabilidad por haber abandonado el paraíso (el Viejo mundo). En América se vive el complejo de haber perdido la espiritualidad europea. La inmigración creará, además, una nueva forma de barbarie, que se unirá a la tierra, como el proletario

en la ciudad y el gaucho en el campo, e intentará instalar una sociedad industrial que sobrepase el modelo agroexportador. Pero para lograr ese afán del inmigrante —de hacerse de la tierra, de asimilar la realidad, de asumir una nueva identidad— es preciso que cometa un parricidio. Tiene que matar a Europa. No pensar más en su nombre, sino en el de la realidad en que vive. Sólo así América podrá comenzar a vivir.⁸

Convencida de la existencia de América Latina por el solo hecho de que desde fuera es considerada una unidad, María Helena Rodríguez se ocupa, a su vez, de la identidad del barco. Según ella, a la inmigración se debe en el Río de la Plata la formación de clases medias, pequeñas burguesías que llegan al poder a comienzos de siglo en Uruguay con Batlle Ordóñez y en Argentina con Hipólito Yrigoyen.

Sin embargo, tanto las filosofías del indigenismo y de la negritud, como las del «barco», responden a interrogantes regionales. En literatura, la respuesta continental será dada por los escritores que, a mediados de siglo, van a llamarse comprometidos. Compromiso se entiende, eso sí, en un sentido lato, distinto de militante o de miembro de un partido político, nociones más características de la generación anterior. Es un compromiso con un concepto amplio de identidad y con una idea ética de revolución: con la necesidad de dar una respuesta al imperialismo y cancelar el colonialismo cultural. Es el compromiso de «reconquistar el tiempo y el lenguaje».

Los años 60 son los del *boom* en literatura, lo que le da a esta un protagonismo trascendental. En

torno a la identidad americana, se desatan polémicas apasionadas. ¿Implica adhesión a un estilo?, ¿a un tema? Se discute entre las virtudes del realismo y los valores de la vanguardia, entre telurismo y universalismo. En realidad, a partir de los años 50 el escritor comprometido se define, más que por su estilo, por el deseo de cimentar una conciencia nacional y una personalidad continental. Dos hechos marcan profundamente esta búsqueda: la Guerra civil española y la Revolución cubana. Si el primero fue a encontrar en el fondo profundo de nuestra solidaridad la reconciliación definitiva con la «otra» España, el aporte fundamental de la Revolución cubana se centró en la exaltación de la dignidad americana y en la estética del compromiso. No se abanderó con ningún estilo y abrió las puertas a todos los géneros. Lo que definía el compromiso revolucionario era la posición antiimperialista y anticolonial.

Emblemático de esa actitud fue Julio Cortázar. En lo que se refiere a la creación de identidad —aseguraba— son tan válidos para fijar las pautas del destino latinoamericano los actos culturales como los políticos. Y esto no implica que la función de identidad del escritor se dé en los estratos de un realismo primario. Puede manifestarse, incluso con mayor fuerza, en una literatura originada en lo imaginario si enriquece la realidad.¹⁰ El hombre latinoamericano es un «hombre histórico, alienado y mediatizado por el subdesarrollo en que lo mantiene el capitalismo y el imperialismo». La literatura está destinada a romper esas barreras. Cortázar precisa la idea de que la literatura participa de un proyecto político antiimperialista y

anticapitalista, pero que la práctica de esa función carece de presupuestos de estilo. Es función de la literatura, además, completar el proyecto revolucionario, fundamental para extender la revolución a todos los planos de la materia y la psiquis.

Apunta, en definitiva, la literatura de esos años a desarrollar una conciencia continental, un nuevo ideal político, una idea de revolución en que se unen el Che con Mayo del 68, proyecto heroico y cultural. Una conciencia deseosa de existir en el arte, sin trabas de estilo como aquella que imponía la vieja estética bolchevique, pero que cree firmemente en la revolución como un mito de salvación. Conciencia que supera los indigenismos y las negritudes, porque las arrastra en una marea más vasta. Es una literatura que crea conciencia continental en la medida en que une un mundo, a través de la lengua y de un sistema de representaciones. La literatura de identidad es literatura de liberación: suprime la alienación.

La convicción americana es también capital en el discurso político. Aparece en dos contextos: el desarrollista y el revolucionario. En el primero asociada a la creación de una industria y una burguesía nacionales y, *a fortiori*, continentales, puesto que implica la integración.

Desarrollistas son las políticas de la CEPAL, de Raúl Prebisch,¹¹ las teorías de Celso Furtado.¹² El desarrollismo es el punto de partida de la creación de pactos regionales como la ALALC, el Pacto Andino y otros. A partir de la idea de integración económica, se propone un modelo de desarrollo armónico a

través de una política de sustitución de importaciones.

En la década de los 50, estas teorías daban una visión puramente regional de América Latina. Fundar una industria interna —se decía— responde al surgimiento de una conciencia nacional. La dimensión latinoamericana de esta concepción venía del convencimiento de que el crecimiento industrial no podía lograrse sin la cooperación y el acercamiento de los pueblos.

Otro hecho que marca la década de los 60 es la entrada de Brasil en la escena latinoamericana.

Brasil e Hispanoamérica se habían mantenido durante siglos dándose la espalda: primero, por el Tratado de Tordesillas, que separó las esferas de colonización entre España y Portugal; luego, porque en el siglo XIX, mientras la América hispana se hacía republicana, Brasil seguía siendo un imperio; finalmente, porque la herencia del sistema colonial portugués lo hacía mirar más hacia África que a sus vecinos. Germán Arciniegas decía: «Los indoeuropeos vivíamos dándole la espalda al Brasil, ni su literatura, ni su historia, ni su arte, nos eran familiares».¹³

La vuelta hacia América del Brasil se produjo en los años 60 y desde diversas direcciones: cultural, económica (Teoría de la dependencia), teológica..., Actis significativos fueron la fundación de Brasilia y el *cinema novo*, pero también la geopolítica.

La Guerra fría situó a Brasil como guardián de los intereses de los Estados Unidos en el continente, llevando una clase política a legitimarse en el marco de la

Doctrina de Seguridad Nacional (DSN), dentro de un modelo de dictadura militar que se extendió sobre todo el Cono sur.¹⁴

Para la llamada Doctrina de Seguridad Nacional, la defensa de la civilización occidental y cristiana fue un tema de identidad que implicaba una idea hemisférica y nacional.

Un ejemplo de hasta qué punto este occidentalismo se asocia al tema de la identidad es la declaración de West Point. En 1965, encontrándose el general Onganía en dicha escuela militar, definió el derecho del ejército a intervenir en política en un único caso: cuando «el modo de vida tradicional argentino se encontrase amenazado». Al preguntársele cuál era ese modo de vida, respondió: «¡El occidental y cristiano!».

Concepción característica de los regímenes autoritarios, la defensa de Occidente crea un nuevo contexto de significación para la problemática de la identidad y el progreso. En efecto, la idea nacional, expresada a «modo de vida tradicional», idéntico a la sociedad capitalista-integrista, permitía negar la condición nacional del opositor, designándolo «antiargentino» o «antichileno». A la pregunta: en un régimen de facto, ¿qué significa civilización y barbarie?, nada responde mejor que el discurso con que, en 1976, se inauguró el año académico en la Universidad Católica de Valparaíso: «En la hora actual [...] las armas conducen a la civilización y las ideas a la barbarie».

La vuelta hacia América de Brasil que inaugura el *cinema novo*, se vio reforzada con la reflexión de economistas, sociólogos, antropólogos y teólogos. Brasil se encontró con América Latina en terrenos capitales de la reflexión continental. Las teorías de la dependencia o la Teología de la liberación fueron respuestas comunes a sistemas específicos de opresión.

De alguna manera estas concepciones son los epígonos de un sentimiento: América Latina

había fracasado en su marcha hacia el progreso. Convicción que a comienzos de siglo había llevado a la formulación de teorías marcadamente racistas, que responsabilizaban de este fracaso a los pueblos. La obra emblemática de ese pensamiento será *Pueblo enfermo*, de Alcides Arguedas. La desconfianza en el progreso continúa manifestándose en los 60 en la llamada

La idea de identidad y solidaridad cultural iberoamericana frente a una geopolítica de bloques que va a dominar el presente siglo, es hoy más válida que nunca.

Teoría de la dependencia. Frente a las tesis desarrollistas, que veían con optimismo la posibilidad de alcanzar o de seguir el progreso, reemplazando en la terminología del análisis económico el término «fracaso» por el de «atraso», las tesis de la dependencia afirmaban que la «barbarie» en la periferia resultaba indispensable para mantener la «civilización» en el centro. Ya en 1950, en un documento de la CEPAL, Prebisch había formulado la teoría del «deterioro de los términos de

intercambio». Se basaba en los rendimientos decrecientes de las materias primas en relación con el valor de los productos manufacturados. Este deterioro sería acumulativo, porque los productores carecían de poder para modificar las leyes del mercado internacional. Prebisch sostenía que ningún economista, ni Keynes ni Marx, habían pensado con otros parámetros que no fueran los de las economías centrales. De ahí que sus conclusiones no pudieran ser válidas para América Latina. Para América Latina, esto significaba aumentar su dependencia y acrecentar su debilidad económica.

El fracaso de la CEPAL contribuyó a terminar con el mito de un desarrollo gradual, conducido por una burguesía nacional progresista.

El castrismo rompe con la estrategia etapista (primero, fase del capitalismo nacional; luego, fase de lucha por el socialismo), que se veía como única fórmula para liquidar el imperialismo neocolonialista. Ese esquema, imperante hasta los años 60, seguía el evolucionismo teórico y percibía la historia dominada por la primacía económica de las «condiciones objetivas». Para la Teoría de la dependencia, la barbarie, es decir, el subdesarrollo —término generalizado durante la posguerra— no es ya una etapa, sino un estado permanente. forma parte de un sistema mundial que requiere del subdesarrollo de la periferia para mantener el desarrollo en el centro.¹⁵

Otro aspecto destacable de la Teoría de la dependencia es que no responsabiliza a la identidad por el fracaso del hombre americano. El desarrollo y el subdesarrollo son dos caras de la única moneda. El mismo proceso histórico de

expansión y crecimiento del capitalismo ha generado, simultáneamente, el desarrollo y el subdesarrollo estructural.

Gran mérito de la Teoría de la dependencia fue dejar en claro los fundamentos del conflicto Norte-Sur: lo que era y lo que sería, en particular en vista de los acontecimientos en Europa del Este, que sacaron al Tercer mundo de las prioridades de los países subdesarrollados, designándolo como un nuevo bárbaro que amenaza con invadir la «civilización». Ahora es la amenaza de la «barbarie paupérrima» a la «civilización opulenta».

Al la Teoría de la dependencia se opusieron con pasión los sociólogos liberales y, en general, todos los que se negaban a entrar en la lógica moral Norte-Sur; es decir, en la de las responsabilidades de los países desarrollados frente al subdesarrollo. Entre ellos, uno de los que más se hizo notar —como testigo *in situ*— fue Carlos Rangel, periodista venezolano. En 1976, publicó en Laffont, *Du Bon Sauvage au Bon Révolutionnaire*. Creer que la situación de América Latina constituía el resultado del imperialismo yanqui —afirmaba—, era de lo más pernicioso. Rangel reproducía las tesis del «fracaso», de principios de siglo, señalando que este era atribuible a la cultura hispánica, que habría producido el estancamiento económico y el individualismo antisocial: la aversión al trabajo, la violencia y el autoritarismo. Lo que habría terminado de gestar el fracaso sería la Iglesia, divulgadora de la ética católica y no de la protestante, propicia al desarrollo del capitalismo.

Esta interpretación se manifestó particularmente interesante para fundar en la historia la lógica neoliberal. En *La herencia colonial de América Latina* (1970), Stanley y Barbara Stein sostienen que la dependencia colonial de España habría determinado la dependencia de sus colonias;¹⁶ y en un libro de los 80, *Underdevelopment is a State of Mind*,¹⁷ Lawrence E. Harrison ataca decididamente la Teoría de la dependencia, señalando que exageraba la importancia y el beneficio de las transnacionales, y negaba que los Estados Unidos apoyaran dictaduras de derecha, para volver al designio de que los gobiernos autoritarios son la herencia del pasado colonial español. Su idea de que el «subdesarrollo está en la mente», le permite desplazar la responsabilidad sobre la tradición cultural española y sobre los propios latinoamericanos, en particular sobre los intelectuales. Y la acusación hizo fortuna, porque fue retomada por Mario Vargas Llosa. ¿Qué mejor prueba que el panfleto que él inspiró, *El manual del perfecto idiota latinoamericano?* El escritor afirma: «*toda* la culpa del subdesarrollo la tenemos nosotros mismos, y *ninguna* las relaciones internacionales de intercambio». «Prebisch y los intelectuales latinoamericanos de las fechas del boom [él mismo, dice Alfredo Bryce, que cita este párrafo] se equivocaron *absolutamente* en su percepción de cómo afrontar el reto del subdesarrollo».¹⁸

El sentido revolucionario de la idea de América se precisa en los años 60. Se asocia a una concepción antimperialista, a la liquidación del capitalismo, a la creación de un

«hombre nuevo» y de una sociedad más justa. La revolución, entendida como problemática común, crea imagen y especificidad continental.

América revolucionaria es, está claro, una visión anterior. La percibimos en Bilbao, Martí y Mariátegui, entre otros. Más tarde, en Sandino. En los años 60, la idea de América revolucionaria se encarna heráldicamente en el Che. Le transfirió su imagen de «guerrillero heroico». La lucha armada se convierte en el medio de la revolución socialista e implica la creación del «hombre nuevo». Guevara sitúa esta lucha dentro de una confrontación mundial, con lo que va a dar sentido planetario a la idea de América Latina revolucionaria.¹⁹ Su concepción de América Latina es la de una identidad socioeconómica y revolucionaria, asentada en la lengua. Esta concepción reaparece regularmente en sus discursos, tal como lo manifiesta en «El mensaje a los pueblos del mundo»: «Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo “internacional americano” mucho más completa que en otros continentes. Lenguas, costumbres, religión, amo común, los unen».

El mismo espíritu subyace en numerosos discursos de Fidel Castro. En *la Segunda Declaración de La Habana*, de 1962, sostenía que la única manera de resolver la contradicción de intereses entre cada país y el conjunto de América con el imperialismo norteamericano era la unidad, y que la conciencia generalizada de esta necesidad definiría la circunstancia americana.²⁰ Fidel precisaba que esa concepción de unidad frente al imperialismo y al capitalismo se

inscribía en el espíritu internacionalista del socialismo, y debía liquidarse la imagen colonialista de América en la que se asienta el desprecio.²¹

Mencionaba frecuentemente Salvador Allende que guardaba un ejemplar de *Guerra de guerrillas* dedicado por el Che: «A Salvador Allende, que por otros medios busca lo mismo». Los dos hombres se unían en una idea continental: la de América Latina, que allende definía como «pueblo-continente».

En el proyecto político de Allende, América no se presentaba como un futuro, era un presente. «Nosotros planteamos frente a América Latina —decía— la realidad del presente». Su concepción continental se expresaba, a la vez, en un proyecto político interno, y otro internacional. Ambos estrechamente asociados: la lucha contra todas las estructuras de poder que limitaban el desarrollo.²²

La idea de América Latina es, en él, un proyecto de liberación de la miseria. Es la miseria de los pueblos lo que reclama el esfuerzo combatiente. En el plano nacional esta lucha implicaba liberar al pueblo de un presente. Esa liberación Allende la llamará «patria socialista». Su idea de «pueblo-continente» es, asimismo, la de una identidad, definida en y por la lucha «contra el adversario común: el imperialismo». Reivindicar esa identidad implica conquistar la independencia económica,

garantizar la independencia política, y reivindicar la cultura.

Sin lugar a dudas, esta idea Allende la toma de la obra de unos de los principales ideólogos del APRA, Antenor Orrego. El peruano publicó casi clandestinamente en 1939, en la Editorial Ercilla de Chile, *Pueblo-Continente. Ensayos para una interpretación de la América Latina*.

Fue una edición de inmediato puesta en el *Index* en el Perú, lo que hizo que permaneciese casi desconocida en América. Sólo en 1995 aparece una nueva edición con las *Obras completas*.²³ Según Orrego, el continentalismo es la etapa histórica que supera el nacionalismo. Allende y el socialismo chileno recogieron en su programa muchas de las ideas del APRA, en particular la idea americanista. El Pacto Andino es concreción de ellas. Queda por estudiar la influencia de Haya de la Torre en el pensamiento de Allende.

Allende no se quedó en el terreno de las declaraciones, propuso medidas concretas de integración. Era abiertamente partidario de fortalecer los pactos regionales y de que había que reemplazar el sistema interamericano «por la organización de un auténtico sistema que defienda a los pueblos latinoamericanos». En materia cultural, insistía en la idea de Bolívar: una lengua que nos une. Nuestra cultura tenemos que reivindicarla, pero «sin sentirnos inferiores» —recalcaba Allende, refiriéndose al desprecio del eurocentrismo por lo que no era

**¿Cuál es la
condición sine
qua non para que
una sociedad
piense por sí
misma? El
hecho de que sea
ella quien decida
lo que es
pertinente y lo
que no lo es para
su cultura.**

europeo. Al contrario, debemos sentirnos «orgullosos de los aborígenes, que trazaron los caminos iniciales de nuestra raza». A través de la educación debe crearse una mentalidad común. Piensa en escuelas fronterizas con maestros de distintos países, que creen conciencia del pasado, del presente y del futuro, que «conjuguen un lenguaje latinoamericano». Todo esto permitirá crear una «patria latinoamericana». Propone un «estatuto del hombre americano»: que todos, por ejemplo, puedan gozar de la seguridad social en cualquier país del continente en que se encuentren. Así se ha de crear una patria única. Habla incluso de la «nacionalidad continental», «para sentirnos, en realidad, hombres de un mismo pueblo, sin perder nuestra nacionalidad». Hay que hacer de América Latina un continente-pueblo. Hay que hacer que las fronteras se hagan pequeñas, para fortalecer la unidad y lucha combatiente de América Latina. Se trata de coordinar «la ofensiva de la defensa» de los intereses de los pueblos en el continente y en los demás países en desarrollo. Es el paso del latinoamericanismo al «tercermundismo» de Allende.

No bien comenzada la década de los 70, esta idea de América hace crisis, como consecuencia de las políticas de Guerra fría de los Estados Unidos y la emergencia y proliferación de las dictaduras militares en todo el Cono sur.

El socialismo revolucionario será reemplazado por el integrismo neoliberal, y la idea de América Latina será relegada detrás de la idea nacional, incluso vista como una idea subversiva. Chile es un ejemplo a fines de los 80. En las

primeras elecciones de la transición, el candidato de la derecha hace campaña con el lema: «Muy pronto Chile dejará de formar parte de América Latina».

La idea de América Latina en los procesos de globalización

Frente a los cambios geopolíticos y tecnológicos del planeta, América Latina tiene que responder a grandes desafíos. El más inmediato y necesario para pensar su propio futuro es el de la obsolescencia. Saberes, técnicas, ideologías, y sobre todo los dogmas, se vuelven anacrónicos a una velocidad cada vez más vertiginosa. La idea de América Latina no se puede fundar en lo obsoleto, sin perjuicio de que construya su futuro con conciencia de pasado. La ceguera frente a la obsolescencia es un peligro mayor para la construcción del futuro.

La globalización nos obliga a responder, en cuanto individuos y en tanto sociedad, a un cambio de estilo global, responder a la imposición de un estilo planetario. Este cambio de estilo conlleva un cambio incluso en lo que llamamos sentido común, y por cierto en la estratigrafía de nuestra identidad, porque toda identidad debe mantener el referente de cómo se sitúa y cómo se integra a la mundialización, mundialización que no es un fenómeno externo, sino que a él lo afecta en cuanto individuo.

Sobrevolando todos estos problemas, vivimos una revolución tecnológica que puede ser la más radical de las revoluciones que ha sufrido la humanidad: «la revolución de la red». La sociedad global que imperará en el próximo milenio será el producto de los

medios de comunicación, que han de cambiar radicalmente el tono de la vida.

Frente a esas circunstancias, ¿cuál será el papel que tendrá América Latina en la geopolítica del próximo milenio, ¿cuáles son nuestras responsabilidades para hacer frente a esos desafíos? ¿Se les puede responder preparando exclusivamente profesionales para que se integren al proceso de producción globalizado, para que sean obreros de los edificios que imaginan otros?, ¿o es preciso preparar individuos capaces de construir sus propio edificios? ¿Se puede responder a ello desde una realidad puramente nacional o es preciso integrarse?

No basta con enseñar la cultura para formarnos una idea del mundo. Es también necesario que nos formemos una idea de cuáles son nuestras acciones posibles en él y sobre él, y que esto lo hagamos con realismo. Para ello, necesitamos desarrollar un plan. Cuando encarna una idea colectiva de futuro, ese plan es una utopía; pero en la medida en que dicho futuro no se pierde en el infinito irrealizable, sino que tiene por fin un futuro realizable, es una utopía concreta; es decir, una sociedad que todavía no es, pero que podemos construir.

Por otra parte, es suicida no reconocer la necesidad de integrarse a la modernidad planetaria. La defensa de la identidad no nos puede llevar a rechazar la globalización en nombre de ucronías o de utopías negativas. Por lo demás, es imposible rechazarla: sería caer en el oscurantismo, porque globalización es, ante todo, globalización del hecho comunicativo.

Pero hay el peligro de que una cultura global elimine la diversidad y la disidencia; en particular, imponiendo criterios de valor que minimicen los fenómenos que no encajan en la cultura dominante. El tema del valor y la valoración resulta capital para defender la identidad dentro de un proceso de globalización.

Es preciso recuperar el valor. La educación y la cultura deben formar de manera crítica para recuperar el valor de lo propio, sorteando esa sesgada percepción del valor, hecha a escala, en una perspectiva jerárquica, donde la dimensión de los hechos cambia según donde ocurran.

Es indispensable rechazar el pensamiento único, que pone el rendimiento económico por encima de cualquier ideología y tiene al mercado como referente fundamental y a la eficiencia como piedra angular del desarrollo, anteponiéndola a los valores de solidaridad y justicia. Valores que a Propper, gran profeta del neoliberalismo, le parecen tribales.²⁴ La eficiencia no puede ser un criterio que rijan las políticas de salud, educación, bienestar o la cultura. En primer lugar, ¿qué eficiencia?; y, en segundo, ¿para quién? ¿La eficiencia del mercado?

En América Latina es además necesario pensar en los vastos sectores de población de identidad cultural indígena. ¿Cómo se van a integrar a la modernidad? ¿Internet será el verdugo de sus culturas, en un proceso de homogenización cultural? ¿Acabará con su historia o con su identidad? ¿O será posible que les permita relanzar su proyecto como pueblo? ¿Potenciará sus lenguas y costumbres?

Es preciso pensar la globalización en términos latinos o iberoamericanos. Única forma en que podemos comprender el auténtico sentido de problemas que son planetarios, pero en los cuales las interpretaciones de una óptica unidimensional, de puro contexto dominante, nos llevan a ir contra nuestros propios intereses.

Frente a la masa de información que circulará por las grandes redes, la cultura, en tanto identidad científica e identidad para el desarrollo —al que hay que asociar estrechamente la defensa del medio ambiente y las respuestas a los desafíos que tengan que afrontar nuestras realidades—, debe fijar las pertenencias, dentro de las cuales incluimos urgencias y prioridades.

Y cuando digo «pertinencia», digo lo que nos conviene, así como cuando digo «relevancia», digo lo que nos importa.

La relevancia de la información puede ser técnico-científica o sociocultural. La pertinencia y la relevancia tienen igualmente que ver con el contexto cultural. En este sentido, se asocia al valor que la información tiene para ese contexto social, es el medio social el que debe determinar la pertinencia. Incluso resulta indispensable tener investigación propia para determinar la pertinencia de la tecnología globalizada; es decir, para saber qué debemos comprar. Esta es la piedra de toque del diálogo cultural. El colonialismo mental comienza, precisamente, cuando la globalización o el mercado deciden desde el exterior lo que es relevante

en la tecnología, la historia, la cultura o el pensamiento del otro. Cuando nos comprendemos desde una «exterioridad interpretativa». ¿Cuál es la condición *sine qua non* para que una sociedad piense por sí misma? El hecho de que sea ella quien decida lo que es *pertinente* y lo que no lo es para su cultura. América través de la pantalla, desde hace décadas los Estados Unidos imponen no solamente el American Way of Life (Dallas, Falcom Creast, etc.), sino el American Way of View.

La idea de identidad y solidaridad cultural iberoamericana frente a una geopolítica de bloques que va a dominar el presente siglo, es hoy más válida que nunca.

Es necesario repensar América Latina, en el contexto del nuevo milenio, desde dos principios: el de pertinencia y el de solidaridad. Si la pertinencia es importante en sociedades homogéneas, lo es muchísimo más en países multiétnicos, como lo expresan los ejemplos de Chiapas y el reciente movimiento indígena del Ecuador. La pertinencia no puede olvidar las prioridades sociales en sociedades con grandes diferencias de clase y con sectores abandonados, con *meninos da rua*, gamines y niños de la calle; sectores que se han llegado a denominar «desechables». En efecto, desecharlos para la lógica del mercado. La pertinencia tiene que considerar no sólo como se integra, sino cómo se redistribuye la modernidad, e impedir que la globalización sea un factor más de concentración de la riqueza.

El otro principio es la solidaridad. La solidaridad como factor de cohesión social, que consiste en cultivar valores en común, crecer con equidad, afianzar la democracia y desarrollar una cultura de paz.

Notas

¹ Manuel Seco cita a Helmut Berschin, «Dos problemas de denominación: ¿español o castellano? ¿Hispanoamérica o Latinoamérica?», *Estudios sobre el léxico del español en América*, M. Perl, Leipzig, 1982.

² Carta a Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, 16 de enero de 1862. Véase Francisco Bilbao, *La América en peligro*, Ercilla, Santiago de Chile, 1941, pp. 173-5.

³ Francisco Bilbao, «Iniciativa de la América...», ob. cit., p. 148.

⁴ Ibídem, p. 147.

⁵ Darcy Ribeiro, «Civilización y creatividad», *Revista de la Universidad de México*, México D.F., febrero-marzo de 1972.

⁶ Darcy Ribeiro, «La cultura latinoamericana», *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, n. 9, Universidad Autónoma de México, México D.F., 1976, pp. 9-89; *El dilema de América Latina. Estructura de poder y fuerzas insurgentes*. Siglo XXI, México D.F., 1976, pp. 334-5; «El grito», *Recados para América*, 1978, pp. 11-2.

⁷ Darcy Ribeiro, «El grito», ob. cit.

⁸ Héctor Murena, *El pecado original de América*, Buenos Aires, 1954, Véase igualmente los otros libros de ensayo de Murena, *Homo atomicus* (1961), *Ensayo sobre la subversión* (1962) y *El hombre secreto* (1969).

⁹ María Elena Rodríguez de Magis, «La ideología de la historia latinoamericana», *Latinoamericana. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, n. 2, Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F., 1969, p. 105 y ss.

¹⁰ Oscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, Siglo XXI, México D.F., 1970, p. 44.

¹¹ Raúl Prebisch, *El desarrollo económico en América Latina y algunos de sus problemas*, 1949.

¹² Celso Furtado, *Desarrollo y subdesarrollo*, Eudeba, Buenos Aires, 1964; «Desarrollo y estancamiento en América Latina», *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, julio-diciembre de 1966; «Hacia una ideología del desarrollo», *El Trimestre Económico*, n. 131, 1966 y numerosas otras obras que tratan el tema.

¹³ Germán Arciniegas, «Los cuatro abuelos», *Cuadernos Americanos*, México D.F., 1949.

¹⁴ Véase Golbery do Couto e Silva, *Geopolítica de Brasil*, Río de Janeiro, 1967.

¹⁵ Véase André Gunder Frank, *Capitalismo y dependencia*.

¹⁷ Stanley y Bárbara Stein, *La herencia colonial de América Latina*, FCE, México D.F., 1987.

¹⁸ Véase Alfredo Bryce Echenique, Pviaje al interior del Perú/5», *El País*, 30 de marzo de 1990.

¹⁹ Ernesto Guevara, «El socialismo y el hombre en Cuba», *Obras (1957-1967)*, Casa de las Américas, La Habana, 1970.

²⁰ Pero lo que define la circunstancia de nuestra América, es sobre todo una conciencia generalizada, no sólo en su clase obrera y en los pueblos, sino también en zonas decisivas de sus gobiernos, de que la contradicción de intereses entre la América Latina en su conjunto y cada uno de nuestros países en particular, con la política atendida por el imperialismo norteamericano, no puede resolverse por la vía de la entrega o la conciliación, sino que requiere una resistencia conjunta que ya está en marcha.

²¹ Fidel Castro, «No tenemos siquiera un nombre», discurso del 19 de abril de 1971.

²² Salvador Allende, *Discursos*, Editora Política, La Habana, 1975.

²³ Antenor Orrego, «Cambio y desarrollo», *Obras completas*, 5 t., Instituto de Investigaciones, Ed. Pachacutec, Lima, 1995.

²⁴ Antenor Orrego, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Buenos Aires, 1957.

Relación entre lo universal y lo latinoamericano

FERNANDO VICARIO LEAL

Ensayista.

Ex miembro de la directiva del Convenio Andrés Bello.

El siglo XX que acaba de terminar, nació un poquito antes de 1900: lo hizo en 1898. Naturalmente en esas fechas, lo tuvo que hacer en París. Fue en una pequeña sala, con menos de treinta personas absortas frente a una pantalla, en la que por primera vez se vieron imágenes en movimiento. Desde entonces, toda la historia del siglo XX se puede contar a través de la historia de las pantallas. Primero las del cine, luego las de los televisores y, finalmente, las de los ordenadores. Durante este siglo nuestra relación ha sido una relación visual. Las pantallas de los celulares, que nos anuncian quién nos llama, robando ese instante mágico que teníamos al contestar el teléfono. Las pantallas de los aeropuertos, que nos indican cuándo va a llegar el avión que esperamos. La pantalla que llevan los pilotos de *rallies*, que conectadas a no sé que satélite, impiden que se pierdan. Las pantallas que emboban a grandes y chicos con los juegos electrónicos. Las pantallas en las que relojes de cuarzo nos indican cuánto tiempo nos queda para que se nos quemen los macarrones en el horno. Y hoy la pantalla más mágica de todas: Internet. Una pantalla que sirve hasta para encontrarte con gente de la que hacía siglos no tenías noticias. Ese placer que le estaba reservado a las esquinas de las ciudades, en las que uno estaba por casualidad. Hasta la magia de las esquinas ha sido absorbida por las pantallas. Ya no hay donde escaparse de las pantallas y, sin dudas, me atrevería a decir que el gran icono de la globalización son las pantallas.

Muy posiblemente esto de lo universal *versus* América Latina responderá a una conexión sobre todo visual. Será lo que me cuenten unas pantallas y lo que yo cuente en unas pantallas. Tal vez las pantallas de la bolsa de valores tengan mucho que ver, o tal vez las pantallas de la bolsa de valores sufran las consecuencias de lo que hemos visto en las otras. Vuelve la famosa pregunta de qué fue lo primero: si el huevo o la gallina. El caso es que, sea primero lo que fuere, el valor de la imagen —bien en una bolsa de valores o en un televisor—, está cada vez más en alza. Lo escrito, naturalmente, sigue valiendo; el papel sigue teniendo su importancia, pero me temo que para un sector cada vez más

reducido de gente, aunque no hay que desestimar la capacidad de influencia de este sector. Hasta el siglo XIX se creyó que todo cambio debía ser suave, lento y constante, como se interpretaba entonces que eran los cambios de la naturaleza. Pero Stephen J. Gould escribió algo que cito textualmente: «La historia de la vida, tal como yo la interpreto, es una serie de estados estables, salpicados a intervalos raros por acontecimientos importantes que suceden con gran rapidez y ayudan a establecer la siguiente etapa estable».¹ Y estamos viviendo uno de esos raros momentos de la historia. Como dice Manuel Castells: «Un intervalo caracterizado por la transformación de nuestra cultura material por obra de un nuevo paradigma tecnológico organizado en torno a las tecnologías de la información».² Y Castells aporta a estas tecnologías de la información, aparte de las que todo el mundo conoce y podría citar de memoria, las tecnologías de la información de la ingeniería genética. El planteamiento de Marx cambiaría en este nuevo paradigma, puesto que el hombre ya no nacería a la sociedad mediante el trabajo, sino mediante la comunicación. La revolución tecnológica enunciable como la tercera. La primera fue la de la máquina de vapor; la segunda, la de la electricidad; y la tercera, la del mundo de las pantallas, tiene una capacidad de penetración en todos los dominios de la actividad humana, «no como fuente exógena de impacto sino como el paño con el que está tejida esta actividad».³

A diferencia de las otras dos grandes revoluciones industriales, esta plantea una extensión de la mente humana; las otras dos daban herramientas al hombre que no entraban a competir directamente

con el hombre. Le facilitaban esfuerzos físicos; esta le facilita esfuerzos mentales. Enfrenta al hombre consigo mismo. Las otras enfrentaron al hombre contra otro hombre. El punto álgido de esta batalla, hasta la fecha, es el de la posible clonación del hombre por el hombre. Y no voy a entrar en consideraciones de tipo moral, pero es indudable que esta posibilidad cambia muchos esquemas de los actualmente existentes. Todo ello ha sido capitaneado por cinco países: Inglaterra, Alemania, Francia, los Estados Unidos y Japón. Después de varios análisis, de los cuales quizás el más certero fue el de Aydalot, las condiciones para crear un medio de innovación en estos países podrían encontrar situaciones parejas, un estado determinado de conocimiento, un entorno institucional e industrial, una cierta disponibilidad de aptitudes para definir problemas y resolverlos y una mentalidad económica para hacer estas aplicaciones rentables.

En una segunda reflexión sobre el acontecer del siglo XX, observamos el paso a lo que, según Aristóteles, podría ser tachado de antinatural: la transformación del dinero en un bien productivo. El filósofo griego mantenía una postura según la cual —y conforme lo he leído en Fernando Savater y no en Aristóteles, debo confesarlo— el dinero debía servir sólo como elemento de cambio y la ganancia no debía provenir del propio dinero en forma de interés, puesto que era una manera antinatural de utilizarlo. Lo que unos denominaron antinatural, otros lo denominan usura. El dinero ha producido más dinero en este siglo que en ningún otro momento histórico. Queda de reflejo en el *best seller* de Soros *La*

crisis del capitalismo global. Hasta hace relativamente poco tiempo, era posible hacerse rico de la nada; hoy eso es cada vez más difícil. La nada no renta intereses y el principal flujo de capital viene de los intereses. El movimiento económico está, además, íntimamente ligado al crecimiento de la sociedad de la información. La famosa globalización pertenece, por tanto, a quienes tienen dinero y tecnología. Es el reto al que se ven sometidos los países que quieren estar en el tren de la moderna concepción de crecimiento. Lo universal parece haber acogido el evangelio calvinista: «Benditos sean los ricos y los especuladores porque de ellos serán los mayores beneficios en la gran Bolsa celestial».⁴ Este evangelio fue abrazado sobre todo por Margaret Thatcher y Ronald Reagan, a estos les faltó poco para decir que el que es pobre lo es por perezoso. Lógicamente, de aquí se desprende un amor excesivo por el mercado y sus musas. Un amor que parece enquistarse en las sociedades actuales e ir depredando a los Estados en beneficio de los proyectos privados.

Como tercer punto de esta búsqueda de relaciones entre lo universal y América Latina, se me ocurre citar a un señor llamado Peter Goldmark, hijo del presidente del Instituto Rockefeller y hoy administrador general del *Herald Tribune*, quien tras su tercera vuelta al mundo en busca de presentar un informe sobre las consecuencias globales de la prosperidad de los Estados Unidos, concluía diciendo que esta prosperidad sólo tenía un límite: las reacciones que provocaba en las naciones extranjera que no se beneficiaban de ella.

Recomendaba que se hiciese una evaluación de la dimensión sediciosa de las manifestaciones de descontento. Otro estadounidense, Felix Rohatyn, embajador de los Estados Unidos en Francia, fue invitado a expresar sus deseos para el siglo XXI y este economista —amigo de William Clinton, responsable de la milagrosa recuperación financiera de Nueva York—, dijo que si las transformaciones de Occidente no se extienden a todo el mundo, el progreso general podría quedar muy gravemente comprometido por las excesivas diferencias existentes. Jean Daniel, director del *Nouvelle Observateur*, afirma que lo importante del siglo XXI no es tanto proseguir en la vía del progreso económico, científico y tecnológico, sino compartirlo, ya que los conflictos de clase y los conflictos de soberanía van a seguir siendo los grandes causantes de enfrentamientos mundiales, lejos de ser solamente los de civilizaciones, como señala Huntington.

Sobre los conflictos y sus causas, no podemos prescindir de un filósofo colombiano, por desgracia desconocido fuera de las fronteras nacionales, llamado Estanislao Zuleta:

El atractivo terrible que poseen las formaciones colectivas que se embriagan con la promesa de una colectividad humana no problemática, basada en una palabra infalible, consiste en que suprimen la indecisión y la duda, la necesidad de pensar por sí mismos, ahorrándose la angustia. Así como se ahorra la angustia, se distribuye mágicamente la ambivalencia en un amor por lo propio y un odio por lo extraño, y se produce la más grande

simplificación de la vida, la más espantosa facilidad. Aunque se caracterizan por una inaudita capacidad de entrega.⁵

Son, pues, tres fuentes de conflicto: a) las ideologías políticas, religiosas, etc.; b) las diferencias sociales, c) el siglo creyendo que hay una lucha de clases que permanece agazapada y que seguirá saltando por mucho tiempo; conflicto) los enfrentamientos entre civilizaciones que se diferencian de los primeros en que son raciales, xenófobos y generalmente internacionales.

Tres grandes vectores hemos trazado hasta el momento. La sociedad de la información y su crecimiento explosivo. El crecimiento de la especulación como generador de riquezas y estimulador de falsos mercados que controlan las políticas estatales. Y las tres principales fuentes de conflictos señaladas en la actualidad por los teóricos.

¿Dónde se sitúa América Latina entre estos tres vectores? Las teorías de crecimiento y desarrollo que nos han ido importando desde diversos lugares del mundo, siempre occidentales, nos han dejado un reguero de pobreza que demuestra muy a las claras que no tienen calado en estas sociedades. El

rechazo al que se ven sometidos los emigrantes latinoamericanos en el resto del mundo, indica que esas teorías que quieren aplicar en el continente latino son incapaces de

Convirtamos, pues, a América Latina en un microclima cultural en medio de la globalización. Que América Latina sea el inmigrante que transforma y regenera capas de participación. Que sea quien recuerda con su presencia la importancia de ser tolerantes. Que sea innovador e imaginativo, como tienen que serlo siempre los inmigrantes.

aplicarlas de puertas para adentro. A primera vista, podríamos decir que América Latina se va distanciando de las grandes corrientes mundiales, y los esfuerzos por incorporarse a ellas van a ser mucho más significativos cuanto mayor sea el tiempo en que prevalezca esta situación. No entramos en las dinámicas de desarrollo occidental, y cuando salimos a

dejan entrar por considerarnos «microclimas culturales». Inmigrantes. Manuel Delgado Ruiz, antropólogo de la Universidad de Barcelona, realiza el siguiente comentario: «El inmigrante es una especie de contrabandista de productos culturales, con el destino indefectible de modificar las condiciones que ha encontrado al llegar».⁶

Sin quererlo ellos de forma consciente, o a lo mejor queriéndolo, su objetivo final será el de modificar condiciones de vida, formas de comportamiento, actitudes de encuentro, sistemas de comunicación, lectura de símbolos, etc. El inmigrante tiende a

mantenerse fiel a sus pautas culturales, porque esto le permite controlar mejor las nuevas situaciones sociales a las que se va enfrentando. En el proceso de adaptación, se afianza a referentes conocidos y desde ellos —es decir, desde sus tradiciones identitarias—, se incorpora a los nuevos modos en los que intenta insertarse.

Mediante estos mecanismos de reconocimiento mutuo, se activan redes de ayuda, redes de solidaridad, imprescindibles para la supervivencia tanto individual como colectiva. Se reproducen en estos grupos los ambientes culturales del origen, y mediante este simulacro se realiza «la utopía de un retorno definitivo, que ya no se realizará jamás».⁷

Todas estas manifestaciones provocan en el grupo receptor una cierta desazón, ya que se sienten invadidos en sus formas de comunicarse con el exterior. Pero, como dice Miguel Rodrigo, no hay identidad sin el otro. Al hablar de la identidad propia, lo tenemos que hacer en función de la ajena y nuestra identidad no es otra cosa que un producto de las culturas que nos socializan. Lo que enfrentamos desde la inmigración, similar a lo que enfrentamos desde la cooperación cultural, es una resistencia de los procesos de socialización que se realizan desde la «identidad legitimadora», enfrentada a la «identidad como resistencia». Castells dice que la «identidad legitimadora» es la que introducen las instituciones dominantes, así racionalizan su dominación.⁸ La «identidad de resistencia» es la que sostienen las minorías, siempre devaluadas por las lógicas dominantes. Junto a estas dos identidades, señala el profesor Castells la existencia de un

tercer concepto: el de «identidad de proyecto». Este concepto se produce a partir de que se construye una nueva socialización de los materiales culturales disponibles, redefiniendo posiciones en la sociedad y buscando transformaciones en las estructuras sociales.

En nuestro concepto tradicional de fronteras, las identidades legitimadoras eran dueñas de unos espacios y casi siempre se añadía al concepto de cultura el de soberanía. Excepciones como la del pueblo judío, o como la de los chicanos o los kurdos, eran eso: excepciones. Pero hoy día, en un contexto caracterizado por las grandes migraciones, además de por la transculturación comunicativa, las fronteras se están convirtiendo en geoculturales más que en geopolíticas y, por tanto, el concepto de cultura y diversidad se va desterritorializando. Este cambio de territorios políticos por territorios culturales fomenta que las inmigraciones estén comenzando a suceder dentro de los mismos espacios físicos. Los microclimas culturales que antes creaban quienes venían de fuera, durante el siglo XX los comenzaron a crear los que generan otros modos de ver la diferencia, de ponerla en escena. Aunque como dice el profesor Delgado, «la diferencia no es otra cosa que su puesta en escena. No hay una representación de la identidad, en tanto que la identidad no es otra cosa que su representación».⁹

Las diferencias no se perciben por sí mismas, sino en *comparación con*. Renato Ortiz afirma que más que un carnet de identidad, debiéramos crear un carnet de diferencias, puesto que son estas

las que nos dan auténtica identidad. Pero las diferencias, a la par de generar identidades, general miedos: todo aquello que no es como yo es una amenaza. La amenaza de la contaminación del forastero, los campos de peligro del que viene de fuera son varios, pero quizás el más significativo sea la integridad y la homogeneidad de lo que se considera un «patrimonio cultural específico del grupo».¹⁰

Propugno desde este lugar una nueva forma de relación entre lo universal y lo latinoamericano que se cifa a los parámetros expuestos al hablar de la emigración. Esto es, me gustaría ver convertida a América Latina en una emigrante permanente dentro de lo denominado «universal». La nueva forma de relación que estoy propugnando debiera facilitar procesos de acercamiento para haber compatibles intereses en principio divergentes. Los intereses son incompatibles cuando los procesos culturales no se han acercado. Si el entendimiento se produce desde lo cultural, entendiendo por cultural aquello que produce identidad, una fuente de sentido y experiencia personal, los resultados económicos serán satisfactorios para todas las partes; si este entendimiento se produce simplemente desde lo económico o lo tecnológico, no se crearán vínculos societales —esto es, entre sujetos—, y entonces los resortes culturales harán que conceptos como el de pérdida de soberanía, desplazamiento de identidad nacional, o argumentos de corte xenófobo, tomen cuerpo y presidan los desencuentros.

Las situaciones universales han de ser aplicadas de forma local, lo latino debe sentar esta huella cultural, quizás su principal seña de

identidad, en medio de lo universal. Y, además, desde este «microclima cultural», que propugno construya América Latina, debiera estimular nuevas lecturas de estos nuevos vectores de los que hemos hablado anteriormente; es decir, una cultura que entienda de pantallas, que sepa estar en las pantallas y que sepa leerlas y entenderlas de forma diferente. Que entienda de capitales, individualización rozar la usura, que entienda que los intereses de los dineros generados deben reinvertirse en la generación de nuevos sectores productivos y no en el fortalecimiento de una banca depredadora socialmente hablando y, por último, una cultura que sirva para la resolución de conflictos sin la necesidad de eliminarlos o querer transformarlos violentamente.

Nuestra diversidad creativa es tal vez uno de los documentos más importantes que se han generado en el siglo XX. No es, simplemente, un documento sobre aspectos culturales. Es un documento que propugna nuevas visiones de la economía, de la política, de las relaciones internacionales. Es un documento realmente revolucionario, desde su génesis hasta su aplicación. Y es en muchas de las enseñanzas extraídas de este documento en las cuales me baso para atreverme a proponer que América Latina se debe convertir en la emigrante de la globalización. Esa será su fuerza, esa será su seña de identidad y esa será, sin dudas, su forma peculiar de insertarse en un mundo que la apetece, pero no termina de aceptarla, porque no sabe cómo hacerlo.

Y esto que señalo no es simplemente una posición teórica,

utópica, o idealista. Es un nuevo modo de generar riquezas, un modo que, sin duda alguna, ya ha sembrado muchos ríos de tinta, pero al que todavía los gobernantes latinoamericanos no le han dado la importancia debida. Son las industrias culturales, de las que además me declaro ferviente admirador, por lo que ellas suponen de generación de empleo juvenil, inserción de nuevas tecnologías y rápida circulación de capitales. Economistas hay que lo podrán sustentar con mejores argumentos que los míos; pero me atreveré a citar delante de ustedes algunos datos que se están obteniendo en el estudio *Economía y Cultura*, que adelantamos en el Convenio Andrés Bello bajo la coordinación del ex ministro Ramiro Osorio. El año cumbre del Ministerio de Cultura en Colombia fue 1998. En ese año, el ministro consiguió un presupuesto realmente significativo: 32 millones de dólares. Ese mismo año, la facturación del sector cultural fue de 1 738 millones de dólares. Por encima del 3,5% del PIB le pertenece a este sector, y no hay formulación de políticas, no por ausencia de buenos políticos en el sector, más bien por falta de riesgo de los políticos tradicionales.

Convirtamos, pues, a América Latina en un microclima cultural en medio de la globalización. Que América Latina sea el inmigrante que transforma y regenera capas de participación. Que sea quien recuerda con su presencia la importancia de ser tolerantes. Que sea innovador e imaginativo, como tienen que serlo siempre los inmigrantes. Y propugno que sea así porque lo realizado hasta la fecha, importando soluciones de otra índole, no sirve. No ha servido

y no hay datos para pensar que servirá.

Cambiamos los parámetros de relación entre lo universal y lo latinoamericano, pero hagámoslo nosotros.

Notas

¹ Stephen J. Gould, *The Structure of evolutionary Theory*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, MA, 2002.

² Manuel Castells, *La era de la información*, v. I, Alianza Editorial, Madrid, 1998.

³ *Ibidem*.

⁴ Fernando Savater, *El País*, Madrid, 14 de enero de 2000.

⁵ Estanislao Zuleta, *Elogio de la dificultad y otros ensayos*, Fundación Zuleta, Cali, 1994.

⁶ Manuel Delgado Ruíz, «Dinámicas identitarias y espacios públicos», *Cidob D'Aferes*, n. 43 y 44.

⁷ *Ibidem*.

⁸ Manuel Castells, *ob. cit.*

⁹ Manuel Delgado Ruíz, *ob. cit.*

¹⁰ Renato Ortiz, «Violencia y globalización», *Nueva Sociedad*, Caracas, enero-febrero de 2002.

La globalización neoliberal: desafíos para el pensamiento latinoamericano

VÍCTOR FLORES OLEA

Ensayista y profesor universitario.

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Un nuevo fantasma recorre el mundo: la globalización neoliberal, con su caudal de valores, formas de vida, modos de trabajo y consumo; y con su copiosa retórica que promete desarrollo, empleos y mejores condiciones de vida para todos. Por supuesto, tal esforzada operación económica y teórica, con arrestos de grandeza filosófica, ha tenido hondas consecuencias en el pensamiento latinoamericano, y en la cultura y civilización de nuestros pueblos.

La presión es de tal magnitud —a ella contribuyen los llamados *mass media* nacionales e internacionales, la propaganda de los gobiernos, y a veces el aval del pseudo-pensamiento y de la pseudo-ciencia de algunos medios académicos—, que con frecuencia las mejores de nuestras instituciones, los responsables del desarrollo económico y cultural, y también los creadores y los pensadores de nuestros países, piensan que no hay otra alternativa posible. Como si todos viviéramos en un mundo en que no cupiera otra conducta ni posibilidad de libertad, de genuina producción intelectual que se apartara o contradijera los dogmas de la «nueva economía» impuesta, de la «nueva civilización» y sus irrefutables principios.

La mayoría de los dirigentes políticos latinoamericanos se han convertido en dóciles discípulos de la «buena nueva» que anuncia la reestructuración neoliberal del mundo y una globalización principal ha sido la radical apertura de fronteras para el comercio y la especulación financiera, y para la difusión de valores funcionales al mercado, sin mínima atención a las negativas consecuencias sociales y culturales ocasionadas por este abrumador aparato de dominación que ha montado hoy la economía capitalista.

Me explico. Primero, aludo a la evidencia de que la globalización neoliberal no sólo no ha originado bienestar y desarrollo, sino que más bien ha significado un dramático retroceso y devastación para las mayorías del planeta. Recorro, para no incurrir en señalamientos de parcialidad, a las Naciones Unidas.

La organización internacional, en sus informes sobre Desarrollo Humano, nos dice que las opciones para el avance real de individuos y sociedades (su libertad) no sólo se refieren al mercado: elegir entre distintos detergentes, o modelos de automóvil, o canales de TV, sino a las alternativas del ser humano para construir la vida en varias dimensiones. El fin primordial de la economía consiste en lograr que el hombre viva más años con mejor salud, disponiendo de bienes y servicios que enriquezcan cualitativamente sus formas de vida. Alude también a la adquisición de conocimientos y adiestramientos profesionales, y a varios «requerimientos» que en este tiempo se consideran indispensables para una vida digna: libertad política, social y cultural, solidaridad comunitaria, oportunidades para la creación, y todo ello de manera equitativa, participativa y sostenible.

El ingreso económico es básico, pero no la única exigencia: el progreso material y cuantitativo ha de asociarse a otras necesidades de carácter cualitativo que hoy son fundamentales; inclusive tales objetivos se valoran frecuentemente por encima del ingreso. Es verdad que la política y los sistemas económicos no pueden casi nunca satisfacer esas aspiraciones, pero las instituciones no pueden perderlas de vista y su obligación consiste en crear las condiciones mínimas para alcanzarlas. En los últimos de estos informes de Naciones Unidas se abordan temas como la pobreza extrema, la sociedad de consumo, el empleo y, en el último, de apenas hace unas semanas, correspondiente a 1999, el de la globalización, en que se demanda precisamente una globalización con rostro humano.

He aquí algunos de los números que nos proporcionan esos informes: más de mil millones de personas están hoy privadas de los básicos bienes de consumo. Las tres quintas partes de la humanidad carece de cualquier servicio sanitario y un tercio no tiene acceso a agua potable, 250 millones de personas carecen de vivienda adecuada y otro tanto no tiene servicios de salud ni acceso a educación alguna.

Globalmente, la población con el 20% de los más altos ingresos gasta en bienes privados de consumo el 86% del total, mientras que el 20% más pobre apenas consume el 1,3%. El 25% más rico consume el 45% de la carne y el pescado, el 58% de la energía eléctrica y tiene a su disposición el 74% de las líneas telefónicas. Pero el desempleo y la pobreza también afligen a las poblaciones de los países industrializados.; más de cien millones de personas en esos países viven en la pobreza e inclusive en la pobreza extrema, cerca de doscientos millones no podrán alcanzar la edad de 60 años y más de cien millones carecen de vivienda. La presión a favor de un consumismo de lujo, al que empujan los aparatos publicitario, se convierte en su contrario al reforzar la exclusión, el empobrecimiento, la desigualdad y, a la postre, la destrucción social y ecológica. Las presiones a favor de un consumo (y de una producción) dirigida a los pocos, transforman la riqueza potencial del planeta en pobreza para las mayorías.

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) nos entrega números igualmente dramáticos sobre el empleo: en 1997 había más de mil millones de desempleados en el mundo. En la última década, los

empleos formales respecto a los años 60 se redujeron en un 30%, y en un 20% respecto a la década de los 80. En prácticamente todos los países se encuentran datos sobre severos «ajustes» en la agricultura y en la industria, y también en los servicios. En los más desarrollados, la reducción del empleo se ha atribuido a las migraciones, que «desplazan» de sus trabajos a los nacionales; el hecho es parcialmente cierto, pero la OIT sostiene que las altas tasas de desempleo —que afectan también a los migrantes— debieran atribuirse más bien a la automatización en las sociedades desarrolladas, condición para el incremento de la productividad.

¿Qué ha ocurrido? Todo indica que el sistema capitalista mundial, al entrar en un fuerte ciclo recesivo en la década de los 70, decidió «rehacer» sus tasas de ganancia en relativo declive, «refuncionalizando» el sistema económico entero, y también el papel del Estado, barriendo de paso instituciones que habían mostrado preocupación por la «cuestión social» (el Estado benefactor), y «reactualizando» los principios de la más rancia economía liberal: comercio sin barreras, eliminación de obstáculos a la libre circulación de capitales, desregulaciones en toda la actividad económica, reducción del papel económico del Estado y liquidación de los sectores públicos, debilitándose además las organizaciones sindicales y las legislaciones laborales. Por supuesto, habría que añadir el deterioro del medio ambiente y la irrupción de una cultura de la publicidad mercantil, que tiende a borrar las identidades y las culturas nacionales, locales y regionales.

Es claro que la «nueva economía» impuesta está en el origen de la actual concentración de la riqueza. La «abstención» del Estado en la economía, por lo demás, es perfectamente selectiva: mientras se exigen restricciones a los países con menor capacidad, los más fuertes hacen uso de ella a conveniencia. Por eso la globalización actual está en manos de los ricos y favorece sobre todo a los intereses del capital concentrado, con preeminencia del capital financiero y especulativo. La supuesta globalización de la riqueza se ha convertido en una verdadera globalización de la pobreza.

En la actualidad, el proceso de desarrollo capitalista y su globalización neoliberal presentan, desde el punto de vista político, la fórmula ideológica siguiente: a) economía de mercado; b) democracia liberal; (conflicto) revolución tecnológica. En esta triple oferta encontramos hoy la sustancia de la ideología y el arco de las presiones que los países industriales ejercen sobre los periféricos, naturalmente con el señuelo de que les harán llegar cuantiosos capitales y una expansión comercial de tal magnitud que les permitirá resolver sus ancestrales problemas. En este sentido, encontramos una radical modificación de la estrategia política de los países «centrales» después de la caída del muro de Berlín, postulándose ahora, en vez de la «contención» del mundo comunista, una operación de gran alcance cuyo objetivo principal sería definir el mundo como uno de libre mercado y de democracia liberal. Por este camino, se pasó de la contención a la expansión.

Las formas del sistema económico que prevalece se manifiestan en

todas las esferas de la vida, y también en la cultura que define un tiempo. La globalización actual está basada en espectaculares avances científicos y tecnológicos y en la llamada explosión de las técnicas y medios de comunicación, que representan transformaciones irreversibles de la sociedad humana. Pero cuando la técnica adquiere tal influencia y poder sobre la sociedad, en realidad tal poder está en manos de los económicamente más fuertes y de quienes controlan los aparatos políticos, económicos y de la comunicación (y las tecnologías para la producción y distribución de los bienes de consumo, y para la producción y reproducción de los diversos sistemas de poder).

No hay duda de que América Latina, como prácticamente todos los continentes, está integrada a esa

peculiar globalización, de la que no escapa la cultura. Encontramos aquí a las llamadas industrias culturales, una de las más eficaces vías de homogeneización y estandarización del planeta en nombre del mercado. A este complejo proceso no sólo se han incorporado las tradicionales formas de la cultura sino que, en el tiempo de las últimas revoluciones tecnológicas, han florecido nuevas industrias culturales que nublan aún más el panorama.

Cultura y Desarrollo

Resultaría ingenuo encerrar hoy a los países dentro de sus fronteras y mantenerlos aislados. Lo que sí resulta reversible es la dirección que ha cobrado la globalización de corte neoliberal que se nos ha impuesto, bajo los intereses hegemónicos del capital concentrado de los monopolios y los especuladores.

Estas industrias requieren grandes aparatos de producción y enormes inversiones: el cine, la radio, la TV, los CD, y más recientemente los CD-ROM y los DVD, además del complejo aparato de la comunicación para el funcionamiento de Internet. Se trata de productos fabricados en serie y que llegan en masa al mercado para su consumo también masivo. Es claro que tales productos no

persiguen la formación educativa o intelectual, comunicar al consumidor una verdad o experiencia humana, sino que han ido fabricados (en serie) con el fin de agradar y entretener. Bienes o productos sin finalidad pedagógica o de transformación espiritual. Al contrario: su destino consiste en lograr ventas masivas y su éxito se mide no por la calidad sino por la cantidad, por los

ratings de su aceptación.

Debe reconocerse que tales productos se han convertido en decisivos para la formación del carácter, valores y formas de vivir de numerosos grupos humanos, sobre todo jóvenes. Hoy el estilo de vida de estos grupos está definido en buena medida por las modas que imponen los aparatos publicitarios, con amplia influencia en poblaciones enteras de países y

continentes, con distintos niveles sociales, educativos y culturales. Hoy viajar de un país a otro, en América Latina o de este continente a Europa o en la dirección inversa, o a otros más, significa casi siempre encontrar los mismos tipos humanos y estilos de vida, y análogas psicologías, aspiraciones, definiciones de vida.

En este sentido, los fines del mercado se imponen al universalizar determinados productos y al unificar las formas de vida de numerosos grupos sociales, haciéndolos funcionales a sus necesidades y expansión. Se incrementa así el número de los consumidores de los productos culturales. La operación está cumplida: lo particular no se recobra en lo universal concreto, sino que se pierde en ese todo homogéneo y sin cualidades del mercado, borrándose la monótona uniformidad del mundo. La universalidad no consiste más en la riqueza de lo singular, sino que se reduce a una repetición sin tropiezos de ciertas fórmulas estándar. Lo singular se desvanece y disuelve en una generalidad amorfa, sin personalidad: es el triunfo de «lo idéntico» y de las «igualdades» sin distinción ni calidad.

La llamada crisis de valores tiene que ver con esa atrofia de la imaginación, que invade lo mismo a productores que a consumidores de la cultura. Los productos de las industrias culturales están orgánicamente destinados al consumo, es decir, a agotar inmediatamente su función y a ser desechados, y no a suscitar concentración creativa, goce permanente, reflexión profunda. Por eso se les llama industrias del entretenimiento. Tal es su propósito

esencial y no otro. Las industrias culturales han adormecido la sensibilidad y el gusto por acercamientos a la realidad verdaderamente creativos, por otras experiencias y reelaboraciones del mundo, como la lectura. La velocidad en que se suceden las imágenes publicitarias, o la simplificada ligereza de los mensajes y explicaciones de la TV, impiden que la persona encuentre la necesaria paz intelectual para disfrutar las descripciones paisajistas o psicológicas de Balzac o Tolstoi, o la lectura lenta, circular, que exigen los poemas de T.S. Elliot o de Octavio Paz. El imperio del mercado en materia cultural ha desmoronado la indispensable autonomía que requiere observar al mundo con los propios ojos.

La «civilización única» de la economía y la cultura globalizadas corresponden a la llamada *Global Information Society* [Sociedad Informatizada Global], que se desarrolla a medida que se acelera la expansión de las tecnologías de la información. Durante milenios, los medios de comunicación (desde el papiro, los códices y la imprenta) fueron vehículos de liberación, de potencial libertad de la expresión, ya que sirvieron para difundir memoria histórica, conocimientos y reflexión, propiamente saber social y humano. La comunicación entre los hombres, en general, se ha opuesto a las supersticiones y oscurantismos de todas las épocas. Hoy, sin embargo, al invadir todas las esferas de la vida individual y social, y al depender cada vez más de monopolios enormes e impersonales que transmiten la visión de intereses concretos, alejados del paraje cultural y social del receptor, los mensajes de los medios comunicativos se

transforman en imágenes impuestas, en supercherías que tienden a nivelar, también de manera ofensiva, costumbres, psicologías, emociones, reacciones, sin considerar las diferencias históricas, culturales, éticas y religiosas entre el emisor y el receptor.

La eficacia embaucadora de los medios determina las características de la sociedad de consumo: banalización de la vida social y olvido del trabajo y de los trabajadores que sostienen con sacrificio el espectáculo. La banalización consiste en borrar de la memoria cualquier alusión al *underground* proletario que soporta al sistema: la sociedad del espectáculo —en la expresión de Guy Laborde—, no tolera que se discuta su autoridad para definir las jerarquías sociales y el rango de las ambiciones a satisfacer. Pero más allá del ceremonial y el entretenimiento, hemos de recordar que no ha desaparecido el mundo del trabajo y sus penas. La memoria es un primer elemento del rescate de la realidad, y en este sentido se opone al espectáculo, cuyo fin primordial es exhibir y hacer olvidar, como si la realidad social no fuera el producto de la conducta humana sino más bien un resultado «necesario» y «natural» que favorece a los más ricos, famosos y talentosos.

Pero la contradicción entre el olvido y la memoria acentúa la obstinación de esta última, que se empeña en recordar que la historia no ha finalizado, y se opone al olvido en tanto que este desdeña los mundos subterráneos del trabajo en que se cimientan los alardes del entretenimiento. La distracción banalizada del trabajador que

postulan las industrias culturales apenas es una momentánea ruptura con el trabajo y su explotación. La distracción sugiere un momento de emancipación, pero es apenas una emancipación ilusoria y las promesas que contiene son engañosas y transitorias. Son un punto de escape y no un punto de llegada. Una vez pasado el momento de la ilusión liberadora del espectáculo, el trabajador cae en la cuenta, con más fuerza que nunca, que otra es su real condición, muy lejana de la fábula vivida.

Debo excusarme por la relativa extensión que me ha llevado delinear, aun cuando sea en trazos generales, la situación imperante en el mundo en que están inmersos los intelectuales latinoamericanos y de la mayor parte del mundo —y no sólo ellos, sino los pueblos y sociedades de los cuales forman parte. Ante la tendencia abrumadora de una globalización neoliberal que invade hoy prácticamente todas las dimensiones de la vida pública y también privada, la vocación del intelectual —sus desafíos profundos y sus alternativas—, me parece que tiene al menos tres dimensiones sobresalientes.

Una ha de ser eminentemente crítica. Otra, aquella que en su tarea específica lo lleve a la creación genuina, a producir obras en el campo del pensamiento y del arte que sean profundas, que expresen experiencias auténticas y no se sometan a las recetas impuestas por las fórmulas del mercado, del fácil éxito y la publicidad. Una tercera, vinculada a las anteriores —ante el mundo homogeneizado que pretenden implantar el mercado y la globalización neoliberal—, aconseja la creación y el trabajo intelectual

que rescaten lo singular de la propia historia, las diferencias que implican las tradiciones de la nación, de la región, de la localidad, de cada grupo social e individual. Buscar lo universal dentro de lo particular ha de ser uno de los propósitos más altos de los creadores e intelectuales genuinos de América Latina. Así ha sido siempre, por lo demás.

Las obras verdaderamente relevantes de los intelectuales y artistas latinoamericanos, aquellas que han quedado en el tiempo y son guías de pueblos e individuos, de algún modo están vinculadas a la crítica de su tiempo y a la expresión de valores originales, singulares: obras marcadas por el sello de la rebeldía, de la intransigencia en lo particular, de la obstinación que caracteriza a las personalidades fuertes.

No establezco ningún dogma o criterio. Justamente el pensamiento y la creación artística, cuando son genuinos y de verdad creadores, llevan consigo la marca de la libertad. Una libertad que sólo se ejerce en plenitud al considerar las realidades

—como las descritas— que viven inescapablemente los intelectuales y creadores de verdadero talento, lucidez y penetración.

Debe repetirse lo anterior cuando encontramos en nuestras sociedades a tantos intelectuales que entienden su labor como simple defensa del *status quo*, poniéndose a su servicio y conformándose con adular a los poderosos de turno, negándose a pensar en las alternativas de liberación y de real desarrollo que puedan tener nuestras sociedades. Quiero decir: no son genuinos intelectuales y artistas aquellos que determinan sus proceder por las recetas exitosas del *marketing*, ni quienes recurren al espectáculo como medio de ejercer poder, contribuyendo a fijar las prioridades de las clases dominantes (políticos, inversionistas, financieros) y los patrones de vida y consumo en nombre de los cuales se desearía estandarizar a las sociedades, haciéndolas cada vez más funcionales al mercado.

En América Latina es indispensable un movimiento democrático que sea capaz de desmontar los actuales mecanismos de la sociedad globalizada del neoliberalismo, concentrada y excluyente, y de impulsar una mundialización democrática profunda.

Hoy estalla el choque entre la lógica del capital y la existencia de comunidades culturales, religiosas, históricas, que tienen memoria propia y procuran sustraerse a la homogeneización del mercado. Ese «choque» se produce entre las redes de la cultura del consumo y las experiencias personales, íntimas y reveladoras de la condición humana, que están en el origen del genuino acto de creación cultural e intelectual. En la práctica, las comunidades tradicionales y los

individuos transforman los mensajes universales (y espurios) de la homogeneización y los adaptan según su propia sensibilidad y tradiciones. La memoria construye el presente y el futuro, pero el futuro y el presente son también constitutivos de la memoria y del pasado. La pluralidad cultural se organiza alrededor de esta combinación de experiencias pasadas y presentes. Y tal cosa ocurre no solamente en relación con las identidades culturales e históricas, sino con la pertenencia a la clase social, al sexo, a los grupos religiosos, a las comunicaciones étnicas y a las naciones.

Aludimos al papel innovador de los organismos y agrupaciones de la sociedad civil, y a su papel democratizador en el mundo de hoy. Tales asociaciones han proliferado espectacularmente en los últimos tiempos —también en América Latina—, lo que ha contribuido a la expansión mundial de los movimientos democráticos, la mayoría de carácter no partidista o gubernamental. Ellas tienen no solamente una incidencia de carácter social y económico, sino político: significan hoy uno de los principales impulsos de la democracia local, regional y aun nacional, y de la recuperación de la comunidad como base de convivencia y de desarrollo cultural.

Se ha dicho que las víctimas de la Tercera revolución industrial se cuentan por millones de trabajadores que son sustituidos por máquinas más eficientes y rentables. El desempleo crece y los ánimos se van encrespando —también en nuestro continente—, atrapadas las sociedades en el exclusivo designio de las empresas de incrementar los sistemas productivos y la competitividad, con

la exclusión de la fuerza de trabajo sobrante.

Pero encontramos un hecho nuevo: las redes organizadas de la sociedad civil inician un combate que ayuda a mitigar los efectos más desastrosos de la desocupación y el abandono económico, contribuyendo a generar soluciones en el mediano y largo plazo y a crear nuevos empleos. La brecha que se amplía entre las agencias gubernamentales y las necesidades sociales, que se diversifican continuamente, es compensada en alguna medida por esas organizaciones, mucho más sensibles a la dinámica social concreta, convirtiéndose también en grupos de denuncia y demanda. Hoy resulta inconcebible, en cualquier parte del mundo, la participación política y democrática sin la acción de estas asociaciones civiles, en su gran variedad. Aunque su inmediato significado es muchas veces de carácter social y económico, se afirma también su significado político, que comienza a contribuir notablemente a la profundización y extensión de la democracia moderna.

Por lo demás, debemos admitir que la globalización que vivimos es un proceso irreversible. Resultaría ingenuo encerrar hoy a los países dentro de sus fronteras y mantenerlos aislados. Lo que sí resulta reversible es la dirección que ha cobrado la globalización de corte neoliberal que se nos ha impuesto, bajo los intereses hegemónicos del capital concentrado de los monopolios y los especuladores. En su composición actual, la globalización continuará expandiéndose un tiempo (limitada por crisis recurrentes), pero inevitablemente seguirá originando desempleo, pobreza, reducción de

la capacidad adquisitiva, y también nuevas transformaciones tecnológicas que generarán alguna oferta de trabajo, pero muy distante de la demanda real de empleos. Entonces será cada vez más difícil que los gobiernos sean los únicos gestores del desarrollo económico y social. En más de un sentido, la función histórica del Estado está siendo rebasada por la sociedad, que postula mayor democracia y justicia social. Tal tendencia es hoy incipiente, pero mañana se desarrollará como una avalancha, con una intensidad y bajo formas imposibles de prever hoy.

En un libro reciente nos dice Alain Touraine que hoy se presentan dos formas de rebelión y protesta social. La primera, más tradicional, tendría un significado político; el cambio de las estructuras de dominación y poder; la otra tendría un significado predominantemente cultural y social. La primera, en los procesos de cambio, otorgaría preferencia a los partidos políticos y a sus programas; la segunda sería más espontánea y cultural, más autónoma respecto a las organizaciones formales con explícitas ideologías. La primera tendría que ver directamente con el poder; la segunda con la sociedad. Para Touraine, ambas tendencias habrían sido históricamente contradictorias y excluyentes. Nosotros pensamos, por el contrario, que en las transformaciones que exige la actual sociedad capitalista ambas tendencias son complementarias, las dos formas de rebelión se corresponden e incluyen, con otras nuevas que aparecerán en el futuro.

Hoy resulta difícil pensar que los necesarios cambios vendrán exclusivamente de una instancia política, sea un partido o el Estado.

La fuerza de la movilización social y de los organismos de la sociedad civil también resulta decisiva. Los cambios futuros (que son cambios en proceso) se reafirmarán inevitablemente sobre «los dos pies»: sobre el apoyo de los movimientos sociales, que rechazan la actual condición económica del mundo, y los partidos políticos que comprendan efectivamente y se sumen a las demandas sociales más generales. Tal es hoy, a nuestro entender, el álgebra de las transformaciones necesarias, el alfa y el omega de los cambios, y sostenemos que sólo en esa combinación —que incluye a lo político y a lo cultural, a los partidos y a las organizaciones cívicas y sociales— podrá tenerse éxito. Sólo así se logrará una democratización más profunda y extensa que la postulada por la democracia liberal.

En América Latina es indispensable un movimiento democrático que sea capaz de desmontar los actuales mecanismos de la sociedad globalizada del neoliberalismo, concentrada y excluyente, y de impulsar una mundialización democrática profunda que oriente los avances tecnológicos de la humanidad a la solución de los mayores problemas sociales, y no simplemente a la acumulación de capitales en los centros de poder. En esa lucha y denuncia es decisiva la acción de los intelectuales críticos.

La democracia resultante de fuertes movimientos sociales ha de trascender la simple organización democrática y formal del Estado. Esa democracia más radical y sustantiva ha de orientarse a lo que hoy parece casi imposible: que el conjunto de los logros científicos y tecnológicos de la humanidad, que

los recursos históricos de la sociedad en su conjunto, asuman otra función que la de simplemente maximizar las ganancias de las corporaciones en el menor tiempo posible. Tal democracia deberá orientarse a resolver los problemas de la pobreza extrema y a satisfacer las necesidades de educación, cultura, salud, abrigo y vivienda del mayor número de habitantes de nuestro continente y, por extensión, del planeta. Esa es la gran batalla política y social de nuestros días, también una batalla cultural y moral. Contribuir a esa lucha y toma de conciencia es hoy tarea central y definitoria de los intelectuales.

Para los intelectuales latinoamericanos, y de todas partes del mundo, surge una pregunta de fondo: los efectos negativos de la globalización neoliberal ¿serán resueltos dentro de la lógica del actual sistema económico, el que dispone la «maximización de las ganancias en el menor tiempo posible»? Tal divisa se ha convertido en una de las más antiéticas y perversas leyes del comportamiento humano, demoleadora de la civilización. Por eso sostenemos, al contrario, que la globalización debe cambiar de signo y considerar, en primer término, un desarrollo humano que sea capaz de eliminar las injusticias, desequilibrios y miserias que afectan cruelmente a grandes sectores sociales del continente, de todos los continentes.

La condición para una nueva democracia radical dependerá de la transformación de la relación de fuerzas políticas, de un nuevo pacto social y de una nueva hegemonía que asuma la necesidad de resolver los grandes problemas sociales y humanos pendientes. Se trata del desarrollo de la democracia dentro

de los países, pero de una democracia que no se conforme con el cumplimiento de las formas de la democracia liberal, sino de democracias ampliamente participativas y sociales en que se vinculen partidos políticos y organismos civiles, y en que el resultado sea un Estado de democracia ampliada, en que no sólo cuenten las reglas y los procedimientos electorales, sino la sustancia de las decisiones, en que se afirmen las libertades, pero también la equidad y la igualdad en el desarrollo, abandonadas y muchas veces negadas por las instituciones de la modernidad neoliberal.

Pero una real estrategia para la erradicación de la pobreza no podría consistir exclusivamente en la discusión de «lo que es necesario hacer», sino exige una lucha política para asegurar que las medidas indispensables realmente se hagan efectivas. La lucha en contra de la pobreza requiere la ampliación de la participación política de la ciudadanía y de agrupaciones de la sociedad civil, no sólo para formular teóricamente las políticas adecuadas, sino para que se tomen las pertinentes medidas legislativas. Por eso hablo de una efectiva profundización y ampliación de la democracia a través de la cual la legitimidad del Estado se mida por su capacidad real para resolver los problemas sociales, para movilizar y ser movilizado en la lucha por una sociedad más igualitaria y justa.

Este cambio de la actual globalización exige también que se extiendan los lazos de la solidaridad internacional, buscándose alianzas y librándose batallas en diversos frentes y niveles de la sociedad civil, entre partidos políticos y aun Estados que luchan por encontrar

una vía diferente de desarrollo, un distinto modelo económico que el impuesto por los poderes centrales de la economía, las finanzas y el poder político.

La libertad de comercio y la libre circulación de capitales no e ha traducido ni remotamente para nuestros países en mayor desarrollo, bienestar, igualdad y libertades, sino en su opuesto directo: mayores desigualdades y concentración del capital, severa disminución de las inversiones sociales, aumento de la desocupación y de la pobreza, mayores carencias. La globalización, en su forma actual de operar en manos del capital concentrado, ha facilitado la transferencia sistemática de capitales de las zonas menos desarrolladas del mundo a los países más industrializados, y de los más débiles sectores sociales a los más favorecidos. La explotación sigue siendo el signo distintivo del sistema capitalista, por más que se diga lo contrario.

Las economías más débiles están expuestas a severas crisis económicas cíclicas que resultan de una variedad de factores. Una de ellas radica en esas «corridas» de capital que se presentan apenas hay sospechas de alguna debilidad política y económica. La naturaleza de estas crisis orienta a nuestros gobiernos a tomar severas medidas económicas, que tienen sobre nuestras sociedades efectos devastadores: reducción de empleos, recortes presupuestales, disminución drástica de las inversiones sociales, con la inexorable consecuencia del empobrecimiento de amplísimos sectores sociales, mientras los

capitales especulativos —y el capital en general— siguen un camino inalterable de concentración, tanto dentro de cada país como entre los países y naciones. Varios países nuestros —México hace algunos años, Brasil más recientemente y también Argentina— han sufrido las secuelas aniquiladoras de una globalización edificada sobre capitales que se trasladan, a la velocidad de la luz, de un punto al otro del globo.

Tales son algunos de los elementos que definen hoy la reestructuración neoliberal y la globalización impuesta por el capital, con su caudal de horrores y aniquilamientos. Este es un aspecto decisivo del mundo de hoy, al que han de enfrentarse los intelectuales latinoamericanos, y no sólo ellos, sino la sociedad en general y sus organizaciones cívicas y políticas, incluyendo a los partidos que asuman la necesidad de que el mundo sea mejor para la mayoría de los humanos.

En este horizonte se sitúan hoy los desafíos y alternativas por las que pertinentemente pregunta la UNESCO, a favor de las cuales han de luchar positivamente los auténticos intelectuales de América Latina, aquellos que no han perdido de vista que su función genuina no puede estar divorciada del destino de la sociedad y de las sociedades en las que nos ha tocado vivir, en este tiempo de ruinas y devastaciones, pero también de promesas luminosas para el porvenir.

Repensar el futuro de América

LEOPOLDO ZEA

Filósofo y profesor universitario.

Nuestros libertadores y reformadores hablaron siempre de América, y convocaron a la lucha armada por su liberación a los americanos. José Martí la llamó «Nuestra América». Continente multirracial y multicultural que, como un gran crisol, integraba las distintas manifestaciones de lo humano. La América de la que partiría el reconocimiento universal de la diversidad de expresiones que forman la humanidad. La Nación de naciones que abarcaría el universo entero que profetizaba Simón Bolívar. Nación poblada por la Raza Cósmica de que habló José Vasconcelos: Nación de naciones, Raza de razas y Cultura de culturas.

Los que fueron sueños y utopías, ahora son realidades que se están concretando en este fin de milenio. Realidad cuando la llamada América sajona —los Estados Unidos, que parecían un país exclusivo de gente blanca y puritana—, se reconoce a sí misma como una nación multirracial y multicultural y se lucha por incorporar al llamado «sueño americano», exclusivo de unos estadounidenses que, montados sobre el sacrificio de otros, los marginaron por su diversidad racial, cultural, hábitos y costumbres. El proyecto era hacer de ese país la más grande nación multirracial y multicultural de la tierra.

Lo que sucede en América se convierte, en nuestro tiempo, en problema en el continente del que partió la conquista y la colonización de la Tierra: Europa. Allí se plantean en la actualidad cuestiones que parecían exclusivas de nuestro continente. En el llamado Viejo mundo se preguntan: ¿qué somos? «Siempre creíamos ser la máxima expresión de lo humano y la cultura por excelencia. Presunción que ponen en entredicho millones y millones de personas de diferente color y de otras culturas, que exigen ser tratadas como semejantes. nos reclaman lugares y privilegios que pensábamos eran exclusivamente nuestros».

La respuesta la busca Europa en su historia mediterránea, helénica, latina y cristiana. El pasado que pese a la diversidad de razas y culturas reunidas en el Viejo continente, les dio hueso y sentido. Es el pasado que se formó en el Mediterráneo, donde se dieron encuentro distintas expresiones de lo humano. La que sería Europa al Norte, África al Sur y Asia al Oriente. Mosaico

de culturas que griegos y romanos integraron y llevaron a la Europa al otro lado del mar, la Europa Báltica y noratlántica. ¿Qué dieron Grecia y Roma a esos pueblos del norte a los que llamaban bárbaros, por balbucir, esto es, no expresarse correctamente en la lengua y cultura de sus conquistadores? Su propia cultura, lengua y leyes que les permitirían entender y hacerse entender. A ello se agregó el monoteísmo, que surgió en el Mediterráneo oriental y se transformó en cristianismo. Sin renunciar a sus ineludibles identidades, los llamados pueblos bárbaros se integraron al orbe helénico, latino y cristiano. Es así como Europa se piensa a sí misma, buscando su verdadera identidad. Hombres entre hombres, gente entre gente, unos de tantos.

A nosotros nos toca repensarnos, meditar sobre América y el origen de nuestra peculiar concepción de la unidad en la diversidad de lo humano. Repensar el continente, de Alaska al Cabo de Hornos, con el que Colón tropezó en 1492. Reflexionar para situarnos entre los millones de personas que habitan el mundo de nuestro tiempo. Seres humanos que no nos son extraños, sino parte de lo que consideramos nuestra múltiple identidad. Bolívar, Martí, Vasconcelos y muchos otros vieron la capacidad humana de este continente, que ahora está siendo mejor valorado. Un caldero aglutinador de la diversidad que forma la humanidad.

Colón, creyendo encontrar el Asia por el Occidente, llegó a América y trajo consigo el mismo espíritu del Mediterráneo, que esta región del mundo hizo suyo porque lo identificaba como propio. Bolívar vio en este continente el Mediterráneo integrador de la antigüedad. Un continente que, como el viejo mar

europeo, integraba la diversidad de lo humano, agregando además la propia. Descubrimiento que abarcaría la totalidad del planeta.

Bolívar, al convocar en 1826 al Magno Congreso de Panamá, dijo: Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería el señalado, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia y por la otra a África y Europa». El Libertador no se resistió a comparar lo que fue la integración mediterránea, con la que se ha formado en América y lo que ella originará en el resto de la tierra. Por ello pregunta: «¿qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?». Simplemente, el punto de partida de una globalización que ahora se hace patente en este nuevo milenio. Lo que parecía utopía, hoy día se está concretando.

Una realidad que los americanos debemos pensar y repensar, porque en ello nos va el futuro, ya que ahora envuelve a toda la gente y los pueblos de la tierra, afirmando o cambiando hábitos, costumbres y creencias. Para nosotros es la afirmación de nuestra pluralidad. Para otros, es tener que cambiar la creencia de su congénita superioridad. Los que aceptan y reafirman lo que son y los que se niegan a ser unos más entre otros. Afirmación y resistencia que está originando la guerra sucia que siguió a la Guerra fría, la cual se caracterizó por la lucha entre dos potencias y dos sistemas que se disputaron el dominio de la tierra. En la guerra sucia se buscan nuevas formas de hegemonía.

Quienes se resisten a los cambios insisten en mantener antiguas formas de represión y discriminación. Algunos insisten en mantener la Guerra fría. Comunistas son y siguen siendo las personas y pueblos que, de alguna

forma, buscan limitar sus milenarios intereses y se niegan a aceptar el dominio de las potencias y de la gente del autodenominado mundo libre. es la guerra que se mantiene contra pueblos como el cubano, pese a que terminó la Guerra fría, y contra cualquier pueblo que defienda simplemente su soberanía.

«Hagas lo que hagas nunca podrás ser mi semejante», dice Próspero a Caliban en el drama *La Tempestad*, de Shakespeare.

En la guerra sucia se insiste en reafirmar la superioridad congénita de los conquistadores y colonizadores de la tierra. La superioridad material y moral del mundo occidental, los Estados Unidos y la Europa bajo el dominio norteamericano durante la Guerra fría. En 1989 el estadounidense Francis Fukuyama expresó que pueblos como los que forman el llamado Tercer mundo y los que estuvieron bajo la hegemonía soviética en Europa, estaban destinados a quedar flotando en una historia sin fin. No así los occidentales, que han mostrado su superioridad en la ciencia y la tecnología, y que además ya han llegado al fin de la historia.

Ciencia y técnica occidentales que hacen prescindibles al resto de los pueblos. Prescindibles son ya las materias primas arrancadas de las colonias, así como el trabajo esclavo, por barato que lo paguen los dueños. Esto es, las colonias ya no son necesarias; la ciencia y técnica occidentales reciclan materias primas y robotizan el trabajo. Fukuyama escribe en 1989 sobre el fin de la Guerra fría y, con ello, el fin de la obligada defensa armada de los Estados Unidos de la Europa bajo su hegemonía. ahora la Europa occidental se integra en la comunidad

de naciones que soñaron nuestros próceres, pero desafortunadamente sólo se integraron con países de esa región del mundo.

Esta Europa pone en marcha la economía de mercado. Pero igualmente lo harán pueblos asiáticos mandados al vacío de la historia sin fin y las innecesarias colonias europeas de ese continente. Las motivó Japón, en otra relación que no era ya imperial. Los asoció en su economía y hace de las que fueron colonias europeas, los Tigres del Pacífico. A esta economía de mercado se agregan China y la India. Negaron así las pretensiones de Fukuyama, ya que lograron hacer emerger a la misma ciencia y técnica occidentales.

Los asiáticos muestran no sólo su capacidad para el uso de la ciencia y la técnica occidentales, sino también su inteligencia para transformarlas, perfeccionarlas y recrearlas. algo más: ponen sus productos, por sus precios, al alcance de un mayor número de consumidores. Lo que se hace en Asia, puede hacerse también en cualquier pueblo de la tierra. Se consolida la profecía de nuestra América : «Todos los hombres son iguales por ser distintos».

Fukuyama y su maestro Samuel Huntington se sienten obligados a reconocer la capacidad de los pueblos asiáticos para usar y superar la ciencia y técnica occidentales, pero agregan: «Lo que jamás podrán superar es nuestra calidad moral. Nunca haremos trabajar a un hombre 24 horas al día, como lo hacen los asiáticos». Desde Singapur, lugar donde se hace patente en su máxima expresión el desarrollo asiático, el principal dirigente les contestó: «Antes trabajábamos para ustedes 24 horas al día, ¿eso era moral? ahora

trabajamos para nosotros 24 horas al día, ¿es eso inmoral?».

Sin embargo, en 1999 Fukuyama insiste en la superioridad moral del mundo occidental. Ante la emergencia de los pueblos mandados al vacío de la historia sin fin, reconoce la capacidad de esta gente para el uso de la ciencia, pero vuelve a negarles la capacidad moral para utilizarla. Carecen de la capacidad moral para conseguir los frutos que el Occidente obtiene de esa ciencia y técnica.

Esto se ha hecho sentir —sigue sosteniendo— en las recientes crisis económicas de Asia y la violencia social que originaron. También está patente en las crisis económicas y sociales de México, Brasil, Argentina, y otras naciones más en la América Latina. Asimismo, en las brutales guerras tribales en África, la rivalidad en el Medio Oriente, la crisis económica de Rusia, las luchas en Kosovo y Serbia. En todos estos ejemplos, se muestra su incapacidad. Por humanos, demasiado humanos y, por ello, envidiosos, egoístas y corruptos. Por ello se dividen economía impiden lo que serían logros significativos en ciencia y tecnología.

Mientras esa gente más usa los instrumentos de la ciencia y la técnica, los occidentales, por el contrario, están desarrollando otras áreas de investigación, como la genética, instrumento no para mejorar la raza humana, sino para erradicarla definitivamente. En poco tiempo surgirá el superhombre, individualización pasiones que lo limiten y por ello más capaz de servir a los intereses de sus creadores. Mientras el resto de la humanidad llega a su fin, ayer el fin de la historia, ahora será el fin del hombre.

Pese a estas resistencias y calificativos, la concepción multirracial y multicultural de nuestra América se va realizando. Los Estados Unidos se latinizan, al reconocer economía incorporar como ciudadanos a millones de marginados, quienes a pesar de su diversidad étnica y cultural, forman parte de la sociedad y la economía del país.

En esta economía que el desarrollo científico y técnico hace posible, en que son prescindibles las materias primas y la mano de obra barata, no se puede suplir la capacidad de la gente para consumir, y esto es lo que produce el extraordinario desarrollo, imposibilitando así las pretensiones autárquicas. Son necesarios los pueblos capaces de comprar lo que no alcanza a consumir el Occidente; de no ocurrir, se pone en riesgo el desarrollo alcanzado. Son necesarios los millones de seres humanos que quisieron mandar al vacío la historia sin fin. Pero gente y pueblos pobres no consumen, por ello deberán tener empleo, y con él capacidad de consumo, poder adquisitivo. Y esto sólo podrá lograrse si sus economías se desarrollan.

¿Qué hacer? Lo hecho por Japón con sus vecinos, incorporándolos a un desarrollo que debe ser compartido. fue lo que hizo en los Estados Unidos el presidente William Clinton, quien sumó al desarrollo a los marginados de esa nación. Lo que está haciendo la Comunidad Europea al invertir economía incorporar a su economía a los emergentes países asiáticos, incluidos los que fueron sus colonias.

En los Estados Unidos, los cambios originados por el fin de la Guerra fría, permitieron a la Europa occidental integrarse y poner en marcha la economía de mercado, con lo cual pusieron fin a las pretensiones de hegemonía

planetaria de la Unión Americana. La poderosa nación es prescindible son sus sofisticadas armas.

En 1992, el presidente Bush, frente a esta situación, sabe que deberá cambiar la economía militar de la Guerra fría por la economía de mercado. Sin embargo, ni en Europa, ni en Asia encontrará el mercado que necesita. Sólo queda la región de América, patio trasero de sus intereses. Con varios millones de posibles consumidores, pero gente pobre no consume. Habrá que seguir el modelo de Japón en Asia, incorporarlos a su economía, desarrollando con ellos mercados capaces de consumir y de producir. Así surgió la oferta continental de un Tratado de Libre comercio con Canadá y América Latina.

En el año 1992, el presidente republicano que aspiraba a la reelección fue derrotado por el candidato demócrata William Clinton, que hizo suyo el tratado propuesto por sus opositores políticos, pero son ellos quienes se niegan a aprobarlo a un presidente que llega con un programa que afecta sus intereses en los Estados Unidos. El tratado se limitó a Canadá y México. Este último, por ser frontera de la potencia. Los otros países quedaron fuera del proyecto, considerado en un principio como continental.

El tratado limitado a México causa molestias y suspicacias entre los que lo esperaban al Sur de nuestra

América, que estaban seguros de ser parte del mismo. «¿Cómo hizo México?» se preguntan. Nuestro conocido Samuel Huntington es interrogado sobre la posibilidad de que afectara a la Unión Americana el tratado con México. A esto respondió que para Norteamérica «no hay ningún problema; será México el que se transforme culturalmente en un apéndice de los Estados Unidos». Una vez más, surgió la calificación de inferioridad de gente como la que habita en México. Supuestamente pueblos como este no pueden asociarse con naturalezas superiores, si no es renunciando a ser lo que son. Por lo tanto, tendrán que descastarse.

Los países al sur del continente, fuera del tratado, como Brasil, Argentina y Uruguay —que ya estaban integrados en el Mercosur—, buscan establecer relaciones comerciales con la Comunidad Europea, que quiere penetrar en una región que parecía exclusiva de los Estados Unidos. Pero también les interesa México, por ser parte del TLC. Se hacen sondeos en este sentido. El francés Alain Touraine habla de dos Américas: una europea, la del Norte; y la otra distinta al Sur; cargada de indios, africanos y mestizos. Esta América está necesariamente obligada a subordinarse a la América anglosajona. La América mestiza y la anglosajona difícilmente podrán integrarse. Y menos aún un país mestizo, como el mexicano, podrá asociarse económicamente con la Europa comunitaria.

La restructuración neoliberal: retos y alternativas para el pensamiento latinoamericano

ALFREDO GUEVARA

Cineasta y ensayista.

Presidente del Festival del Nuevo Cine Latinoamericano.

Proyectos y proyectos y proyectos, la especulación intelectual política no podía ya sostenerse en aquella interminable armazón teórica que, andando todas las direcciones, y mirando tan diverso ombligo, convencidas de ser la vanguardia unas y otras, anegaban la conciencia latinoamericana por los años 60. Era obligado llegar a la práctica, y el primer fusil deshizo el castillo de naipes que desde el pro y el contra, y desde sueños y utopías, imanes eurocéntricos, cipayadas americanizantes y soviatismos forjados desde añejas ignorancias y cegueras, habían construido y que no parecía tampoco en esos días conformarse con el destino que «la historia» —esa hidra que se ve «más tarde»—, les tenía en su secreto cofre bien guardado. No me proclamaré a estas alturas fanoniano a parte entera, pero reivindicaré sin ambages aquello de que *esclavo que arrebatando el látigo lo ejerce contra el dominante, inicia en ese instante, y para siempre, nueva era.*

La Revolución cubana daba en el ejercicio del poder sus primeros pasos, inseguros tal vez, pero de tal audacia y reto, que los viejos edecanes de los dos poderes, anglófilos y eslavófilos, mejor cegados por la ignorancia y la rutina del pensar mimético que por mala fe o vocación de esclavos —pues quisiera y quiero justo ser, sin precipitaciones— quedaron boquiabiertos. Ya ancianos los eslavófilos preferían, parece, dejar a sus nietos buen consejo y bibliotecas de sociología del noveciento, que ofrecerles el ejemplo al que una nueva situación les empujaba, el ejercicio de la acción real, el enfrentamiento sin *intermezzo* teórico-verbal con las oligarquías, los Estados militarizados y, por esos caminos, con el Imperio. Fue también la época aquella en que la Universidad latinoamericana nos invadió por fortuna diré, sí, por fortuna, y por fortuna también temporalmente, de sociólogos, sociologizantes y sociologizadores cada vez más agudos, profundizadores, alertantes y aburridos. Pero hay que decirlo, y hasta subrayarlo, que ayudaron a desbrozar caminos y descubrir

o que hoy nos toca mejor saber, y a fondo, de ese poder inmenso, abrumador, de las comunicaciones, de eso que ya por entonces llamábamos «los medios», quién sabe si por aquello de que median entre la realidad real y la conciencia.

De aquel largo camino jalonado, de tanta muerte que nos duele, de tanta vida perdida, de tantos jóvenes talentos que entregaron lo que pudieron ser y dar, por lo que muchos piensan, o tal vez sólo algunos, que al ser causa fallida más cruel aún resulta tal destino; de aquel largo camino, por la esperanza, el sacrificio, el ansia de justicia y de amor solidario, quedan inmensas cicatrices, huellas, que ya no son tan sólo cicatrices, o que nunca lo fueron más allá de la apariencia. Queda, queda el cimientito, es el cimientito de otra realidad, la nueva imagen de la América Latina moderna. Fue aquel instante exorcismo total que alcanzó a liberarnos de una mirada vieja y ya agotada, no por vieja, por falsa, porque ya todos los caminos a recorrer estaban recorridos, y sólo en el fusil la telaraña tendría que encontrar implacable escobillón que la borrara.

No fue inútil, que no, inútil no, que Che, o Marighela, o Turcios, o Fonseca, o Dalton, o Enríquez, o Sentic, quemaran con sus vidas las etapas, que ajustados a clásicos esquemas debieran realizarse, agotare he querido decir, de muy diverso modo. La historia que describo como un Dios oculto —los dioses siempre ocultan sus designios— descubre, cuando quiere, otras vertientes. Es esa la secreta verdad que se devela cuando la voluntad del hombre traza sus designios, y estos que no se alcanzan, nos entregan otros, acaso

no pensados pero plenos, de inéditas respuestas que nos llegan, transformando a veces de la vida la imagen, y de la sociedad, del hombre uno a uno, el destino previsto y que ya es otro.

Esta Cuba en que vivo, que es mi patria chica, islita que se baña entre dos mares, el Caribe antillano blanquinegro, o que mejor será decir negriblanqueado, y el Atlántico inmenso que la une al gigante del Norte y, por Europa, a la cultura occidental, grecolatina, judaica y cristiana y española, es un ejemplo vivo en este siglo de cuánto trato de decir, queremos, querido hemos, y el querer no cesa, hacer del socialismo nuestro emblema, para un decir más simple que pudiera resumirse en que soy lo que el otro, un ser humano, y que la solidaridad nos une porque sólo la solidaridad nos hace hombres.

En esa sociedad que tiene mil puntuales aristas, discutibles o no, la que queremos, aquella en que en el uno está ya el otro; aquella en que los uno por millones, sin dejar de ser uno, cada uno, en nuestra sociedad —que espero mejor, cada día mejor organizada— encontrarán, como en un techo, permanente amparo.

Esta Cuba en que vivo, que es mi patria chica —América Latina, ya se sabe, es la grande— en ese curso que he descrito, del socialismo que ha soñado nuestra generación martiana ir fundando, enfrenta mil sorpresas, tantas como las que ir fundando ofrece. Si has de fundar, recuerda: la realidad pudiera, en medio del camino, trastocar tus esfuerzos y entregarte mensajes acaso inesperados, acaso previsibles, pero que en sorpresa no quedan, pues suelen ser condicionantes.

No hay para el isleño modo de quedarse en su isla. No hay modo de pensar la patria entre dos costas. El diseño del mundo desborda los espacios y cuánto fue ya hecho en nuestro continente, en las islas, transformó las vanguardias haciéndolas modernas. Ese fue el gran aporte de los que combatieron, creyendo que del triunfo que no llegó saldría un nuevo mundo ya reestructurado, al servicio del hombre, entonces liberado de tantas sujeciones y, entre ellas, del vacío que en el pensar impone ese sopor que llega cuando dominan dogmas. No llegó aquel diseño, pero otro fue entregado por esos, los orishas de ese Dios que es la historia. Ya no podrán sumirnos en sopor los aliados que enemigos creían ser y en rigor no lo eran. Del Imperio las fórmulas de redención que llegan cual supuestas verdades que ya nadie refuta, y «de la izquierda» ciega el pensar rutinario, que sólo sabe y quede esgrimir otras fórmulas, consignas vaciadas de todo contenido, que por real derrumbe no pueden esgrimirse, y se esgrimen.

Sólo queda un camino, y queda por fortuna; *y ese camino obliga a repensar el mundo*. Y es por eso que pienso, que digo, que proclamo, que imploro, que propongo y reclamo, de aquellos que pudieran ser inventores audaces, de talento probado, que no olviden, subestimen, aplacen, esa tarea fina, sutil, obvia, compleja, difícil sí, también apasionante que supone —perdonen, señores de la UNESCO— la única salida que tenemos nosotros, los latinoamericanos, más allá de la izquierda pero nunca llegando a sumirse en derechas. Esa única salida parece ser muy simple, pero

nadie la aborda, debe ser más compleja de lo que se supone. Esa urgencia sería, permítanme decirlo: sería la reinención del socialismo.

¡Cuántas vueltas he dado! Para hacerlo, nosotros, nosotros los cubanos, por un instante asumo este papel «más chico», diré más limitado, para que sea aceptado por todos los de acá tendría que ser uno especial el que lo proclamara, un socialismo libre de tanto polvo y paja, de tanta sangre y mierda con que fue salpicado. Espero que esto llegue, y espero, espero, espero, pues sé que va llegando a través de experiencias puntuales y de búsquedas, de afán perfeccionista. Amo la perfección, pero el tiempo nos falta.

Es ese «especial uno» el que pudiera darnos, no importa si en lenguaje ideal, de distante utopía, digo que a los cubanos ese diseño ansiado, defendible, exaltante, que a una palabra justa, exacta, devolviera, en la limpidez el encanto.

Es tal vez que despega de una experiencia nada simple, la reflexión que sirve a dirigirme a ustedes. La experiencia de un país que mira su imagen en Puerto Rico. País siempre asediado y agredido, impelido a rendirse arrodillado, y a pedir disculpas porque se niega y ha negado, porque jamás será colonia, semicolonía enmascarada o enclave del Imperio.

Para ser quienes somos y queremos, para llegar a ser los que seremos, desperdiciar recursos no es posible. Debe sobrevivir un pueblo culto y libre. *Ser cultos para ser libres*, el mensaje martiano, inscribe en nuestras vidas principio irreductible.

Somos once millones, y hay entre nosotros 660 000 universitarios y otros tantos cientos de miles, cientos de miles de especialistas de nivel medio. Ningún analfabeto. El desarrollo para la libertad y un bienestar razonable, no consumista, refinado y culto, se vuelve a hacer posible. Y es por eso que en este coloquio organizado por la UNESCO, me he atrevido a hablar de un socialismo renovado, limpio de polvo y paja, también de martirio y de sangre, de tradición ajena, un socialismo nuestro, de América, latino, nuevo, rediseñado, y quisiera, ejemplar y prístino. Pero acaso —si ejemplar he dicho— el ejemplo no sirva, no por remoto, a países de singular complejidad distinta, inmensidades casi continentes, que tienen sus fronteras entre mares, selvas, desiertos y montañas; pienso en México, en Brasil, en Colombia, en Perú, en Argentina, en Bolivia, en complejísimas sociedades, en complejísimas historias.

¿Qué dirán los que estudian, investigan y piensan? ¿Qué dirán los que sufren marginación, miseria, injuria a su cultura y tradición o etnia? ¿Cómo creer y ser si la uniformidad propuesta deja de ser propuesta y logra imponer su diseño?

Regreso a mi papel moderado, soy el Moderador nombrado por la UNESCO, y debo introducir el tema que esta Mesa, con sus ilustres participantes, debe tomar como motivo de reflexión: *La reestructuración neoliberal; retos y alternativas para el pensamiento latinoamericano.*

Buena la estaríamos pasando si tal reflexión debiera abordarse sin que

los años 60, quiero decir, sus protagonistas, no hubiesen limpiado el camino de todo aquel pensamiento medio anquilosado, vegetal y esclerótico de que eran depositarios conservadores, militantes, pensantes, marxistas soviéticos, liberales neocolonizados por la fascinación yanqui-dolárica y etc., etc.

La pasaremos mejor, y de seguro productivamente, tomando en cuenta a quienes nos acompañan y honran. Pensadores que están dispuestos, y no lo harán por primera vez, a replantearse, en términos de nuestra época, este mundo que es este y no otro, en que nos toca vivir y enfrentar el intento, y, lo subrayo, es hasta hoy sólo intento de imponer el pensamiento único, de vaciarnos con el entretenimiento Time-Warner-CNN y hasta Time-Warner y AOL en Internet —y es un ejemplo— que sustituye por invasión, persistencia, omnipresencia economía inmersión, toda actividad o disfrute intelectual autónomo. Y busca, tal vez sin proponérselo explícitamente, en su lógica orgánica, vaciarnos dejándonos inermes. Inermes, subrayo, es decir, incapaces de reaccionar.

La convocatoria de la Oficina Regional de la UNESCO para la Cultura en América Latina y el Caribe, esta y las otras Mesas, esta voluntad de reflexión, es una, entre otras muchas, pero significativa por sus protagonistas, de la voluntad de resistir, y de ser, y de crear, y de reflexionar.

También tendría que serlo, y serlo en el marco de una continuidad deseable, voluntad de aportar caminos. De aportar soluciones.

Cultura y desarrollo

CELSO FURTADO

Economista.

*Miembro de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo,
UNESCO.*

Especular sobre la añeja interrogante ¿hacia dónde va el hombre?, ha dejado de ser una actividad trivial, favorita de adivinos y profetas, para convertirse en un asunto de profundos estudios a cargo de grupos de expertos en los más diversos campos del conocimiento. Uno de esos grupos —creado en 1992 por el Secretario General de la ONU y el Director General de la UNESCO, bajo la presidencia del Dr. Javier Perez de Cuéllar— es la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo (CMCD), cuyos miembros son especialistas en ciencias sociales y humanísticas provenientes de todos los continentes, que no guardan relación oficial alguna con los gobiernos de sus respectivos países. El resultado de tres años de reuniones en diversas partes del mundo, es el informe *Nuestra diversidad creativa*.

La diversidad cultural no puede ser comprendida sino a partir de la idea de innovación, de transformación económica incluso de desarrollo. En efecto, la idea de desarrollo se encuentra en el centro de la visión predominante del mundo de nuestros días. Es a partir de esa visión que consideramos al hombre como un factor de transformación del entorno social y ecológico en el que se inserta. El hombre mantiene un equilibrio dinámico con el medio y, al transformarlo, avanza en el logro de su propia virtualidad. La reflexión sobre el desarrollo supone, implícitamente, una teoría general del hombre, una antropología filosófica.

La idea del desarrollo está ligada estrechamente al desarrollo de las potencialidades humanas, por lo cual resulta natural que incluya un mensaje positivo en sí misma. Una sociedad se considera desarrollada en la medida en que sus miembros pueden satisfacer sus necesidades, expresar sus aspiraciones y ejercitar su genio creativo. Es mediante el diseño y la instauración de nuevas estructuras sociales (morfogénesis) que puede producirse el proceso de desarrollo.

Más que una transformación, el desarrollo es invención, ya que involucra un elemento de intencionalidad. Las condiciones necesarias para que ese elemento se pueda manifestar plenamente están dadas por la historia. Es decir, estas condiciones no pueden ser reducidas a meros esquemas formales. Solamente un enfoque analógico nos puede permitir tratar cuestiones tales como ¿por qué en un momento dado la creatividad se intensifica y por qué sus frutos pueden coincidir para producir y aplicar un proyecto de transformación con el que se identifican los miembros de un grupo social?

Empero, el carácter histórico y la unicidad del desarrollo no han conseguido que los estudiosos dejen de preguntarse sobre la naturaleza del proceso de la creación cultural. A decir verdad, la innovación no es una respuesta sencilla, sino un reto: se trata, sobre todo, de la manifestación de una posibilidad. Es, además, aquello que lo diferencia de las mutaciones, la base de la evolución natural. Y porque dispone de los medios que le ofrecen toda una gama de opciones, el hombre puede innovar. Este margen de maniobra se funda sobre la existencia de eso que los economistas clásicos llamaron «los recursos excedentes», resultado de la división social del trabajo. De esta manera, el concepto de excedente, utilizado en su sentido amplio, es la piedra angular del estudio del desarrollo.

La producción de un excedente —fruto de los intercambios o simplemente del acceso a recursos naturales más generosos— abre un nuevo horizonte para los miembros de una colectividad: no se trata más de reproducir lo que ya existe, sino

de ampliar el campo de lo posible. Ciertamente, el logro de un nuevo excedente no elimina los riesgos, ya que las guerras fueron a menudo la expresión del afán del hombre por adueñarse de recursos suplementarios.

Al permitir la expansión en el tiempo y el espacio del proceso de división social del trabajo, este excedente posibilita la acumulación bajo formas diversas, una de las cuales es el desarrollo. A través de la historia, el destino del excedente ha sido diverso: la construcción de murallas y templos, o el sostenimiento de ejércitos. En realidad, sólo excepcionalmente el excedente ha servido para el desarrollo; es decir, para abrir los canales de expresión a la múltiples potencialidades de los hombres y las mujeres que conforman una sociedad.

Si somos rigurosos, sólo podremos hablar de desarrollo si el hombre dedica su potencial creativo al descubrimiento de sí mismo, al enriquecimiento de su universo de valores. El desarrollo no es genuino si la acumulación material no conduce a la creación de valores que son adoptados por segmentos importantes de una colectividad.

En una palabra, la ciencia del desarrollo se ocupa de dos procesos creativos. El primero se refiere a la tecnología, al esfuerzo del hombre por prepararse y acrecentar su capacidad de acción. El segundo tiene que ver con el fin último del fruto de sus acciones, es decir, los valores que el hombre agrega a su patrimonio material y espiritual.

Al ser la tecnología de naturaleza instrumental, es evidente que su desarrollo supone la existencia de

intenciones y el establecimiento de objetivos. Pero no queda más que reconocer que el vector de la tecnología es el proceso de acumulación, y que este presenta ciertas condiciones que pueden confundirse con objetivos. Es lo que sucede cuando se persigue el objetivo de aumentar al máximo las utilidades o de implantar un sistema de motivación para el trabajo. Cómo saber hasta qué punto el proceso de acumulación es autónomo para someter la creación de valores a su propia lógica, según sucede cuando un objeto de arte se convierte en un medio para acumular riqueza.

A decir verdad, estamos lejos de saber por qué, en un momento dado de su historia, una sociedad ha privilegiado los inventos tecnológicos o, por el contrario, favorecido la creación de valores sustantivos. La posibilidad de saberlo disminuye porque en ciertas épocas se ha producido una verdadera explosión creativa en el campo de la religión, la estética, la política, o incluso del saber puro. Sabemos bien que el poder de difusión de la tecnología es mayor, con mucho, que el de sus valores sustantivos. Una novedad tecnológica puede ser muy fácilmente asimilada en un medio cultural diferente del que prevalece en donde tuvo origen. Y es que, en todas partes, la lógica de las acciones cuyo eje es el ahorro de los recursos escasos es la misma. Por otro lado, los valores sustantivos se integran en formas de conducta y se modifican lentamente.

Nada caracteriza mejor a la civilización industrial que la polarización de la creatividad en torno a los inventos tecnológicos, es decir, de las nuevas formas de

acumulación. Ello explica el formidable poder de expansión de la civilización industrial, y explica igualmente que el estudio del desarrollo —que es en buena parte el estudio de la difusión de la civilización industrial— tenga su punto focal en la lógica de la acumulación.

Cultura y desarrollo

Una de las tareas de la CMCD consiste en reunir y analizar estas y otras nociones sobre la teoría y la práctica del desarrollo, para finalmente formular una pregunta que se impone de manera implacable: ¿por qué el aumento en la riqueza, producido por el desarrollo, ha dejado a tanta gente inconforme y permitido que la miseria se mantenga como un pesado lastre? ¿Qué debemos hacer para no seguir acumulando problemas sociales y ecológicos de índole cada vez más grave?

De todas estas conjeturas podemos concluir que la humanidad ha ingresado en una fase en que está en debate su propia supervivencia, misma que pasa necesariamente por la construcción de una nueva utopía que coloque los propósitos últimos de la acción humana al alcance de todos.

La parte de las conclusiones del Informe de la CMCD define varios objetivos que deben alcanzarse en el plano internacional. Los más importantes son:

- Garantizar los fundamentos institucionales para que el binomio cultura-desarrollo —es decir, la identificación de los fines y la elección de los medios— sea objeto prioritario de discusión y análisis.

- Iniciar un proceso que permita que los principios éticos adoptados por diversas naciones, se extiendan a la esfera internacional y global. Se trataría de sentar las bases de un vasto consenso ético a nivel mundial.
- Crear un foro que posibilite avanzar en la definición de una serie de medidas prácticas que vinculen los valores culturales (los fines) con el desarrollo (los medios).

La Comisión ha constatado que los conflictos militares son cada vez menos de índole internacional y más de naturaleza interna. De los 82 conflictos registrados en el curso de los tres años que duró el trabajo de la Comisión, 79 tuvieron lugar dentro de fronteras nacionales.

La causa fundamental parece ser la falta de un verdadero desarrollo en un mundo dominado por el consumismo, lo que inevitablemente lleva a la masa de excluidos a la desesperación. En casi todas partes, incluyendo a los países pobres y a los ricos, formas perversas de crecimiento económico privilegian a las minorías y condenan a las mayorías a la miseria, abriendo así la vía a las catástrofes sociales y ecológicas. Es lo que la CMDC califica de «desarrollo sin alma».

Para terminar con este estado de cosas, la preocupación por la

Cultura y Desarrollo

seguridad de las personas debe prevalecer sobre el interés por la seguridad territorial. Es decir, la seguridad de las personas sólo puede garantizarse mediante un desarrollo concebido en el contexto cultural de las sociedades.

Se sugiere, además, que la comunidad internacional tome conciencia de manera sistemática de los problemas que deben

enfrentar las poblaciones pertenecientes a culturas marginales, identificando y aplicando políticas y prácticas justas y advirtiendo sobre aquellas que son condenables, como las mutilaciones físicas y el fanatismo religioso.

De ahí la importancia —y aquí tenemos otro punto destacado por los autores del Informe— de los estudios que se

están realizando sobre los vínculos entre la cultura y el desarrollo, a fin de identificar la dinámica actual de los cambios culturales, así como la naturaleza y causa de los conflictos étnicos.

En ese mismo orden, se recomienda prioritariamente a los países miembros de la ONU y de la UNESCO que emprendan programas de investigación sobre la relación existente entre los derechos de las mujeres y los cambios socioculturales a fin de enfrentar las formas insidiosas de discriminación que prevalecen en casi todo el mundo.

Podríamos encaminarnos a la creación de un Código Internacional de Conducta Cultural, que garantice la preservación de la diversidad de los valores culturales compatibles con los principios éticos universales.

El problema de la preservación de la herencia cultural, considerada patrimonio de la humanidad, es abordado de manera bastante original. Es decir, se sugiere la movilización de personas de todas las edades y nacionalidades, interesadas en este tema, con miras a la creación de un voluntariado de la herencia cultural. Este voluntariado sin fronteras actuaría, principalmente, en aquellos países que carecen de expertos en la materia.

Sin embargo, la propuesta más innovadora que la CMDC hace a la comunidad internacional se refiere, sin duda, a los derechos culturales, ampliamente tratados en su informe. Es cada vez más frecuente la persecución de individuos y comunidades enteras por causas estrictamente culturales, sin que las víctimas puedan recurrir a las estructuras jurídicas para protegerse contra las arbitrariedades. Estos atentados a los derechos de los individuos y las culturas exigen una permanente vigilancia por parte de la comunidad internacional.

La propuesta de la CMCD consiste en identificar los derechos culturales (por ejemplo, el derecho de los pueblos a hablar su propia lengua), para colocarlos al mismo nivel de los derechos humanos y garantizarles la misma protección internacional. El primer paso en esta dirección sería la elaboración de un inventario de esos derechos culturales para poder encaminarnos a la creación de un Código Internacional de Conducta Cultural, que garantice la preservación de la diversidad de los valores culturales compatibles con los principios éticos universales.

No menos importante es la incorporación de un Código de Ética Política en los debates internacionales, un conjunto de normas que regulen la acción de los gobiernos, sobre todo de la potencias. Avanzar en esta dirección presupone la democratización del proceso de toma de decisiones en el seno de las instancias más altas del orden internacional. Es cada vez más evidente que las estructuras internacionales de decisión deben emprender un proceso de democratización sin el cual no tendrán plena legitimidad. Este punto, aunque retomado por la CMCD, es algo que ya se ha discutido en el seno de la ONU.

Por todo lo anterior, y además por la manipulación de la información como forma de ejercer el poder, la CMCD propone una agenda de normas precisas para orientar la acción de los gobiernos y de las agencias internacionales. La idea es iniciar la tarea de reconstrucción institucional tomando como referente a la especie humana. De hecho, es la especie humana la que está en juego. No podemos ya soslayar la certidumbre de que nuestra civilización no podrá conservar su tradición humanística a menos que profundice los vínculos de solidaridad entre los pueblos y las culturas, en el marco de un sistema de relaciones internacionales menos tuteladas y más abiertas a la participación.

Tomado de *Diálogo*, n. 22, México, D.F., 1997.

América Latina, la educación y el desarrollo

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

Abogado y sociólogo.

Director del Programa de Educación de la Fundación Chile.

La copiosa literatura sobre el desarrollo incorporó desde temprano algunos tópicos pertenecientes al dominio de la cultura — educación, valores, ideología. Esta forma de aproximación en el marco de las discusiones del desarrollo obedeció, probablemente, a una concepción funcional (o funcionalista) de la cultura, algunos de cuyos «componentes» fueron identificados como «instrumentos» que podían —y necesitaban— usarse para responder a las demandas de la modernización y el desarrollo.

I

La anterior visión desembocó en la formulación de una ideología desarrollista de la educación. Esta fue concebida como el instrumento para diseminar la cultura científica, inculcar las actitudes modernas y crear valores. Dicha ideología recibió un fuerte impulso bajo el triple estímulo proveniente de la teoría del capital humano, de la teoría meritocrática de la política y de la cultura de la modernización. La primera contribuyó a justificar crecientes volúmenes de gasto en los sistemas educativos. La segunda ubicó a la educación como un prerrequisito de la democracia y la estabilidad política, invocando la necesidad de estructurar una amplia «clase media culta» y élites dispuestas a competir entre sí a partir de sus méritos y a actuar contra las viejas prerrogativas adscriptivas y estamentales. La tercera prometió una transformación de los valores tradicionales y, como resultado, la emergencia de una cultura centrada en la racionalidad instrumental, la especialización de tipo profesional, la difusión del conocimiento científico y una secularización de la vida social.

Bajo el impulso de esta ideología la sociedad latinoamericana mudó efectivamente su naturaleza. Pero en forma distinta a lo previsto. En efecto, la educación amplió espectacularmente la cobertura en todos los niveles, pero ni la equidad ni la calidad de la enseñanza acompañaron a ese espectacular proceso de difusión educacional, con lo cual las expectativas de movilización y creación ininterrumpida de oportunidades se vieron frustradas, al menos parcialmente. Por otra parte, la educación ofrecida masivamente no convergió con la evolución de la economía, creándose desajustes cíclicos entre la oferta y

la demanda de calificaciones laborales y, en general, una creciente separación entre el mercado de trabajo y el sistema escolar y superior. Este fenómeno se observa aun en el caso de aquellos sistemas escolares de mayor tradición y considerados los más avanzados de la región.

Simultáneamente, y sin que ello hubiese sido previsto por el proyecto modernizador, creció una inusitada fuerza de dominio distinto de la cultura: el de los medios no escritos, masivos, de comunicación. La televisión llegó hasta los lugares más apartados del continente, transformando de raíz el medio ambiente urbano y rural. Poblaciones enteras, incluso antes de haber sido alfabetizadas o escolarizadas, tienen acceso ahora a un vasto mundo de información y entretenimiento que se halla al alcance de la mano, en cada hogar. La cobertura de la televisión es hoy prácticamente universal. Con esto, la educación ha dejado de operar como el único vehículo de la cultura y esta, a su tiempo, ha mudado de signo al convertirse en un espacio que por el lado de la producción es industrial y, por el del consumo, se erige como un mercado frente a los individuos.

Al finalizar el siglo XX, en consecuencia, las sociedades latinoamericanas pueden representarse *desde el punto de vista cultural* como sociedades de masas, donde las prácticas de consumo simbólico más extendidas ocurren en el mercado, y donde la educación, en vez de operar como un principio que combina democracia con movilidad meritocrática, crea en cambio una estructura social heterogénea, con dispositivos de selección y filtro

basados en diferentes oportunidades de acceso al conocimiento. De todo esto resulta además una modernidad peculiar, en la que se entremezclan complejamente, de un lado, tendencias a la masificación de los consumos culturales y, de otro, una progresiva segmentación de las producciones simbólicas y de las prácticas de reconocimiento.

Con ello podría esperarse también el fin de la noción «ingenua», según la cual la educación puede cambiar el mundo y del postulado funcional (funcionalista) de la cultura, según el cual ella se adapta linealmente a las exigencias de la economía, de la política o de las ideologías, y puede por consiguiente ser usada como un instrumento de racionalización de la sociedad.

II

Mirando el presente a nuestro alrededor, surge sin embargo la pregunta de si acaso, efectivamente, se ha superado ese estadio del pensamiento latinoamericano que combinaba una visión relativamente optimista de las virtudes de la educación y una aproximación funcionalista a la cultura, sus sentidos y valores. A primera vista, podría parecer que la concepción de la educación como motor de la modernización, en vez de abortarse, ha renacido.

La concepción y el tratamiento oficiales de la cultura parecieran seguir atrapados dentro de los límites del modelo funcionalista, habiéndose sólo sustituido la retórica de los valores modernizantes por aquella otra de la identidad cultural de la nación y el acceso equitativo a los bienes culturales.

¿Significa todo esto, entonces, que estamos frente a «más de lo

mismo»? ¿Estamos obligados a repetir el pasado, condenados a «viajar en el furgón de cola de la modernidad», para usar la feliz metáfora de Carlos Fuentes?

En realidad, no sería difícil detectar ciertas continuidades entre el pensamiento desarrollista de la posguerra y el desarrollismo de los años 90. Pero, sin dudas, son más numerosas las revisiones, las reelaboraciones y las nuevas formulaciones.

En el caso de la educación, el foco se ha desplazado desde la cantidad hacia la calidad; desde las oportunidades de acceso hacia los procesos y resultados de aprendizaje; desde la provisión centralizada hacia la descentralización en la gestión; desde los currículos rígidos hacia una mayor flexibilidad de los programas de estudio; desde el ministerio hacia las escuelas. La nueva ideología desarrollista de la educación aspira menos a inculcar y difundir valores modernos que a proporcionar destrezas y crear competencias individuales; menos a transmitir conocimientos que a capacitar al alumno para descubrirlos y usarlos innovadoramente.

Por detrás de esos desplazamientos está no sólo la comprobación de las insuficiencias del antiguo modelo educacional, sino también el gesto voluntarioso de transformar a la educación en un ingrediente central de las capacidades nacionales requeridas para competir exitosamente en la economía internacional.

El desafío que se plantea a la educación puede originar dos ideologías contrapuestas. Por un lado, una nueva ideología

desarrollista de la educación que la convierta en un prerrequisito para el crecimiento económico, la estabilidad política y la modernización de la cultura. Por otro, una ideología a la vez más matizada y radical, que se replantea los fines y relaciones de la educación en el contexto emergente de sociedades centradas en la comunicación.

Algo similar ocurre en el plano de los enfoques culturales. Las nuevas ideologías desarrollistas aspiran menos a crear y difundir valores modernos que a regular los mercados de bienes simbólicos, cuyas bases se han privatizado economía internacionalizado. Buscan menos inducir una racionalización y secularización de la vida social que diseñar medios de control para el creciente pluralismo de racionalidades y valores que emergen desde la propia sociedad civil. Por detrás de esos desplazamientos está el abandono del modelo del Estado-cultura modernizante que, en la práctica, quedó sepultado por la internacionalización de los mercados de consumo cultural, por el agotamiento de los medios fiscales durante los años 80 y por la consolidación de industrias culturales de origen privado que compiten por crear audiencias para sus productos y servicios.

En el sector de la producción lo que está en curso es un proceso de reestructuración de la división del trabajo de creación y transmisión de la cultura, que viene impulsado por los cambios tecnológicos en las «industrias del conocimiento» — para utilizar la clásica designación de Machlup—, por la globalización economía internacionalización de las empresas comunicativas y por la

redistribución de funciones dentro de este sector.

Como resultado de estas transformaciones, la hegemonía de los sistemas educacionales ha sido definitivamente puesta en tela de juicio, tanto desde el punto de vista de su eficacia interna para cumplir los roles que se le asignaban como también desde el punto de vista externo, por el surgimiento —en torno a la televisión— de un sistema cultural competitivo, más dinámico y de mayores alcances.

La masificación del consumo cultural ha tenido lugar en el sector no pedagógico de la cultura, conectando directamente a los hogares con las industrias productoras a través de la mediación del mercado publicitario. Con esto se ha debilitado también la vinculación entre el Estado y los ciudadanos, la que debía ser provista por el sistema escolar, por los mecanismos de representación política y por la esfera de la opinión pública.

III

La pregunta más general, pero inescapable, es si acaso el desarrollo necesita de ciertos presupuestos culturales. Existen tres tipos de respuestas surgidas desde la sociología, las cuales, por lo demás, reconocen su fuente común en la clásica obra de Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. La primera de esas tesis sostiene que ciertas formas y valores culturales son imprescindibles para el desarrollo. La segunda afirma que en ciertas culturas es posible encontrar un equivalente funcional de *ethos* protestante, dándose lugar con ello a la posibilidad de distintos «estilos de desarrollo», según los contenidos culturales

predominantes. Y la tercera concibe la cuestión de los valores culturales bajo el rótulo de elementos que obstaculizan, dificultan o favorecen el cambio, y se preocupa por conocer (y prescribir) bajo qué condiciones y por qué medios sería posible mudar los valores que ofrecen resistencia al desarrollo. En América Latina se ha empleado argumentos provenientes de las tres teorías.

¿Qué se puede esperar hoy de las agencias tradicionales de modernización cultural? El Estado, además de haber perdido legitimidad como promotor de transformaciones económicas y sociales, ha visto crecientemente limitado su papel cultural a la esfera de actuación burocrática de los ministerios o agencias oficiales de cultura. Su papel, cada vez más, se reduce al de un promotor-mecenas que, como ha señalado Miceli para el caso del Brasil, interviene «precisamente en aquellas actividades culturales crecientes de supervivencia en función de los criterios estrictos de mercado», lo cual contribuirá al carácter marcadamente conservador de las políticas oficiales en este terreno.¹

Las instituciones educacionales apenas logran satisfacer las demandas formativas básicas que han surgido de la masificación de las oportunidades de acceso a la escuela y la universidad. Pocos son los que esperan realísticamente que la educación pueda desempeñar un papel de motor del cambio.

Las llamadas élites modernizadoras, tradicionalmente identificadas con sectores emergentes de una nueva clase político-tecnocrática, con segmentos modernos de la clase

académico-intelectual y con la clase profesional, han visto progresivamente erosionado su poder de acción, en la misma medida en que surgen élites en sectores distintos —empresarios, tecnócratas privados, industrias de la comunicación— y que en aquellas otras tienden a convertirse en grupos corporativos de presión.

Desde el punto de vista de los agentes tradicionales del cambio cultural, el proyecto modernizador podría encontrarse en bancarrota, por falta de actores con capacidad de impulsarlo. Algunos alegan que la cultura latinoamericana continúa ofreciendo resistencia generalizada a la introducción del capitalismo y la modernidad.

¿Economía efectivo que América Latina está trabada en su desarrollo por motivos de origen cultural? Lo habitual ha sido pensar la relación entre cultura y desarrollo en términos weberianos, al menos hasta el punto de suponer que existen ciertos valores que son un presupuesto para el desarrollo. Esta idea se ha visto reforzada en los últimos años bajo la impresión de que los países de exitosa industrialización tardía han logrado desarrollarse porque tienen su propio «protestantismo».

Entre tanto, se declara que en América Latina las bases culturales de nuestras sociedades actuarían como un freno para el desarrollo de tipo capitalista moderno.

Sin embargo, cabe poner en duda esos juicios a la luz de ciertas evidencias empíricas, en particular si se observa que América Latina —a pesar de todas sus particularidades culturales— experimentó, entre 1950 y la primera crisis del petróleo, «un

crecimiento sólido y sostenido de 2,5% anual del producto por habitante»² y que, a partir de mediados de la última década del siglo XX, diversos países de la región volvieron a crecer en medio de profundos cambios estructurales de sus economías.

Quizás, en otras palabras, una determinada cultura —un cierto ethos— no sea un presupuesto necesario del desarrollo.

¿Existen, o no, trabas específicamente culturales que pudieran estar impidiendo el desarrollo, tal como este es concebido por el nuevo modelo de capacidades/incentivos/instituciones bajo los postulados de un «sano» entorno de políticas macro-económicas? Se abre aquí el espacio para replantear un viejo tema de la sociología cultural: ¿cuál es, si acaso el *ethos* católico compatible con el desarrollo capitalista moderno.

Pero me gustaría avanzar en otra dirección y sugerir que la respuesta convendría hacerla en un dominio distinto de aquel sugerido por el carácter esencialista de la «tesis de la incompatibilidad».

Se podrá conjeturar, por ejemplo, que el estamentalismo en la distribución del ingreso observado en la región es tanto una consecuencia de la estructura económico-social como esta lo es de la cultura oligárquica; y que la una y la otra se han reforzado mutuamente durante largo tiempo. También se podría argumentar que esa relación es completamente histórica y que, de hecho, ha ido mudando con el tiempo, como consecuencia de los cambios en la

economía, la organización social, el régimen político y, también, en la esfera de la cultura. Igualmente podría conjeturarse que el escaso esfuerzo que realizan los países latinoamericanos por crear una base institucional que les permita crear conocimientos avanzados, aplicarlos economía incorporar tecnologías, no es resultado de un «estado mental», de una falla en el «carácter nacional», o de un desprecio cultural por las ciencias y las ingenierías, sino, seguramente, tiene que ver con otros factores, tales como el patrón de industrialización adoptado a la salida de la Segunda guerra mundial, el modelo de crecimiento hacia adentro, la baja inversión en I & D, la Democracia, las equivocadas políticas frente a las universidades públicas, y otros similares.

¿Debemos, por lo tanto, lisa y llanamente desahuciar la tesis de la «incompatibilidad cultural»?

Sugeriría no hacerlo rápidamente. Podría insinuarse la idea de que América Latina presenta ciertas «desventajas culturales relativas» para insertarse dinámicamente en las nuevas condiciones de la economía internacional: un capital humano sin la suficiente calificación, instituciones escolares obsoletas y mal financiadas, una tradición —y dispositivos legales economía institucionales— poco favorables a la disciplina y adaptabilidad de la fuerza de trabajo, un cierto «arielismo» en las élites, que tienden a imitar modelos exógenos pero no se hallan empeñadas en la transferencia economía incorporación del conocimiento técnico.

Del mismo modo, podría alegarse que el modelo cultural que se

extiende hoy día desde Norteamérica hacia el sur, en gran parte gracias a la televisión por satélite y el cable, «estimula un estilo de vida relajado, el cultivo de placeres refinados y la aversión al aprendizaje formal», para recitar la fórmula de Berger.

Puede entenderse también la paradoja identificada en un estudio, consistente en que durante los años 80, «el aumento de la inequidad en cuanto al acceso efectivo a bienes y servicios se diera (en América Latina) a la par con una creciente difusión de los medios de comunicación social, cuyo efecto inmediato consistió en uniformar las aspiraciones y acercar el imaginario colectivo de los países de la región al prevaleciente en los países desarrollados».³ En vez de «valores protestantes o postconfucianos», estaríamos aquí más bien frente a un tipo de cultura que Daniel Bell ha llamado del «bazar sicodélico».

En conexión con esto último, se presenta una interesante contradicción que muestra la complejidad inherente a las relaciones entre cultura y desarrollo. En efecto, la modernización cultural —si la entendemos como producida por la autonomización de la esfera simbólica, su industrialización coetánea, su posterior internacionalización y la ampliación de los consumos no ascéticos en el mercado de mensajes audiovisuales— ha dado lugar a una específica tensión en el seno del pensamiento desarrollista neoliberal. Se cultiva una latente utopía: la de combinar un mínimo de intervención estatal en la economía con un máximo de prescripciones en la esfera cultural.

¿No sería más razonable suponer que desarrollo y cultura se entremezclarán en el futuro de maneras menos dramáticas —aunque sí tensas— y, por tanto, descartar la disyuntiva radical entre un «Apocalipsis ahora» o un «triumfo próximo y final del capitalismo»? Las sociedades capitalistas, parece ser, crecen y crean destructivamente, como hace tiempo fue observado por Weber, Marx y Schumpeter, generando expectativas que espolean la competencia, pero a la vez aumentando la frustración y el resentimiento, distribuyendo desigualmente sus frutos y ventajas.

De allí, por tanto, que las culturas del capitalismo sean esencialmente inestables, aunque a veces nos parezca, en el corto plazo —y en estas cosas un siglo es un corto plazo— que la conservación prima sobre el cambio y el desarrollo se ha estancado. Y por eso mismo, las relaciones entre esas culturas y el desarrollo, en el seno del capitalismo, son también cambiantes, conflictivas y tensas. A ratos la cultura aparece como un marco de condiciones y formas —el océano, no el navío— que hace avanzar, obstaculiza o detiene el desarrollo; en otros momentos, en cambio, es el crecimiento tecnoeconómico el que parece moverse con independencia de la cultura, forzándola a incorporar nueva formas y contenidos.

Por ejemplo, bajo ciertas condiciones y en ciertos momentos, la cultura favorece el desarrollo cuando afirma las identidades sociales, promueve la unificación nacional y refuerza un núcleo de valores que hacen posible la disciplina colectiva y un cierto ascetismo intramundano. En otras fases y períodos, por el contrario, lo

que aparece como necesario para el desarrollo son las diversidades, la plural autonomía de los individuos, su capacidad de ser flexibles y de adaptarse a las innovaciones, a nuevos moldes de relaciones sociales y a incentivos y sanciones que obliguen a cambiar los comportamientos. En pocas palabras, ni «condena» la cultura al subdesarrollo ni puede el crecimiento tecnoeconómico, por sí solo, crear un orden cultural que otorgue sentido al desarrollo.

No se debe esperar que la educación opere como la palanca fundamental del cambio económico, social o cultural. En el mejor de los casos, puede esperarse que contribuya a crear capacidades nacionales mediante la formación de las competencias requeridas para el desarrollo; a preparar a las personas para diseñar y aprovechar esquemas de incentivos que aumenten la eficiencia; a transmitir los conocimientos y valores necesarios para poder establecer instituciones adecuadas. Asimismo puede, como vimos, proporcionar «ventajas culturales comparativas» en un mundo donde las inversiones se desplazan sin parar, y donde la producción se basa cada vez más en conocimientos técnicos avanzados. Si pudiera efectivamente cumplir esas funciones, no sería poco.

¿Cómo podemos pensar el futuro de nuestras sociedades desde el punto de vista de la relación entre el desarrollo (capitalista) y la cultura (moderna)? En ocasión de su aniversario número 150, la revista *The Economist* presentó un conjunto de artículos sobre el futuro del mundo, mirando hacia los próximos ciento cincuenta años. Allí Richard Dawkins, biólogo de

Oxford, señalaba que los evolucionistas son usualmente tímidos a la hora de pronosticar el futuro. Nuestra especie, agregaba, es particularmente difícil de predecir porque la cultura —al menos durante los últimos milenios y acelerándose continuamente—, aunque imita el cambio evolutivo, cambia cientos, o cientos de miles de veces, más rápido. Tanto es así, me parece, que eso mismo explica el relativo fracaso de la empresa intelectual que se propuso la revista británica. Pues del conjunto de ensayos prospectivos allí incluidos, lo único que finalmente emerge es una suerte de mundo de fines del siglo XX, sólo que redibujado por las actuales tendencias hacia un profundo reordenamiento de las relaciones políticas y económicas, y puesto «en red» mediante la revolución electrónica de las comunicaciones y la digitalización. Mucho se habla, además, de la flexibilización que ocurrirá en todos los dominios; de la sustitución de las cosas por las ideas; del aumento del tiempo libre y los cambios en el ciclo vital (20 años de preparación para el trabajo, 35 años de trabajo, 25 años de «retiro»); de «círcos electrónicos» economía interacciones multimediales; del constante diseño y rediseño de procesos y productos de experimentación, ingeniería biológica y eliminación de las enfermedades; y así sucesivamente.

En cambio, nada —o poco, muy poco— encontramos allí sobre el futuro de las culturas, los dilemas morales, las religiones, la identidad, la guerra y la muerte, los valores, sobre la fortuna que seguirán los mares, el aire y las plantas, el arte; en fin, sobre el destino del alma, la evolución de la filosofía, el estatuto

de las emociones y las pasiones, todo eso que, al final, constituye el centro que mantiene atadas a las partes y da sentido al hecho de existir...

En verdad, resulta más fácil predecir que en el futuro cercano podrá disponerse de billones de hertz adicionales de espectro radioeléctrico para ser empleados por la televisión y las redes de computadoras, que imaginar los «programas» —o sea, los lenguajes, los sueños, los deseos, los valores— que tendremos a la mano de aquí a cien años para transmitir por esos múltiples, infinitos canales.

Puede que sea cierto, como insinúa Edgar Morin, que en los ámbitos de la cultura las creaciones son inconcebibles antes de su aparición.⁴

Y tal vez sea allí, al final, donde reside la mayor y más recóndita relación de la cultura con el desarrollo; la única probada por la historia: que es en ella, en la cultura, donde residen los gérmenes del futuro. Por eso el futuro está siempre en crisis.

El porvenir economía un viejo topo que cava sus galerías en medio de los laberintos de la cultura.

Notas

¹ Edgar Miceli, *Intelectuais ã brasileira*, Compañía de Letras, São Paulo, 2001.

²CEPAL, *Informe sobre la economía latinoamericana 1992*, Santiago de Chile, 1993, p. 48.

³CEPAL-UNESCO, *Educación y conocimiento, eje de la transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile, 1992, p. 24.

⁴ Edgar Morin, *Terre-Patrie*, Le Senil, París, 1994.
Tomado de Diálogo, n. 22, México, D.F., 1994

La cultura como base del desarrollo contemporáneo

AMARTYA SEN

Economista.

Premio Nobel de Economía (1998)

Existen dos maneras de percibir el proceso de desarrollo en el mundo contemporáneo. Una está profundamente influenciada por la economía del crecimiento y sus valores subyacentes. Desde esta perspectiva, el desarrollo es esencialmente un proceso de crecimiento económico, una expansión acelerada y sostenida del Producto Interno Bruto per cápita (PIB), posiblemente con el requisito de que los frutos de esa expansión lleguen a todos los sectores de la población. Tenemos entonces una caracterización del desarrollo a través de un crecimiento económico, posiblemente condicionado por un principio de distribución. Yo la llamo la noción opulenta del desarrollo. En este enfoque, los valores y la cultura no tienen un lugar fundacional, ya que todo funciona en términos de valores *dados*, es decir, aquellos que se centran en la opulencia económica.

En contraste, la otra noción de desarrollo lo considera como un proceso que enriquece la libertad real de los involucrados en la búsqueda de sus propios valores. A esta la llamo la noción de desarrollo de la libertad real. La importancia que la opulencia económica haya tenido en esta caracterización de desarrollo, se deja a los valores de las personas involucradas, más que ser preestablecida por una definición en términos del PIB per cápita. Esta noción de desarrollo tiene, por tanto, un enfoque de progreso social y económico. Incluso si resultara que la opulencia económica es lo que tiene más valor para la gente, y que como resultado del concepto de libertad real, estos puntos de vista llegaran a coincidir en la práctica, seguirían teniendo principios distintos, ya que sus orígenes son diferentes. Pero lo más importante es la posibilidad —y yo diría que muy factible de que las dos concepciones de desarrollo difieran no sólo en sus principios, sino también en la práctica.

De acuerdo con la noción de desarrollo de la libertad real, podemos caracterizar la expansión de la capital humana como la característica central del desarrollo. La capacidad de una persona es un concepto con raíces decididamente aristotélicas. La capacidad se refiere a las combinaciones de distintos funcionamientos entre los que una persona puede elegir. De esta

manera, la noción de capacidad es básicamente, un concepto de libertad; o sea, la gama de opciones que una persona tiene para decidir la clase de vida que quiere llevar. La pobreza de una vida, en este sentido, reside no en la condición de pobreza material en la que vive la persona, sino en la falta de una oportunidad real —tanto por limitaciones sociales como por circunstancias personales— para elegir otras formas de vida. Incluso la importancia de los bajos ingresos, escasas posesiones y otros aspectos normalmente considerados como pobreza económica, se relacionan en última instancia con su facultad inhibitoria de capacidades —es decir, su papel como limitante de las opciones que tienen las personas para llevar una vida valiosa y respetable.

Cualquier aplicación práctica que demos a este concepto ampliado de desarrollo requiere, por supuesto, algunas especificaciones, en particular cuáles pueden ser las capacidades que la gente valora. En cualquier ejercicio empírico, el enfoque involucra una hipótesis específica sobre los valores que la gente aprecia con razón. Hay varios indicadores de la calidad de vida que han llamado la atención de los economistas que han optado por esta vía, incluyendo longevidad,

buena salud, alimentación adecuada, educación básica, ausencia de discriminación por el género y libertad política y social básica.

Si bien una especificación de este tipo debe basarse en conceptos particulares de lo que la gente valoraría, es distinta del radical juicio *a priori* implícito en el punto de vista de la opulencia del desarrollo. Si, dada la elección, la gente prefiere tener una vida más larga y libre de enfermedades con más autonomía, en vez de tener un nivel más alto de PIB per cápita, entonces el concepto de libertad real del desarrollo puede todavía capturarlo en términos de estadísticas disponibles, mientras que el otro concepto de la opulencia tiene que ir en sentido contrario —no sólo en sus principios, como es natural, sino en la práctica. El arte de un estudio democrático del desarrollo reside, en gran medida, en combinar el papel de los valores (fundamentales en el concepto de libertad del desarrollo) con la posibilidad práctica de utilizar información provechosa para disponer y organizar el escrutinio crítico de los logros y las políticas, de acuerdo con estos valores. El concepto de libertad real del desarrollo puede, de esta manera, verse reforzado por aquellos valores que han resultado ser los más preciados y perdurables

Cualquier aplicación práctica quedemos a este concepto ampliado de desarrollo requiere, por supuesto, algunas especificaciones, en particular cuáles pueden ser las capacidades que la gente valora.

para la gente, ricos y pobres, en todo el mundo.

Conceptos instrumentales de cultura: importancia y limitaciones

Independientemente del concepto de desarrollo que adoptemos, la cultura tendrá un papel muy claro que desempeñar. Pero no es el mismo en ambos casos. En el concepto de opulencia, el papel de la cultura no sería fundamental (carece de valor intrínseco), sino puramente instrumental, es decir, puede ayudar a promover un acelerado crecimiento económico y aumentar la opulencia. No todos los sistemas de valores son igualmente eficaces en la promoción del crecimiento económico. Según varios expertos en ciencias sociales, ciertos sistemas de valores —como la ética protestante o las prioridades confucianas— desempeñan un papel en el impulso de la industrialización y el crecimiento económico en Occidente, y más recientemente en el Oriente asiático. En este análisis y en este contexto, la cultura es algo que no se valora en sí misma, sino como un medio para alcanzar otros fines, en particular, los de promover y sostener la opulencia económica.

No puede haber duda de que este vínculo instrumental es de gran interés y relevancia, en virtud de que el proceso de crecimiento económico es, por una razón u otra, muy apreciado. Sin embargo, la pregunta que surge es: ¿debe valorarse el crecimiento económico en sí mismo, llevando así al atesoramiento de esos elementos —incluyendo los parámetros culturales— que promueven el crecimiento? ¿O es el crecimiento

económico en sí un instrumento y no puede reclamar un papel fundacional como pueden tenerlo los aspectos culturales de la vida humana? Es difícil pensar que la gente tiene buenas razones para valorar los bienes y los servicios sin tomar en cuenta cómo afectan nuestra libertad de vivir en la forma en que la valoramos. También resulta difícil aceptar que el papel de la cultura puede ser plenamente capturado en un concepto puramente instrumental. Ciertamente, aquello que tenemos razón de valorar, nuestro tribunal de última instancia, debe estar relacionado con la cultura y, en este sentido, no podemos reducir la cultura a una posición secundaria como mera promotora del crecimiento económico. ¿Cómo podríamos hacer de nuestra valoración razonada algo absolutamente carente de valor?

Por consiguiente, es importante reconocer las funciones instrumentales de largo aliento de la cultura en el proceso de desarrollo y, al mismo tiempo, reconocer que no todo es cultura en los juicios que se hacen sobre el desarrollo. Existe, además, un papel intrínseco en la evaluación del proceso de desarrollo. Este doble papel se aplica no sólo en el contexto de la promoción del desarrollo económico, sino a otros objetivos específicos externos, como la sustentabilidad del medio ambiente, la preservación de la diversidad de las especies, etc. En la promoción de todos estos objetivos específicos, algunos parámetros culturales pueden ser de ayuda y otros pueden ser un obstáculo. En tanto que tenemos razones para valorar estos objetivos específicos, tenemos bases *derivadas economía instrumentales* para valorar esas

posturas y características culturales que promueven el cumplimiento de dichos objetivos. Pero volvamos a la cuestión básica: ¿por qué concentramos en estos objetivos específicos? La cultura debe ser considerada en grande, no como un simple medio para alcanzar ciertos fines, sino como su misma base social. No podemos entender la llamada dimensión cultural del desarrollo sin tomar nota de *cada uno* de estos papeles de la cultura.

El papel constituyente de la cultura

Desde que el término «sostenible» se hizo frecuente en la literatura del desarrollo, ha habido una tendencia a encuadrar todo lo importante en el formato de esta expresión. Por lo tanto, no es de sorprender que la frase «desarrollo culturalmente sostenible» haya aparecido economía este contexto. ¿Alejarse del concepto puramente instrumental de la cultura es marchar en la dirección correcta?

Existen dos inconvenientes en utilizar un lenguaje de este tipo. En primer lugar, se ignora el papel *constituyente* de la cultura. Si la cultura va a ocuparse sólo de lo sostenible, tendríamos que empezar por preguntarnos qué es lo que vamos a sostener. Enfocarse en el desarrollo culturalmente sostenible es aislar a la cultura de su papel fundacional al juzgar el desarrollo y es, además, tratarla sólo como un *medio* de desarrollo sostenible, no importa cuál sea su definición. Es, por tanto, una degradación de la cultura convertida en un celebrado instrumento de desarrollo sostenible, definida en forma independiente. Si vemos el desarrollo en términos de la

opulencia (como crecimiento del PIB per cápita) (y resulta que la egocéntrica y egoísta ética sostiene y promueve la opulencia, entonces el desarrollo culturalmente sostenible estaríamos que satisfecho promoviendo sociedades egocéntricas y egoístas. Hacer de la cultura una parte de lo sostenible, en vez de ser su base misma, sería rebajarla a una posición inferior.

El segundo problema tiene otra procedencia. La cultura admite el dinamismo, puede mantenerse al ritmo de la evolución y el progreso. La cultura en cada uno de los países de la Tierra se ha transformado a lo largo de los siglos. La retórica de lo sostenible, a diferencia de tener libertad para crecer y desarrollarse, coloca el debate cultural en términos prematuramente conservacionistas. Una vez que pasamos del concepto puramente instrumental de la cultura y le asignamos un papel constructivo y creativo, debemos concebir el desarrollo en términos también del desarrollo cultural.

Conclusiones

La cultura participa en el desarrollo en tres sentidos, distintos pero relacionados entre sí.

1. *Papel constituyente.* El desarrollo, en su sentido más amplio, incluye el desarrollo cultural, un componente básico economía inseparable del desarrollo en general. Si se priva a las personas de la oportunidad de entender y cultivar su creatividad, ello es en sí un obstáculo para el desarrollo. Por tanto, la educación básica es importante no sólo por la contribución que puede hacer al crecimiento

económico, sino también porque es una parte esencial del desarrollo cultural.

2. *Papel educativo.* Lo que valoramos, y que además tenemos razones para valorar, está definitivamente influenciado por la cultura. El crecimiento económico o cualquier otro objetivo de esa clase, carece de elementos externos importantes; las cosas que valoramos intrínsecamente reflejan el impacto de nuestra cultura. Incluso si las mismas cosas tienen un alto valor en sociedades diferentes (i, por ejemplo, se busca vivir más tiempo y con mayor felicidad, en muchas sociedades muy diferentes), ello no las hace independientes de los valores o de las culturas; sólo indica la congruencia de las distintas sociedades en sus razones para hacer tal valoración.
3. *Papel instrumental.* Independientemente de los objetivos que valoremos, su búsqueda estará influenciada, en mayor o menor grado, por la naturaleza de nuestra cultura y la ética de comportamiento. El reconocimiento de este papel de la cultura es más frecuente que otros, y si bien es cierto que no debemos limitarnos a este aspecto, no podemos ignorar el hecho de que los parámetros culturales desempeñan *inter alia* un fuerte papel instrumental. Eso se aplica no sólo a la promoción del crecimiento económico, sino también de otros cambios —como el mejoramiento en la calidad de vida— asociados al desarrollo en un sentido amplio.

En este breve trabajo he tratado de distinguir entre tres formas distintas en que la cultura es importante para el desarrollo. El punto de vista pluralista —al que nos conduce— vuelve un tanto compleja la llamada dimensión cultural del desarrollo. He ofrecido argumentos en el sentido de por qué esta complejidad es ineludible. También he expuesto por qué resulta inadecuado y falaz optar por la simplicidad del concepto de opulencia del desarrollo (considerando a la cultura *exclusivamente* en términos instrumentales o abstrayendo a la cultura de su creatividad y dinamismo, convirtiéndola en un reducto de conservacionismo a ultranza).

La libertad es primordial para la cultura, sobre todo la libertad para decidir lo que habremos de valorar y qué clase de vida vamos a buscar. En última instancia, el papel instrumental, el evaluativo y el constructivo están todos relacionados con esa libertad.

Tomado de *Diálogo*, n. 22, México, D.F., 1997.

Cultura y políticas culturales

MIGUEL BARNET

Escritor y etnólogo.

Director de la Fundación Fernando Ortiz.

Cuando Jean Paul Sartre visitó Cuba, al comienzo de la Revolución, afirmó categóricamente que la cultura no había que defenderla. Me llamó la atención aquella afirmación cuando todo, como en la Biblia, comenzaba con el Génesis. Lo que había que evitar era su mitificación y ultrajamiento. Quizás, supuse después, Sartre quiso decir que defenderla podría ser un peligro. Y el peligro estaba en la manipulación que de ella se hiciera a partir de los intereses de una clase —en este caso, desde luego, él pensaba en la clase dominante. En este sentido, Sartre pudo haber tenido razón. Los hechos demostraban que nuestra cultura popular, que se mantenía pura, a pesar de la contaminación de expresiones deformantes al uso y la manipulación de los medios aún no tan sofisticados como los de hoy, había sufrido de todos modos la agresión de un aparato ajeno, que la promovía con una intención populista y multiplicadora.

De las trampas de este aparato hubo que sacarla. Y fue un proceso intenso y aleccionador. Creo que ahí comenzó a instrumentarse eso que eufemísticamente se llama «política cultural», y que no es más que una acción promotora de los valores más genuinos de nuestra vida material y espiritual.

Política cultural no es otra cosa que el respeto más profundo a la cultura. A un modo de ser que se ha venido gestando mediante un largo proceso psicosocial de identidad. Un nihilista diría que política cultural es la ausencia de toda política, con lo cual correríamos el riesgo de admitir cualquier producto por exótico que fuera. Un partidario de los extremos haría todo lo contrario, y en una labor de criba, decapitadora, eliminaría todo lo que tuviera un sesgo foráneo. El equilibrio de estas acciones es lo único que garantiza el éxito de las mismas, la política que concilia los productos de factura nacional con los de procedencia extranjera. Y que estén garantizados por una calidad suprema y un valor de permanencia.

Mestizaje, transculturación, simbiosis: generación de un tercer producto resultante de un toma y daca enriquecedor. El análisis de este fenómeno, su interpretación más audaz y certera, tiene que hacerse con valoraciones propias y no sobre la base de esquemas hegemónicos de cualquier índole que han demostrado ser ineficaces. Los modelos teóricos vigentes, aun los más cercanos a un enfoque sociológico, han sido ineficientes y precarios.

Nuestra realidad latinoamericana es más compleja y cambiante de lo que puede deducirse a partir de un modelo específico. La identidad, patrón y brújula para interpretar nuestra cultura, es también cambiante y responde a acciones temporales, a veces emergentes, que la convierten en un fenómeno complejo y progresivo, difícil de aprehender.

Como la cultura, la identidad reúne aspectos sociales, étnicos, lingüísticos, económicos, territoriales, así como la conciencia histórica y la ética. Un enfoque totalizador relacionaría estos aspectos para su mayor comprensión y nivel de abstracción. Sólo partiendo de estos elementos, podríamos justificar una política cultural y un método para la acción.

El pueblo, ese fabuloso gestor de todas las expresiones humanas, no es un ente abstracto y estático, es un producto concreto, un manantial permanente de aguas caudalosas, imposible de apresar.

La cultura trasciende la nación, puesto que ella surge con el hombre como ser social y antecede cualquier idea preconcebida. Una política cultural, pues, debe ser consecuente con esta realidad. Mucho más si esa política es aplicable a los pueblos jóvenes que viven una circunstancia única y necesitan, por ende, la definición de su identidad como escudo. Mucho más en el caso de Latinoamérica, donde la cultura es abierta y dúctil, no una unidad sellada. Pero insisto en que para definir el objeto mismo de nuestra política —es decir, la cultura—, es necesario ahondar con criterio antropológico en los procesos de identidad. Sobre todo no quedarnos en la superficie dura, en lo visible, sino ir en busca de un

sentido holístico, de una indagación en la espiritualidad.

Es necesario tener bien claro el concepto de cultura, de modo que el agente promotor de esa política no se limite a una acción reductora. La cultura como tradición es el resultado de un proceso de identidad psicosocial no desprovisto de entropías y rupturas, y va mucho más allá de cualquier definición prematura. Fracasar en el terreno de la cultura, en su gestión, equivale a fracasar, en general, en el de la política, porque el desarrollo de una sociedad se mide por sus logros culturales y no por el discurso retórico de quienes la dirigen, que en muchos casos es demagógico y populista. La fuerza motriz de una política cultural adecuada y lógica, está en la correcta formulación del concepto de cultura.

Política cultural no es mover una palanca promocional para estimular ciertas manifestaciones artísticas. No es la estimulación simplista del folklore, la sublimación de ideas nacionales. Es entender que sin la cultura no economía posible el desarrollo. No es posible la comunicación real, integradora, entre los seres humanos. No es posible la acción. No es posible la acumulación orgánica de los factores que crean la energía necesaria para el desarrollo, una energía sana y desprejuiciada. Nuestra unidad, nuestra fuerza, está en la diversidad, en el rechazo a toda política monolítica y nacionalista. Nuestra fuerza está en esa unidad de la diversidad, en ese diálogo constante que no le pidió permiso a nadie para manifestarse, que es ingobernable, que no requiere de instancia oficial alguna para su expresión.

En Cuba, por ejemplo, la política cultural está en manos de los hombres y las mujeres de la cultura. El Estado subsidia casi todas las manifestaciones culturales, pero es el creador quien tiene la responsabilidad de administrar el presupuesto asignado al cine, el teatro, las artes plásticas, la danza, la literatura, el folklore, etc. Es el creador quien tiene la responsabilidad de aplicar una metodología adecuada a cada una de estas expresiones. Es el creador el responsable de asumir el papel de gestor, de árbitro, de conciencia social. Es el creador el que, en última instancia, debe retomar la decisión de escoger el derrotero adecuado.

Y ese creador debe asumir toda la cultura, aun aquellas expresiones que puedan parecer inocuas o fútiles, pero que forman parte también del rico tejido social. Podemos injertar en el tronco de nuestro árbol nacional todas las savias nutrientes, pero las raíces deben ser las nuestras.

Sabemos que aun en el socialismo el Estado no puede asumir toda la acción financiera y promotora de la cultura. En nuestro país muchas instituciones se autofinancian y ha surgido una sociedad civil en

La cultura trasciende la nación, puesto que ella surge con el hombre como ser social y antecede cualquier idea preconcebida. Una política cultural, pues, debe ser consecuente con esta realidad.

concordancia con nuestros principios.

Esa es la respuesta de hoy a una pluralidad y una descentralización necesaria y productiva. Sin esa flexibilidad hubiéramos caído en dos abismos igualmente insondables y vacuos: un nacionalismo desintegrador, monolítico y chauvinista, o una cultura híbrida,

resultado de la erosión de subproductos culturales potenciados por los medios de información, devastadores y adocenados.

La cultura, expresó el antropólogo cubano Fernando Ortiz, no es un lujo sino una necesidad. Esa necesidad ha dado lugar al desarrollo del hombre en este planeta. Seamos consecuentes con ella, tratemos de satisfacerla con los medios adecuados, seamos esclavos de ella. Traicionarla sería caer en trance de suicidio.

Quizás no dejó de tener razón Sastre cuando, en 1960, en La Habana, nos invitó a reflexionar sobre la cultura, porque lo que había que hacer era descolonizarla, salvar al hombre de la alienación y el vacío: darle una piedra segura sobre la cual edificar el sueño de la confraternidad y la paz.

Economía y cultura. Lo esencial y lo específico

JULIO CARRANZA VALDÉS

Economista y ensayista.

Oficial de Programas de la Oficina Regional

de Cultura de la UNESCO para América Latina y el Caribe

Durante los últimos años ha ido creciendo el interés por la relación entre la economía y la cultura. De hecho, es ya identificable un área de especialización en las ciencias económicas que concentra su atención en este problema. Probablemente una de las principales razones de este interés radique en la creciente capacidad de las llamadas industrias culturales para impactar en la economía a través de la creación de empleo y la generación de ganancias, realidad acentuada por el proceso de globalización.

Sin embargo, la relación entre economía y cultura es tan esencial como compleja, y corre permanentemente el riesgo de ser simplificada o distorsionada. En primer lugar, es necesario tener en cuenta que la definición misma del concepto *cultura* ha sido objeto de debate y de numerosas imprecisiones. Por esta razón, resulta sobremanera importante definir a qué nos estamos refiriendo exactamente cuando hablamos de cultura, más aún cuando la riqueza de este concepto es tal, que resulta posible y válido emplearlo en diferentes acepciones.

Es interés de este texto presentar una reflexión sintética acerca de cómo comprender la relación entre economía y cultura; para ello se tomará el concepto en dos de sus dimensiones fundamentales que permitan apreciar este fenómeno en dos niveles diferentes, no confundibles ni excluíbles.

La primera da lugar a la definición más amplia y esencial de cultura, entendiendo esta como el conjunto de valores, conocimientos, experiencias, creencias, maneras de hacer, actitudes y aspiraciones compartidas por una determinada población en una época determinada de su historia. La segunda se refiere a una definición más específica, asumiéndola como el campo de las manifestaciones artísticas, intelectuales y morales de la vida: la academia, la literatura y las bellas artes, que dan lugar a los bienes culturales, las instituciones culturales, las industrias culturales y otros.

La primera de las definiciones incluye a la segunda, a la vez que esta última está referida a una actividad más específica y creativa del ser humano. Sin embargo, para comprender la compleja

relación entre economía y cultura, es necesario distinguir ambas dimensiones, para luego poder integrarlas como un todo.¹

Economía y cultura la relación esencial

La primera de las definiciones, de carácter más general y abarcador, permite comprender mejor la relación determinante y esencial de la cultura no sólo con la economía, sino también con el desarrollo económico. Vista así, la cultura no solamente constituye la base social y el contexto más general de la economía, sino que es, sobre todo, el propósito fundamental del desarrollo, cuando este es considerado como la expansión de opciones para adoptar modos de vida culturalmente definidos que se correspondan con aspiraciones y valores de las naciones. La cultura ofrece el contexto, los valores, la subjetividad, las actitudes y las aptitudes en las cuales han de tener lugar los procesos económicos.

Esta manera de enfocar la relación entre cultura, economía y desarrollo económico ha sido resultado de un largo proceso de evolución del pensamiento teórico, impactado por las más diversas y complejas experiencias históricas. De hecho, estas definiciones dan lugar hoy día a un importante debate no sólo teórico, sino también político: el desarrollo económico asentado sobre una concepción esencialmente cultural asume los valores y las aspiraciones mayoritarias de los pueblos y las naciones como su principal objetivo, lo cual es contrario a intereses excluyentes, hegemónicos y de dominación de determinadas élites, tanto a escala local como internacional.

Una de las definiciones históricas más conocidas sobre el desarrollo económico la presentaba como la sucesión de diferentes etapas que de manera inevitable todo país o región debería recorrer.² Desde este punto de vista, la diferencia entre los países desarrollados y subdesarrollados consistía en que los primeros ya habían transitado por un ciclo histórico que los demás recorrerían después. A ello se añadía la idea de que el desarrollo correspondía a un determinado modelo, definido por los valores correspondientes a las sociedades occidentales. Finalmente, la idea de que los instrumentos de política económica utilizados para impulsar el crecimiento de la producción eran suficientes para que cualquier país pudiera alcanzar el desarrollo económico.

En la experiencia histórica más reciente ha imperado una concepción esencialmente economicista: el criterio fundamental que determina los procesos sociales y económicos es el de la rentabilidad y la competitividad: ambas se prueban en el mercado, donde se van determinando de manera progresiva las proporciones, los ritmos y las condiciones del desarrollo económico. El crecimiento del producto ha sido asumido, frecuentemente, como expresión determinante y objetiva del desarrollo; y la maximización de la rentabilidad a corto plazo, como criterio para ejecutar cualquier acción de desarrollo. De acuerdo con esta lógica, la economía desconoce dos de sus dimensiones fundamentales: la social y la ecológica —para decirlo de una manera más sintética, su dimensión cultural.

Desde una perspectiva cultural, esta resulta una concepción determinista: a partir de una situación cultural inicial, todas las culturas deben pasar por una serie de etapas históricas necesarias hasta llegar a la última, la de la cultura moderna, industrial, tecnológica, racional, productivista, rentable y eficiente.

Los resultados sociales y culturales de procesos históricos en los que ha predominado esta concepción economicista y liberal han sido muy negativos: establecimiento de una cultura de consumo, concentraciones demográficas en las grandes ciudades, acentuación de las desigualdades sociales, marginación de amplios sectores de la población, profundización de las diferencias económicas entre países pobres y ricos, destrucción de la naturaleza y el medio ambiente.³ Las experiencias del llamado socialismo real en Europa tampoco fueron capaces de superar suficientemente estas contradicciones.

Estos problemas no son exclusivos del mundo subdesarrollado. Las recientes expresiones críticas de la economía internacional, resultado de la primacía del criterio de «rentabilidad a todo costo» que caracteriza a los mercados internacionales —en particular a los de carácter especulativo y los problemas sociales como el crimen, la drogadicción, el racismo y la desigualdad, que se acentúan en muchos países del mundo desarrollado—, demuestran que también allí se expresan las consecuencias de estos procesos.

Finalmente los tremendos problemas ecológico de hoy, consecuencia del tipo de relación histórica entre el hombre y la

naturaleza, demuestran que las amenazas se ciernen sobre todos.

El discurso modernizador es falso: sostiene que solamente con la reproducción de un determinado modelo tecnológico, económico y social se puede avanzar en la escala del desarrollo. La prueba definitiva es que la mayoría del mundo que ha seguido este principio, no ha resuelto el problema del desarrollo.

No vamos a abundar aquí en estadísticas y caracterizaciones sobre la difícil situación económica, social, cultural y ecológica del planeta, por lo demás bastante conocida. Baste decir que 20% de la población del mundo dispone de sólo 2% de la renta mundial. Esa realidad expresa la necesidad de cambiar las concepciones que impulsan los procesos de desarrollo, y ese cambio sólo puede producirse desde una concepción cultural.

El tratamiento de la relación entre cultura y desarrollo también tiene su historia, que sería útil referir muy brevemente. Como hemos afirmado, la idea original del desarrollo como proceso económico asumía como criterio rector el crecimiento del producto, que iría conduciendo a los diferentes países por diversas etapas que necesariamente debían atravesar. La cuestión cultural quedaba totalmente marginada de este esquema.

Hay un avance importante cuando se reconoce la cultura como un factor implicado en los procesos de desarrollo. Pero, en este caso, en vista esencialmente como un instrumento que puede favorecer o entorpecer el crecimiento económico y, por tanto, la noción

dominante de desarrollo. Resultan interesantes los estudios de Max Weber sobre el papel del protestantismo en el crecimiento económico de los países con esa tradición cultural. Se trata de una asunción instrumental de la cultura en su relación con el desarrollo; o sea, como un instrumento en función de un objetivo diferente de él.

Una de las corrientes teóricas actuales que pretende dar cuenta del carácter de la realidad contemporánea y sus perspectivas, es aquella cuyo autor principal es Samuel Huntington. El profesor norteamericano explica las culturas, básicamente, como recursos de poder y fuentes fundamentales de los conflictos internacionales que están por venir. Una interpretación de esta naturaleza, asumida de manera absoluta, podría conducir a conductas políticas y sociales excluyentes, racistas y beligerantes.

A partir de 1982, fecha en que se realiza la Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales, se comienza a plantear con fuerza la idea de que la cultura debe ser parte integral, instrumento y a la vez objetivo esencial de una adecuada concepción de desarrollo, de aquella que coloca el bienestar material y espiritual de todo ser humano como su razón de ser.

Los diez años que van de 1988 a 1997 fueron declarados por las Naciones Unidas «Decenio Mundial para el Desarrollo Cultural». Diversas acciones se ejecutaron por la propia Organización y por sus países miembros durante este período, y comenzó a hacerse mayor la preocupación internacional por esta problemática. Sin embargo, resultaba notable la falta de una comprensión más precisa

acerca del alcance y los contenidos de una concepción cultural del desarrollo económico. Con el propósito de avanzar en ese camino, la UNESCO, con el respaldo de la Asamblea General de la ONU, constituyó, en 1992, una Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo presidida por Javier Pérez de Cuellar.

En 1995, la propia UNESCO publicó el Informe de la Comisión. De una manera más extensa y reflexionada, aquí se vuelve sobre la relación indivisible entre cultura y desarrollo, a la vez que se realiza un análisis muy crítico de la situación actual. Este documento constituye una valiosa herramienta para avanzar en la comprensión de este problema, aunque, desde luego, no se propone agotar su contenido, sino replantear la importancia estratégica del tema y entregar pistas para su seguimiento. En una de sus ideas resúmenes se sostiene: «es inútil hablar de la cultura y el desarrollo como si fueran dos cosas separadas, cuando en realidad el desarrollo y la economía son elementos o aspectos de la cultura de un pueblo. La cultura no es, pues, un instrumento del progreso material: es el fin y el objetivo del desarrollo, entendido en el sentido de realización de la existencia humana en todas sus formas y en toda su plenitud».⁴ La cultura debe ser asumida no como un componente complementario y ornamental del desarrollo, sino como el tejido esencial de la sociedad y, por tanto, como su mayor fuerza interna.

La segunda idea fuerte de este Informe subraya la necesidad de defender y promover la diversidad cultural sobre el principio del respeto de todas las culturas cuyos valores sean tolerantes con los de

las demás. Obviamente, esta posición cuestiona frontalmente la tendencia, hoy prevaleciente, a la imposición de una cultura dominante a nivel planetario.

En la preservación de la diversidad cultural está implicado el respeto al derecho de cada pueblo, pero además está contenido un interés universal. En la suma e interrelación de las diferentes culturas se atesora el acumulado de conocimientos que ha generado la humanidad durante siglos, así como las diferentes maneras de concebir, asumir y hacer las cosas.

Al plantear el desarrollo desde una concepción cultural, no se está excluyendo la importancia de lo técnico-económico sobre los equilibrios macroeconómicos, las proporciones sectoriales, la regulación de los mercados, los modelos de acumulación, las políticas industriales, etc. Pero se está subrayando que estas deben ser realizadas desde una concepción cultural; esto es, partiendo de las realidades, valores y aspiraciones de las grandes mayorías de las poblaciones en las que los procesos de desarrollo han de tener lugar y, por tanto, sosteniendo un paradigma en correspondencia con estas realidades.

La idea es tan esencial como compleja, y corre el riesgo de ser entendida de una manera superficial. La cultura de un pueblo no es estática: evoluciona constantemente bajo la influencia de diferentes elementos de carácter interno y externo, pero a su vez tiene en su base factores constitutivos de presencia permanente que la definen como lo que es y la distinguen de culturas diferentes. Esta síntesis expresa

las creencias, las aspiraciones, el conocimiento y las maneras de hacer las cosas de un determinado pueblo. Para ser tal, el progreso económico debe corresponder y potenciar esa realidad específica y no entrar en conflicto con ella. Sin embargo, el atraso, la miseria y el subdesarrollo no son valores culturales. La cuestión para un país subdesarrollado consiste en vencer el reto civilizatorio y hacerlo preservando y desarrollando su propia cultura.

Desde una perspectiva esencialmente cultural, el proceso de desarrollo debe estar centrado en el ser humano, reconocer y dar respuesta a todas sus expectativas, tanto materiales como espirituales, así como hacerlo desde la equidad social, el respeto y la promoción de la diversidad cultural.

De aquí se pueden identificar los problemas fundamentales que enfrentan hoy la economía y la cultura: la primera, el problema de la equidad social y de la sustentabilidad del desarrollo; la segunda el de la protección de la diversidad cultural.

El problema en el contexto de la globalización

El concepto más general con el que se ha definido la realidad internacional contemporánea es «globalización». Sin embargo, define una realidad extraordinariamente diversa y compleja que exige aproximaciones más precisas.⁵

La globalización, concepto con el cual se ha denominado la actual etapa de mundialización del capital, es un proceso doble. De un lado, el avance objetivo de la tecnología que permite una integración

internacional cualitativamente diferente a la producida por otros procesos históricos pasados. De otro, una política que pone ese proceso objetivo en función de grandes intereses transnacionales, el sujeto dominante en el mundo de hoy. Como ha dicho David Thorsby, «la globalización es un proceso en el que la ciencia y la tecnología han proporcionado los medios y la ortodoxia económica ha puesto el marco en el que se hace uso de los medios».⁵

Las implicaciones de este fenómeno impactan a todas las sociedades, pero de manera diferente. Paradójicamente, la globalización ha sido también un proceso desintegrador y excluyente. De una parte, se establecen tres grandes centros hegemónicos de otra, países o regiones menos desarrollados se integran a estos de manera subordinada; finalmente, un sector del mundo relativamente importante queda marginado de manera creciente por la nueva dinámica global.

El mecanismo que permite esta articulación estratificada y excluyente es la universalización del mercado y un modelo económico común, promovido y sostenido por diversas instancias internacionales. No se reconocen suficientemente las desventajas con las que asiste el mundo en desarrollo a ese nuevo orden internacional.

El carácter de la globalización no se corresponde con una concepción cultural del desarrollo, en la medida en que no coloca los intereses de las mayorías de la humanidad como el objetivo esencial del proceso económico. Ha profundizado las desigualdades sociales y entre países, degradado al medio ambiente, agredido la diversidad

cultural y favorecido una cultura hegemónica.

El impacto de este orden mundial sobre la cultura y la identidad cultural puede resumirse como sigue:

- Impone fuertes limitaciones de recursos para la producción y conservación cultural, sobre todo en los países en desarrollo.
- Genera polarización y desigualdad social en el consumo educacional y cultural.
- Produce una fuerte mercantilización, en un sentido muy liberal, de la producción cultural.
- Establece la monopolización de los medios de comunicación masiva, que imponen determinados valores culturales y de consumo.
- Impone la monopolización de las tecnologías de avanzada.
- Crea migración de los talentos intelectuales y artísticos hacia el mundo desarrollado.

La creación y producción a gran escala de bienes y servicios culturales

Según se ha indicado, en una acepción más específica se identifica a la cultura como el ámbito de las manifestaciones artísticas, intelectuales y morales de la vida: la academia, la literatura y las bellas artes, que dan lugar a los bienes y servicios culturales, las instituciones culturales, las industrias culturales, entre otras.

En este sentido, se hace necesario distinguir los bienes o servicios culturales de los bienes y servicios comunes. Se pueden identificar varias características que distinguen a los primeros de los segundos.

Los bienes culturales son aquellos que en su producción suponen creatividad, transmiten un significado simbólico y, por lo general, están protegidos por derechos de propiedad intelectual. Estos bienes pueden ser copiados, pero no reproducidos porque el original es único. Es cierto que cualquier bien, por común que sea, puede ser portador de expresiones culturales si tenemos en cuenta si diseño, su propósito, el tipo de trabajo invertido en él, etc. Sin embargo, este hecho no permite clasificarlo como un bien cultural, a no ver que corresponda con las características antes enumeradas.

El caso de los bienes resultados de la innovación científica es muy particular. Aunque su producción constituye un correlato de la creatividad y están además protegidos por derecho de autor, por lo general se destinan a cubrir una necesidad determinada, más que a la comunicación de significados simbólicos.

En términos de valor, los bienes culturales se distinguen de los bienes comunes en que, además de un valor económico, son portadores de un valor cultural. Es muy importante comprender la distinción entre valor económico y valor cultural, así como la relación entre ambos. David Thorsby descompone el valor cultural de la siguiente manera: valor estético, valor espiritual, valor social, valor histórico, valor simbólico y valor de autenticidad.⁷ El valor total de un bien o servicio cultural es el resultado de la combinación de su valor económicos y su valor cultural, y este se expresa como capital cultural. El soporte físico es el medio para transportar y transmitir las ideas, símbolos y valores estéticos propios del bien cultural.

El valor cultural de que es portador un producto no puede ser medido integrante de la misma forma en que se mide su valor económico: incluye no sólo componentes tangibles, sino también intangibles, difíciles de mesurar con instrumentos tradicionales de medición económica. El precio que un determinado bien cultural adquiere en una transacción deviene un indicador —si bien indirecto economía inexacto— del valor económico de la obra, considerando el impacto que en ella tiene su valor cultural.

El valor económico de un bien puede incrementarse notablemente como consecuencia de su valor cultural. En sentido general, el precio de un bien cultural aumenta en la medida en que sea más apreciado su valor cultural intrínseco. Sin embargo, no existe entre ambos una relación directa. En primer lugar, debido a que hay valores culturales que no pueden ser objeto de compraventa y, por lo tanto, carecen de valor económico. En segundo, porque el reconocimiento del valor cultural depende muchas veces de la época en que este es apreciado.

Como el valor económico de un producto, el valor cultural varía con el tiempo, sólo que en la mayoría de los casos de manera inversa si se le compara con un bien común. Así como el valor económico de un producto común que se materializa en un determinado valor de uso suele disminuir con el tiempo debido a su envejecimiento, deterioro y obsolescencia, el valor cultural suele elevarse con el tiempo y, de hecho, ocurre lo mismo con su valor económico. ello explica, además, por qué son también utilizados para protegerse de la inflación, atesorar riqueza o acumular apostando al

rápido incremento de su precio en el mercado. De esta manera, el impacto del valor cultural en el valor económico de un bien cultural distingue a este de los bienes de uso común, por sofisticados que sean.

Estas consideraciones sobre la relación entre el valor económico y el valor cultural de los productos y servicios culturales resultan esenciales a la hora de evaluar las políticas de desarrollo y la asignación de recursos económica e inversiones. Un enfoque exclusivamente economicista puede conducir a decisiones económicas contrarias al interés de la comunidad, de modo que las políticas de desarrollo, así como las culturales, deben tomar en cuenta ambas dimensiones: el valor económico y el valor cultural —y también la relación entre ellos. Una decisión óptima sería la que permitiera la maximización de ambos. Estas ideas cobran mayor importancia si se tiene en cuenta el notable crecimiento de las llamadas industrias culturales durante las últimas décadas.

Las industrias culturales: su origen, contenido potencial

El término «industrias culturales» ha adquirido un empleo cada vez más corriente, a pesar de su contenido altamente polémico. Existe una amplia literatura que cuestiona la propia validez conceptual de la categoría y le adjudica un carácter fundamentalmente retórico y de escasa utilidad, en términos analíticos y para la formulación de políticas.

No obstante, los últimos quince años han servido de escenario a un conjunto de procesos que parecen haber estimulado la utilización del

término, en particular, el creciente peso de las actividades económicas relativas a la producción y circulación de bienes y servicios de carácter simbólico, cuyo valor esencial se deriva de su valor cultural.

Si se adoptase esa perspectiva amplia del término —actividades que producen y comercializan bienes y servicios simbólicos, basados en contenidos intangibles de carácter cultural, generalmente protegidos por derecho de autor—, entonces la definición abarcaría dos grandes grupos de actividades: a) las llamadas industrias culturales «clásicas»: radio, televisión, cine, industria editorial, industria discográfica, diseño, arquitectura y nuevos tipos de *media* —por ejemplo, Internet—; b) las «artes tradicionales»: artes visuales, artesanías, artes escénicas, actuaciones musicales, literatura, museos y galerías.

La separación que eventualmente se establece entre el primer grupo como «comercio» y el segundo como «arte», es de naturaleza ideológica y no analítica. Un problema adicional es que se trata de un concepto fluido y de naturaleza abierta. Permanentemente nuevos productos y servicios adquieren o se les adjudica un significado estético y simbólico. Este sería el caso de actividades tan diversas como la jardinería, el mercadeo (*marketing*), la publicidad, y el turismo. Las industrias culturales aportan un valor adicional al producto, a la vez que constituyen y difunden valores culturales.

Las anteriores características resultan esenciales para entender la actual carencia de estándares

estadísticos que permitan disponer de cifras confiables y comparables para un grupo grande de países en materia de industrias culturales. Por esa razón, a diferencia de muchos otros sectores de la economía, la mayoría de los compendios estadísticos económicos no constituyen una fuente adecuada para hacer comparaciones a nivel internacional, ni para inferencias generales respecto al creciente peso de las industrias culturales.

Se observa, en general, la existencia de una situación diferenciada en cuanto a la disponibilidad de datos en este campo. Como norma, los países desarrollados ofrecen una información más confiable y detallada —aunque no estandarizada— sobre las industrias culturales. En particular, se destacan países como Canadá y Gran Bretaña, que cuentan con metodologías refinadas y con sistemas estadísticos confiables para registrar las industrias culturales, no solamente a nivel nacional, sino incluso para regiones y ciudades.

La UNESCO ha abordado de manera reiterada este tema durante los últimos años, y considera que en la actualidad existe consenso respecto a la aplicación del término «industrias culturales» a aquellas actividades que combinan la creación, la producción y la comercialización de contenidos de naturaleza intangible y cultural. Esos contenidos pueden adoptar la forma de bienes o servicios, y generalmente se encuentran protegidos por las leyes de derecho de autor.

Según la UNESCO, existe un acuerdo bastante generalizado

respecto a que las industrias culturales incluyen las siguientes actividades:

- a) industria editorial (imprentas y casas editoriales);
- b) multimedia;
- c) audiovisual;
- d) industria fotográfica;
- e) cinematografía; artesanías;
- f) diseño.

Adicionalmente, algunos países también incluyen otras actividades en la medición de las industrias culturales, entre las que se encuentran:

- a) artes visuales y escénicas;
- b) deportes;
- c) producción de instrumentos musicales;
- d) publicidad;
- e) turismo cultural.

El debate sobre el tema rebasa, con mucho, la polémica académica: resulta muy importante disponer hoy de una adecuada interpretación de las industrias culturales, ya que durante los años 90 creció aceleradamente la contribución de estas industrias, en términos de creación de empleo, la formación del Producto Interno Bruto (PIB) y el crecimiento económico.

A pesar de las dificultades conceptuales y metodológicas que dificultan el registro estadístico confiable y estandarizado de las industrias culturales, parecen estar ampliamente aceptados los datos sobre el peso de las industrias culturales en la economía. (Véanse Cuadros 1 y 2).

Además del peso que tienen las industrias culturales en la composición del PIB y en el empleo total, también existen otros datos que avalan la creciente importancia de las industrias culturales:

Comercio exterior

- La industria discográfica representa el segundo mayor sector exportador de los Estados Unidos, solamente superada por las exportaciones de la industria aeroespacial.
- El comercio internacional de bienes culturales ha crecido de manera extraordinaria en las últimas dos décadas. Entre 1980 y 1998, las cifras anuales del comercio de materiales impresos, literatura, artes visuales, cine, fotografía, radio, televisión, juegos multimedia y bienes deportivos, creció de 95 340 millones de dólares a 387 927 000 millones.⁸

Comercio mundial de bienes culturales

- El comercio internacional de bienes culturales presenta una alta concentración. En 1990, cuatro países (los Estados Unidos, Japón, Alemania y Gran Bretaña) concentraban el 55,4% de las exportaciones, mientras que cuatro (los Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña y Francia) representaron el 47% de las importaciones totales.
- La única modificación importante acontecida durante los años 90

fue el ingreso de China al grupo élite de exportadores de productos culturales. Para 1998, China se había consolidado como el tercer mayor exportador de bienes culturales del mundo.⁹

Las industrias culturales representan en la actualidad una de las áreas de la economía contemporánea en las que resulta más evidente el dominio de las grandes empresas transnacionales. La llegada de las nuevas tecnologías digitales y de políticas de desregulación favoreció una impresionante reorganización del sector durante la década de los 90. En esencia, el proceso

consistió en una mayor internacionalización de las industrias culturales a partir de realineamientos y de la concentración del capital.

En 1993 el valor total producido por las mayores cincuenta compañías audiovisuales del mundo fue de 118 000 millones, pero ya cuatro años más tarde las mayores siete compañías alcanzaron por sí solas un volumen similar. La mitad de esas firmas son norteamericanas.

Aunque existen otros grandes productores de películas —por ejemplo, la India—, el alcance global de los conglomerados cinematográficos norteamericanos no tiene paralelos. Hollywood recibe la mitad de sus ingresos de

Cuadro 1: Peso de las industrias culturales en el producto económico.

Entidad territorial	Peso relativo de las industrias culturales en la actividad económica total (% del PIB)
Países de la OECD	4%
- EE.UU	6%
- Europa Occidental	3%
- Ciudad de Toronto (Canadá)	11%
Países subdesarrollados	1% a 3%
- Brasil	1%
- África del Sur	3%

Fuentes:
www.unesco.org/culture/industries/trade/html/; www.oas.org/culture.

los mercados en el exterior comparado con sólo el 30% en 1980). Se estima que el 85% del total de filmes exhibidos en las salas de todo el mundo son manufacturados y/o distribuidos por Hollywood.

Industrias culturales y desarrollo

A pesar de la creciente concentración global de las industrias culturales, en particular en segmentos como el audiovisual, existen nichos de mercado no cubiertos por los conglomerados globales y que representan, por tanto, oportunidades para las entidades de los países subdesarrollados. Las nuevas actividades de las industrias culturales no se originan necesariamente en las tecnologías de punta, sino en la creatividad y en la reconfiguración de habilidades y de materiales tradicionales. Las artesanías y el turismo pueden ser utilizados como punto de partida para diseñar políticas de desarrollo.

Como se puede observar, el potencial de las llamadas industrias culturales es enorme y creciente. de hecho, se convierten en una extraordinaria oportunidad para reforzar políticas de desarrollo en los países del mundo subdesarrollado. Sin embargo, es imprescindible comprender, para reducirlos, los problemas y riesgos implicados en el crecimiento de estas actividades como

consecuencia de la mercantilización de la producción cultural.

Industrias culturales: lo potencial y lo problemático

Las transformaciones verificadas en la economía internacional durante la segunda mitad del siglo XX impactaron fuertemente sobre los sectores vinculados de manera directa a la producción cultural. Es

este el período —fundamentalmente a partir de los años 60 y 70—, en que se conforman y expanden las llamadas industrias culturales, reproductoras a gran escala de productos de creación

individual o colectiva, lanzados al mercado y distribuidos a escala internacional. El rasgo distintivo de este proceso es la mercantilización del «producto cultural», que entra así en la lógica del beneficio y la capitalización.

Una buena parte de la producción cultural se somete a la dinámica económica de la acumulación capitalista: reducir costos, maximizar ganancias, asalariar a los productores, potenciar las economías de escala, lo cual conduce a la homogeneización y estandarización del producto y a la producción en serie para un mercado que se debe expandir, reforzando la tendencia al crecimiento de la demanda del tipo de producto que entrega la industria.

La creación cultural se hace producción mercantil o cultura

Cuadro 2. Contribución de las industrias culturales al empleo total

Entidad territorial (casos seleccionados)	Peso relativo de las industrias culturales en el empleo total (% del empleo)
- Estados Unidos	2,8%
- Canadá	5%
- África del Sur	17%

Fuentes:

www.unesco.org/culture/industries/trade/html/; www.oas.org/culture

mercantilizada, una actividad de empresa. Correspondientemente, el consumo cultural se hace consumo mercantil. La creación cultural no se realiza en libertad, que debe ser su condición natural de realización, sino supeditada al ordenamiento necesariamente jerarquizado y autoritario propio de una actividad de empresa.¹⁰

En la lógica de la competencia por el control de los mercados, en esta como en otras actividades económicas los países pobres tienen escasa posibilidad de éxito. La homogeneización se impone a partir economía los patrones de quienes dominan los mercados internacionales —o sea, los países ricos y sobre todo uno: los Estados Unidos.¹¹ El Informe de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo advierte aquí amenazas sobre una de las reservas más importantes de la humanidad: su diversidad cultural. En los últimos años este fenómeno ha alcanzado una escala superior, como consecuencia del desarrollo de los medios de comunicación e información.

El carácter mercantil de las llamadas producciones culturales ha alcanzado un nivel extraordinariamente importante. En los Estados Unidos, la industria del entretenimiento es ya el segundo sector de exportación, con altos niveles de beneficio. Este fenómeno convierte una parte considerable de la literatura, el cine, la televisión, en puro entretenimiento, portador de escaso valor cultural, y a la mayor parte de los países del mundo en importadores netos de este producto.¹²

La amenaza sobre la diversidad cultural del mundo es tan fuerte, que en 1995, en la Conferencia

sobre Información del Grupo de los 7, no sin resistencias y tensiones, se declaró que una economía mundial de la información debería estar al servicio del enriquecimiento cultural de todos los ciudadanos mediante una diversidad de contenidos que reflejase la diversidad cultural y lingüística de los pueblos. La declaración no deja de ser significativa; sin embargo, la práctica controlada por las grandes transnacionales, continúa moviéndose en dirección opuesta.

Es muy importante que los sectores culturales generen ingresos que permitan su propia reproducción y desarrollo y que, dentro de ciertos límites y conceptos bien establecidos, sean también pensados en términos industriales y comerciales. El desafío consiste en lograr el mayor nivel de eficiencia y beneficio posible sin sacrificar objetivos sociales y culturales fundamentales. El problema no es la industria cultural, cuya presencia y desarrollo resulta imprescindible, no sólo como un instrumento generador de altos ingresos y empleo, sino además como un medio para socializar la cultura. Es la supeditación del producto a una concepción eminentemente mercantil.

Según se comprueba en la experiencia de muchos países, el potencial de ingresos económicos y de generación de empleos de los sectores culturales es muy importante, y resulta posible explotarlos de modo conveniente, sin llegar a expresiones mercantiles de pobre contenido estético y artístico.¹³ Las industrias culturales, adecuadamente montadas y conducidas, pueden tener un positivo impacto en el terreno económico, social y cultural. Se trata de uno de los desafíos

actuales para las políticas culturales.

De otra parte, hay determinadas actividades culturales, así como educacionales, imprescindibles para la socialización y que, sin embargo, no generan ingresos suficientes para su propio sostenimiento. Aquí las políticas presupuestarias del gobierno son fundamentales, al igual que la capacidad de otros agentes sociales nacionales e internacionales para movilizar recursos a fin de mantenerlas y desarrollarlas. Como se conoce, la tendencia mundial ha sido a la privatización indiscriminada y al recorte de los presupuestos sociales y culturales, lo cual se extiende para otras áreas sensibles, como la salud pública. Este constituye uno de los problemas más graves que enfrenta el mundo subdesarrollado, en términos de su futuro. Los gobiernos no deben ver en la cultura una carga para el presupuesto, sino una inversión imprescindible y, además, en gran medida rentable; pero sobre todo un derecho ciudadano de máxima importancia.

El turismo merece una referencia específica, por el gran peso económico y social que ha alcanzado en el mundo de hoy. Toda actividad turística, al significar el movimiento hacia un mundo distinto al propio, constituye una experiencia cultural. Sin embargo, este no es siempre un acto consciente. Y lo que es peor aún: con frecuencia el turismo es tratado como una actividad meramente mercantil, descontextualizada y, por tanto, con efectos depredadores sobre el patrimonio histórico y natural de los países o regiones receptores. Es necesario modificar radicalmente esta deformación.

Todo turismo debería concebirse, organizarse y realizarse como una actividad eminentemente cultural. No sólo aquella que va directamente dirigida a disfrutar de un monumento histórico, de un museo, de una obra de arte o de un espectáculo artístico, sino también aquella que asiste a disfrutar de un paisaje, de una playa o, simplemente, del sol. Tanto la una como la otra establece una relación con el patrimonio de otro pueblo, que debe ser respetado y apreciado en todo su valor.

El turismo vinculado directamente a propósitos culturales debe ser potenciado. Los llamados activos culturales son con frecuencia la motivación principal para que otras personas se interesen en conocer determinado país o lugar. El más importante y sensible es la propia cultura viva, de la cual es portadora y productora la población de cada lugar. El turismo no debe, ni puede ser, una actividad de enclave distanciada de los pueblos. Por el contrario, debe relacionarse con ellos, ofrecerles una fuente nueva y directa de ingresos y de empleos, una vía para potenciar y a la vez enriquecer su propia cultura. Existen importantes experiencias que demuestran el nuevo crecimiento alcanzado a través de este concepto por la artesanía, la música, el folklore, las gastronomías locales, etc. Los proyectos de desarrollo turístico deben estar concebidos como parte de una estrategia que conduzca al crecimiento del nivel de vida de la población y a la preservación de su patrimonio. Una concepción cultural de toda la actividad turística, lejos de disminuir, potencia su capacidad de generación de ingresos, y a la vez la hace compatible con el desarrollo integral de los pueblos.

Como enseñan muchas experiencias lamentables, si la actividad turística no se proyecta y conduce desde una concepción política y cultural, su potencial de desarrollo se desnaturaliza y sus efectos pueden ser muy nocivos: traslado de vicios ajenos y depredación del patrimonio y el medio ambiente. La cultura puede y debe hacer la diferencia.

El Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo señalaba: «los gobiernos no pueden determinar la cultura de un pueblo, de hecho es, hasta cierto punto, a la inversa. Lo que sí pueden hacer es influir negativa o positivamente sobre ella».¹⁴ En consecuencia, un gobierno cada vez más débil frente a un poder económico cada vez más fuerte y alienado influye negativamente sobre la cultura. Aquí existe un límite estructural para los modelos económicos que se sostienen hoy en los países periféricos. Si el desarrollo económico va acompañado de una cultura empobrecida, estará condenado al fracaso. El desarrollo, para ser, tiene que ser eminentemente cultural.

En resumen, la relación entre economía y cultura es determinante, en cualquiera de las acepciones con que definamos este concepto. Comprender esta relación es esencial para: a) dar lugar a la concepción y ejecución de proyectos de desarrollo económico correspondientes con el contexto —siempre determinado por la cultura— en que habrán de tener lugar, con el modo de ser y el querer ser de los pueblos, tanto en su dimensión de progreso material como de satisfacciones espirituales; b) emplear el extraordinario y creciente potencial económico de

las industrias culturales como generadoras de empleo y de ingresos, a la vez que instrumentos insustituibles para elevar el saber y la cultura general de las mayorías, sin que los auténticos valores culturales sean degradados por la imposición de intereses eminentemente mercantiles.

Notas

¹ Este acápite sigue parte de lo contenido en otro artículo del autor, «Cultura y desarrollo. Consideraciones para el debate», *Cultura y Desarrollo*, UNESCO, La Habana, 2000.

² Véase Walt Whitman Rostow, *The stages of Economic Growth*, University Press, Nueva York, 1962.

³ Véase al respecto *Dimensión cultural del desarrollo: hacia un enfoque práctico*, Colección Cultura y Desarrollo, UNESCO, París, 1995.

⁴ Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, *Nuestra Diversidad Creativa*, UNESCO, París, 1997.

⁵ Véase Julio Carranza Valdés, «Globalización, economía e identidad cultural», *La identidad cultural en el umbral del milenio*, Ediciones ICAIC, La Habana, 1996.

⁶ David Thorsby, *Economía y cultura*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001.

⁷ Para una excelente y amplia exposición de las relaciones entre valor económico y valor cultural, véase David Thorsby, ob. cit.

⁸ *Study of international Flows of Cultural Goods, 1980-98*, UNESCO, París, 2000.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Véase el interesante trabajo de Juan Torres López, «Economía y cultura», *El estado crítico de la cultura*, FIM, 1993.

¹¹ Ignacio Ramonet, «Un mundo sin rumbo», *Temas de Debate*, Madrid, 1996.

¹² Véase Armando Matelart, *La mundialización de la comunicación*, Parpos, Barcelona, 1998.

¹³ Véase un interesante estudio sobre este tema en Luis Stolovich, Graciela Lescano y José Mourelle, *La cultura del trabajo*, Fin de Siglo, Uruguay, 1997.

¹⁴ Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, ob. cit., p. 11.

NOTAS CRÍTICAS

Hacia una nueva estrategia de desarrollo turístico-cultural en América Latina y el Caribe

PEDRO MONREAL GONZÁLEZ

Investigador.

*Centro de Investigaciones de Economía Internacional (CIEI),
Universidad de La Habana.*

El turismo es considerado la mayor «industria» contemporánea, y su extensión planetaria ha modificado la geografía económica mundial, estimulado procesos de interacción cultural de vastas proporciones y transformado las estrategias de desarrollo y los fundamentos de las políticas de crecimiento económico de un considerable número de países y regiones. Es una de las pocas actividades que, debido a su enorme escala, relativo dinamismo y múltiples conexiones, cuenta con el potencial suficiente para influir de manera decisiva, por sí misma, en la trayectoria de desarrollo de muchos pueblos del mundo, especialmente de los países en desarrollo.

El impacto creciente del turismo se ha hecho sentir de manera notable en América Latina y el Caribe, en particular en el Caribe insular, una región considerada por muchos expertos como la zona del mundo que depende en mayor grado del turismo internacional. Sin embargo, la complejidad y las contradicciones inherentes a la expansión del turismo en América Latina y el Caribe son de tal magnitud, que no permiten arribar todavía a un consenso respecto al papel que se le atribuye como «motor» del desarrollo. En realidad, la evidencia disponible es bastante diversa y contradictoria, y por cada caso de efecto positivo del turismo puede encontrarse, al menos, un ejemplo paralelo de impacto negativo sobre el desarrollo.

Junto a la indiscutible ventaja que ofrece el turismo respecto a la posibilidad de incorporar de manera rápida y a un costo relativamente bajo una serie de activos disponibles y en general no suficientemente aprovechados –ubicación geográfica, paisajes naturales, clima, patrimonio cultural, etc– a procesos económicos generadores de empleos e ingresos a corto plazo, también con frecuencia se acentúa la distribución no equitativa de la riqueza, se establecen nuevas relaciones de desigualdad respecto al capital extranjero, se deteriora el medio ambiente y el patrimonio cultural, se diluye la identidad de la población del país

receptor, e afecta la creatividad popular y se generan conflictos y resentimientos entre los turistas y la población local nada conducentes a un genuino y enriquecedor diálogo intercultural. La mayoría de las veces un vibrante sector turístico coexiste con —y propicia— un entorno poco favorable para el avance hacia el desarrollo humano en los países de América Latina y el Caribe.

De este modo, la ecuación que establece una identidad entre la expansión turística y el desarrollo, y que cada vez ha sido más ampliamente aceptada como premisa de las estrategias de desarrollo de muchos países de la región, parece ser altamente cuestionable.

Desde una perspectiva humanista del desarrollo, no es aceptable la premisa de que deba tolerarse un desarrollo humano «diluido» o «subdesarrollo-óptimo» como costo inevitable de las ventajas económicas que supone la expansión turística. Aunque raramente es aceptada de manera explícita, esa es una visión implantada en muchas estrategias de desarrollo articuladas alrededor del turismo. En esa lógica, empleo, ingresos, inversión y mejora de la balanza de pagos dejan de ser instrumentos para el desarrollo y se convierten en metas en sí mismas, consideradas como las «ventajas» del turismo. De otra parte, el desarrollo humano, que en rigor debería ser entendido como la meta genuina del aprovechamiento de las posibilidades que ofrece la expansión del sector turístico, pasa a convertirse en una «variable de ajuste» que más o menos puede ser sacrificada —y asumida como un «costo aceptable»— en aras de la

obtención de las «ventajas» del turismo.

Esto sucede a pesar de los avances que desde hace años se han alcanzado en el terreno conceptual y normativo respecto al desarrollo humano, en gran medida como resultado del esfuerzo de numerosas instituciones. Entre estas, han desempeñado un destacado papel las diversas agencias del sistema de Naciones Unidas.

La superación del lastre instrumental, que en términos del logro de las metas de desarrollo humano es inherente a las estrategias basadas en conceptos economicistas, supondría adoptar como punto de partida dos nociones básicas que, hasta el momento, no forman parte del pensamiento convencional sobre estrategias de desarrollo articuladas a partir del turismo: primera, que este es un fenómeno sociocultural —complejo y multidimensional— que rebasa ampliamente la esfera económica; y segunda, que aun considerado en su dimensión económica, es una «industria cultural» cuyas particularidades, sobre todo las asociadas a sus aspectos socioculturales, exigen una comprensión específica del sistema productivo en que se sustenta su reproducción.

El diseño de estrategias de desarrollo asociadas a la expansión del turismo requiere —si pretenden ser efectivas en cuanto a proporcionar desarrollo humano— la adopción de un marco analítico amplio, definido desde la perspectiva de la cultura, que permita dar cuenta de la multiplicidad de planos y de la complejidad general del fenómeno,

así como de sus especificidades en tanto sistema productivo.

El corolario de esta idea sería que las instituciones culturales de diverso tipo —y también las locales— no solamente deberían aspirar a convertirse en actores fundamentales del diseño y aplicación de las estrategias de desarrollo asentadas en la expansión turística, sino sobre todo que deberían imponer su presencia en ese proceso, lo cual seguramente dependerá de factores distintos en cada país, pero que sería favorecido por la capacidad de estas instituciones para interpretar adecuadamente el fenómeno y para presentar propuestas coherentes y aceptables.

En su condición de única institución especializada en cultura dentro del sistema de Naciones Unidas, la UNESCO se encuentra en una posición muy ventajosa para actuar como socio competente en la tarea de asistir a los Estados miembros —y a todas las instituciones involucradas activamente en la actividad turística— en la formulación de estrategias y políticas que promuevan el desarrollo humano.

La UNESCO sostiene el principio de que la cultura, en toda su diversidad, debe ejercer una función esencial como agente de desarrollo global y de coexistencia y, por tanto, promueve la idea de que la cultura debe desempeñar un papel crucial en el marco de las estrategias nacionales e internacionales de desarrollo, sobre todo en un contexto donde la globalización crea nuevas formas de desigualdad que amenazan la diversidad, el pluralismo, el acceso al conocimiento y la creatividad, y que

pueden conducir al conflicto cultural en vez de al diálogo.¹

En su condición de «casa de las culturas», la UNESCO puede contribuir a estimular la imprescindible reflexión y el intercambio de ideas respecto a un tema que, como la expansión del turismo, es de creciente importancia para el desarrollo de América Latina y el Caribe. Las reflexiones que se someten aquí a la consideración del lector han tratado de incorporar los conceptos que desde hace tiempo ha propugnado la UNESCO respecto a la relación entre cultura y desarrollo en general, y cultura y turismo en particular, así como también otras perspectivas analíticas que contribuyen a la reflexión sobre el tema y pueden servir como matriz para elaborar recomendaciones.

El turismo en América Latina y el Caribe: balance de la experiencia regional

A comienzos del siglo XXI, América Latina y el Caribe se habían convertido en la principal zona en desarrollo receptora de turismo, por encima del Sudeste asiático, África y el Medio Oriente.

Se trata de un área en la que el turismo internacional tiene una presencia relativamente elevada, gracias al rápido crecimiento del sector durante las últimas décadas, pero donde existe un panorama muy heterogéneo en cuanto a la distribución geográfica, los incentivos que motivan el turismo y sus modalidades. Existe en el área una región turística «por excelencia» como la Cuenca del Caribe, que combina destinos tradicionales con nuevas áreas turísticas. Aquí se ha producido un considerable crecimiento de los

flujos de turistas y de ingresos. Predomina el turismo masivo de playa, organizado fundamentalmente a través de «paquetes vacacionales». En muchos países, sobre todo en el Caribe insular, el turismo es —de manera indisputable— la principal actividad económica.

Por otra parte, en el área también hay grandes países receptores como México, Brasil y Argentina, con una oferta más diversa de «productos turísticos» en la que se combinan «activos» de diferente tipo —clima, geografía, historia, cultura, y naturaleza— y donde el turismo es un sector que existe en los marcos de una estructura económica relativamente diversificada.

A pesar de que la escala y dinamismo del turismo en el Caribe han contribuido a crear la imagen de que América Latina y el Caribe es, fundamentalmente, un sitio de vacaciones asentado casi de manera exclusiva en el aprovechamiento de recursos naturales, en realidad existen países que se han caracterizado tradicionalmente, o que han comenzado a ser identificado como destinos turísticos culturales. Son casos representativos los de Perú y Honduras, o el propio México, que con una base de oferta turística diversificada (que incluye turismo de playa) se caracteriza por una notable utilización del patrimonio cultural con fines turísticos.

La disparidad de la actividad turística de la zona parece haber condicionado un patrón de análisis de la actividad que ha tendido a privilegiar el estudio de dos tipos de casos: a) países individuales, sobre todo los grandes receptores como México o países con una identidad

turística muy acentuada (Perú, como caso de turismo patrimonial, o Costa Rica como destino de turismo de naturaleza); y b) subregiones caracterizadas por una actividad turística relativamente homogénea, sobre todo en el caso del Caribe, en sus diferentes modalidades: Caribe insular, Cuenca del Caribe, o Gran Caribe.

Generalmente, la evaluación de la expansión de la actividad turística en América Latina y el Caribe se hace directamente a partir del estado y de la dinámica del sector, tomando como referencia el nivel de país o subregiones —y en mucha menor medida la región como un todo—, pero sin considerar suficientemente algunas características y tendencias globales del turismo, relevantes sobre todo cuando se trata de evaluar la compleja relación entre los procesos socioculturales, el turismo y el desarrollo. Por esa razón, una valoración adecuada del turismo en el área debe partir de una perspectiva analítica que coloque el perfil del sector en el contexto mundial.²

La mayoría de los análisis realizados sobre la acelerada expansión del turismo internacional en las últimas tres décadas, y su transformación en una actividad de verdadero alcance global, han destacado la aparición y consolidación de algunos países y regiones en desarrollo como importantes destinos turísticos. De esta manera, en los países y áreas en desarrollo que habían sido destinos turísticos tradicionales —particularmente los ubicados en las llamadas «cuencas» o «lagos vacacionales», es decir, el Mediterráneo, el Caribe y el área del Pacífico asiático— se produjo un salto en la escala y dinamismo de la

actividad turística a partir de la década de los 60 del siglo XX, mientras que hacia finales del siglo hicieron su irrupción como nuevos destinos turísticos de importancia países tan diversos como Jordania, Burma, China, Guatemala o Cuba. Si en 1960 las áreas en desarrollo solamente recibieron uno de cada doce turistas y uno de cada seis en 1970, ya hacia mediados de la década de los 90 la proporción era de una de cada tres «llegadas» turísticas, lo que revela la existencia de tasas de crecimiento del turismo en las áreas en desarrollo muy superiores a las del resto del mundo.³

Sin embargo, este hecho —sin dudas significativo para los países en cuestión— debe ser valorado en el contexto más general de la distribución de la actividad turística mundial, la cual se sigue localizando, en lo fundamental, en países y regiones de mayor desarrollo. La situación del turismo internacional se asemeja a lo que sucede con los flujos internacionales del comercio, las finanzas y la tecnología. A pesar del espectacular incremento de los turistas internacionales durante las últimas cuatro décadas —el número de «llegadas» se multiplicó en 20 veces, de 25 millones en 1950 hasta 567 millones en 1995, para alcanzar la cifra récord de 692,7 millones en el 2001—⁴, la mayoría de los turistas se desplazó hacia destinos localizados en los países desarrollados. El caso de Europa es significativo, pues el llamado turismo «intraeuropeo» representó el 88% del turismo internacional de ese continente. Solamente un 12% de los turistas europeos viajaron hacia otros destinos.⁵

Estas dos tendencias, tomadas de conjunto, condicionan un fenómeno

que debe ser considerado cuando se trata de hacer un análisis prospectivo de la expansión del turismo en una región como América Latina y el Caribe: la actividad turística se caracteriza por su elevada concentración geográfica en países desarrollados (los principales emisores y receptores de turistas), pero un grupo de países en desarrollo parece contar con la capacidad de competir con éxito en el terreno de la redistribución del turismo mundial, apropiándose de una cuota todavía minoritaria, pero creciente, de los mercados de recepción de turistas.

Por esa razón, lo que parece ser más importante en términos de las perspectivas turísticas de la región, de subregiones, o de países individuales, es poder identificar si estos pueden o no formar parte del grupo de entidades territoriales en desarrollo capaces de competir exitosamente en materia de redistribución de la actividad turística, teniendo en cuenta además que no se trata exclusivamente de una competencia *vis à vis* los países desarrollados, sino también de una competencia muy fuerte entre los propios países subdesarrollados.

Una primera constatación interesante sería que, con la excepción de grupos de pequeñas islas ubicadas en «lagos vacacionales» como el Caribe y el Pacífico, el turismo que se dirige hacia el Sur se concentra en un grupo muy reducido de destinos turísticos, generalmente correspondiente a países en desarrollo con economías relativamente grandes —China, México, Brasil, Argentina, Tailandia, Indonesia, Egipto, Turquía,

Marruecos, Túnez, etc. Otra comprobación importante sería que los países en desarrollo con menores ingresos reciben una cuota muy baja de turistas y de ingresos turísticos, mientras que los países en desarrollo de mayores ingresos relativos («economías emergentes») reciben el 15% de las «llegadas» mundiales y el 54% de los turistas que viajan a países en desarrollo.⁶

La literatura especializada ha tratado de explicar estas disparidades mediante un esquema analítico que se apoya en tres factores:

1. Accesibilidad del destino turístico, fundamentalmente como resultado de un factor natural (proximidad geográfica a los grandes mercados emisores) y también debido a la existencia de una adecuada infraestructura de transporte y comunicaciones.
2. El interés que las grandes empresas que integran el sistema productivo del turismo internacional (turoperadores, agentes de viaje, cadenas hoteleras, línea aéreas, y otros servicios asociados) puedan tener en participar o no en los programas de desarrollo turístico de los distintos países. En sentido general, son esas compañías las verdaderas «fabricantes de vacaciones»: controlan los flujos de turistas internacionales y, por tanto, su actuación es decisiva en la expansión o contracción del sector turístico de los países en desarrollo.
3. La voluntad de desarrollar el turismo que pueda existir en un país dado, tanto a nivel del gobierno como del sistema empresarial, así como la posibilidad de diseñar y de aplicar una estrategia y políticas concretas para el fomento de la actividad turística.

Desde una perspectiva comparada con otras regiones del mundo, en general estos factores actúan en sentido positivo respecto a la expansión del turismo en América Latina y el Caribe. La cercanía geográfica al mayor mercado emisor de turistas del mundo (los Estados Unidos), la disponibilidad de una infraestructura de comunicaciones relativamente desarrollada, sobre todo en los mayores países o en sitios que han sido destinos turísticos tradicionales (como el Caribe), la presencia desde hace años en la región de grandes compañías (estadounidenses y europeas) activas en el sector turístico, así como la existencia en un gran número de países de políticas de desarrollo turístico, que incluyen agresivas campañas de promoción, ha convertido a América Latina y el Caribe en la principal zona en desarrollo receptora de turismo.⁷

Sin embargo, esos mismos factores también condicionan notables diferencias dentro de la región. A gran distancia del resto de los países, México es el principal destino turístico de la región y uno de los únicos tres países en desarrollo (los otros son China y Turquía) que figura entre los principales quince destinos turísticos del mundo. La condición de ser el único país de la región fronterizo con los Estados Unidos, la presencia de una gran comunidad de origen mexicano en aquel país, la existencia de una economía relativamente grande e integrada a Norteamérica, una buena infraestructura de transporte y hotelera, la riqueza de activos turísticos de diferente tipo, la alta presencia de compañías transnacionales del sector turístico, así como políticas de desarrollo turístico con tradición institucional y

flexibilidad, explican el «fenómeno mexicano» en esta materia.

Por otra parte, hay unos cuantos países de América del Sur, grandes o con niveles de ingreso per cápita relativamente altos, que se ubican en un segundo escalón: Brasil, Argentina, Uruguay, Colombia y Chile, con cifras de turistas que oscilaban entre el millón y los seis millones de turistas anuales en el año 2001.⁸

Sin embargo, el otro «fenómeno» turístico importante de la región, además de México, no se ubica tanto a nivel de un país sino a nivel de subregión: el Caribe insular, que en el año 2001, con 16,9 millones de turistas, recibía casi tantos turistas como México, más que toda la América del Sur y aproximadamente cuatro veces los que recibía América Central.⁹ Además de la ventaja relativa que la subregión pueda tener en su condición de ser uno de los tradicionales «lagos turísticos» del mundo, esto ha sido posible debido a la acelerada expansión de la infraestructura turística en el área, la adopción casi general del turismo como sector líder en las estrategias de desarrollo, la aparición de nuevos destinos, el establecimiento de muy activas políticas de promoción que han logrado atraer en número considerable a turistas europeos, y la elevada presencia de grandes compañías transnacionales en la inversión y en la operación del turismo en el área.

Los casos del Caribe insular y de Centroamérica, que en general han convertido al turismo en el «sector líder» de sus «nuevas» estrategias de desarrollo, son seguramente las variantes más extremas de una tendencia general que se ha observado en toda la región desde

la década de los 80, consistente en apostarle a la expansión turística como opción económica regeneradora.

En el contexto de la llamada década perdida de los años 80, en medio de la inviabilidad de las estrategias tradicionales de desarrollo económico de la región, y en el marco de la apertura económica generalizada a los mercados globales, de la crisis de la deuda externa, del desempleo y subempleo masivos, de la contracción de ingresos y del debilitamiento de los presupuestos nacionales, el turismo fue considerado una opción rápida y fácil para transformar las estructuras económicas y dotarlas de un sector dinámico, con alto potencial de crecimiento y considerable efecto multiplicador, sobre todo porque son bien conocidos sus efectos multiplicadores sobre actividades económicas variadas, ligadas directa o indirectamente a él: transporte, comunicaciones, hotelería, restaurantes, y otros servicios diversos, además de los insumos industriales y agropecuarios necesarios para su funcionamiento y equipamiento.

El turismo ha sido visto sobre todo como una actividad para la que existían considerables activos disponibles y no suficientemente aprovechados (recursos naturales y patrimonio cultural) que le concedían una ventaja competitiva a los países de la región y que permitiría la expansión económica en un sector «exportador» en el que no existía el nivel de proteccionismo que caracteriza a los mercados para otros productos y servicios. Por otra parte, se asumía que la expansión turística permitiría obtener resultados económicos

positivos a muy corto plazo, con períodos mínimos para la recuperación de la inversión y que también favorecería la creación sustancial de empleos y el fomento de pequeña y medianas empresas.

Para el caso particular de las pequeñas economías insulares del Caribe —y en alguna menor medida para Centroamérica—, el turismo no se consideró solamente una actividad que podría contribuir al crecimiento económico, el empleo y la generación de divisas, sino que fue convertido en el componente central de nuevas estrategias de desarrollo. De hecho, en un número considerable de islas caribeñas devino la actividad económica predominante o casi única.

Finalmente, otra consideración adicional que también mereció atención en los marcos del mayor papel económico adjudicado al turismo en la región, fue la de percibirlo como una actividad que podría favorecer la integración económica subregional y regional.¹⁰

Sin embargo, aunque los argumentos de tipo económico recibieron mayor atención y de hecho desempeñaron el papel más relevante en el contexto del proceso general de creciente revalorización del turismo en América Latina y el Caribe, los criterios culturales también formaron parte de la racionalidad y del discurso que acompañó su expansión regional.

En primer lugar, parecía entenderse claramente que el turismo masivo que se imponía en la región formaba parte de un contacto entre diferentes culturas que por su escala y heterogeneidad, resultaba inédito y de alguna manera podría representar la posibilidad de que la región hiciera un aporte a la

activación de la energía cultural de los visitantes y de sus propios pueblos. Se pensaba que también ayudaría a poner a disposición del resto del mundo el patrimonio cultural del área y que ello contribuiría a vivir de forma creativa el turismo. también se entendió que podría ser un valioso instrumento de educación, particularmente de la juventud, contribuyendo no solamente al enriquecimiento espiritual que aportaría el contacto entre diferentes culturas, sino también el aprendizaje de valores de diálogo y tolerancia. En otras palabras, se le percibía como un vector privilegiado para el intercambio intercultural y como una escuela de tolerancia.¹¹

El turismo también fue valorado como una oportunidad que se le presentaba a los pueblos de la región para —a partir de la demanda y de la inyección de recursos que representaban los turistas— estimular la creatividad artística, recuperar tradiciones, preservar el patrimonio y mantener la diversidad. En la medida en que el turismo es un «paquete» complejo, que a diferencia de otros bienes y servicios exportable, debe ser consumido *in situ* por el turista, se estimaba que los factores socioculturales que integran la oferta turística tendrían un efecto local muy marcado que podría ser aprovechado para renovar, y en algunos casos refundar, localidades y comunidades que habían perdido vitalidad cultural como consecuencia de la prolongada depresión de las economías locales.

Sin embargo, el cuadro general resultante de la expansión del turismo —sin negar la existencia de efectos positivos en casos concretos— es el de una realidad

diferente al modelo ideal antes descrito, que sirvió de premisa a las políticas de desarrollo turístico de la mayoría de los países de la región.

Los problemas y las consecuencias negativas del turismo en América Latina y el Caribe han sido bien documentados, aunque, lamentablemente, la divulgación de esos estudios no se corresponde con la atención que merecen y se han visto superados por la difusión de los textos e imágenes que postulan la noción de la región como un paraíso turístico.¹²

No es posible reproducir aquí en extenso los resultados de los diversos estudios que se han realizado acerca del impacto negativo, pero conviene identificar de manera resumida los problemas concretos que —tanto en el plano económico como en el sociocultural— se han derivado del desarrollo del turismo en América Latina y el Caribe.

Desde una perspectiva económica, los principales problemas identificados son los siguientes:

- Una elevada proporción de los ingresos derivados de la actividad turística no es retenida por los actores locales (gobiernos, empresas, o individuos), sino beneficia a entidades extraregionales, fundamentalmente a las grandes compañías de turoperadores, agencias de viaje, líneas aéreas, compañías hoteleras, y suministradores de productos y de servicios, como parte de un proceso conocido entre los especialistas como las dos «rondas de filtraciones».¹³
- El control efectivo del sector turístico lo ejercen las grandes empresas transnacionales que

dominan el sistema productivo del turismo, por lo que se mantiene la presencia en las economías regionales de sectores económicos altamente dependientes del exterior.

- En un número considerable de países y territorios, especialmente del Caribe y Centro América, el turismo ha reemplazado —o pudiera estar en vías de suplantar— los tradicionales sectores dominantes (azúcar, bananas, café, etc.) con un nuevo tipo de monoproducción, lo que ha llegado a promover una corriente de opinión que lo considera como un nuevo sistema de plantación.¹⁴
- La expansión turística ha introducido una demanda sustancial de recursos, en muchos países escasos, que casi siempre se resuelve en detrimento de la utilización de esos recursos para satisfacer necesidades básicas y legítimas de las poblaciones locales.
- En muchos lugares se ha alcanzado, o está a punto de alcanzarse, el llamado «punto de saturación» de la actividad turística: una alta densidad de turistas comienza a crear problemas insolubles en los marcos de las economías receptoras.
- La expansión del turismo ha distado mucho de satisfacer las metas que de manera idealizada se le adjudicaban en cuanto a ventajas económicas para todos los sectores de la población. En realidad, el desarrollo de la actividad turística ha estado acompañado, en muchos casos, por un incremento en la disparidad de la distribución de los ingresos, la marginación de amplios sectores de la población (incluyendo comunidades enteras), el incremento de los

niveles de resentimiento y de violencia asociado a estos procesos, y el establecimiento de patrones de empleo de baja calificación con pocas posibilidades de proporcionar movilidad social.

Tampoco los resultados concretos de la expansión turística en América Latina y el Caribe se han ajustado al modelo idealizado de esta actividad, cuando se valora el sector desde una perspectiva cultural. Entre los problemas principales, se destacan los siguientes:

- El turismo ha tendido a mercantilizar la cultura del país receptor; transformándola a partir de criterios comerciales para poder adaptarla al consumo de los turistas. Este no es un proceso aceptable para una buena parte de la población de los países receptores, ni para una parte de los turistas, en particular los que tienen un mayor nivel de educación y de sensibilidad cultural.
- La comercialización del pasado y del presente de los pueblos que parece haberse generalizado con la expansión del turismo ha demostrado ser, la mayoría de las veces, un proceso artificial y poco ético, que conduce a lo que algunos especialistas han denominado «autenticidad escenificada» [*staged authenticity*]. De hecho, existe una corriente de opinión que considera que se ha producido una «disneyficación» del pasado y del presente de la cultura de los pueblos como parte del proceso de adaptación de las culturas de los países receptores a las necesidades del negocio turístico.
- El potencial de enriquecimiento espiritual que debería derivarse

del contacto y del posible diálogo intercultural entre los turistas y la población local frecuentemente se ve perturbado por tratarse de un encuentro entre visitantes rico y poblaciones locales pobres. Ello coloca a la sociedad receptora en una situación de inferioridad en la que sus miembros tienden a ver a los visitantes como una cultura superior, con el efecto paradójico de que, por una parte, tienden a copiar sus formas externas, pero por otra, igualmente puede conducir a reacciones de hostilidad y de rechazo a lo extranjero en las poblaciones receptoras.

- El turismo también ha creado problemas en la vida diaria de la población local cuando se le ha concedido prioridad a la creación y a la operación de las infraestructuras y actividades de tipo social y cultural que sirven a los turistas en detrimento de negocios, escuelas, mercados, y lugares de culto de la población. En el caso de las ciudades, este problema se manifiesta de manera muy aguda como un fenómeno de competencia entre funciones turísticas y urbanas. Como parte del fenómeno se ha producido la invasión de espacios públicos que inclusive en algunos casos ha llegado a la privatización —legal o *de facto*— de estos.
- Muchas veces las imágenes culturales idealizadas (también denominadas «marcadores» del turismo) que se propagan sobre los destinos turísticos y han sido promovidas para estimular la demanda, no están correlacionadas positivamente con los valores culturales locales y con la identidad nacional. En este punto, conviene tener presente que tal distorsión no solamente es la consecuencia de la

manipulación que hacen las compañías extranjeras, sino que en muchos casos las propias instituciones turísticas del país receptor (incluyendo las agencias estatales) constituyen una fuente de origen, o de amplificación, de esas imágenes distorsionadas.

- De la expansión del turismo es lógico esperar un proceso de interacción cultural que, de manera ideal, debería consistir en un ajuste mutuo donde, por una parte, los turistas deben adaptarse a nuevas experiencias culturales —probablemente replanteándose los modelos culturales idealizados que pudieran existir con anterioridad a la llegada al destino—, a la vez que la sociedad receptora se debería adaptar a la presencia de modelos culturales importados que vienen con los turistas. Sin embargo, la realidad de muchos destinos turísticos es que la mayoría de las veces predomina un efecto de aculturación, que se manifiesta **en** la imitación por parte de la población local de estilos foráneos, y que puede acarrear otras consecuencias negativas derivadas de las acciones que pudiera hacer una parte de la población del país receptor para sostener el nivel de vida copiado —por ejemplo, la importación de bienes de consumo y las desviaciones en el comportamiento social, crimen, droga, prostitución, etc. Aunque el turismo no es la única fuente de esos efectos negativos, ya que el fenómeno de la aculturación y de la apropiación —sobre todo por parte de los jóvenes— de las características y estilos de vida de los visitantes es algo también influido por las industrias culturales en general, sin dudas deviene un claro síntoma del

contacto entre turistas y la población local.

Turismo, cultura e industrias culturales

A partir de la segunda mitad del siglo XX el turismo se transformó en una actividad masiva que se ha convertido rápidamente en una norma social, aunque no ha sido un proceso uniforme dentro de las sociedades ni a nivel internacional. El turismo se ha convertido en un institución cultural en sí misma, en un rito propio que genera expectativas crecientes, hasta el punto de ser considerado una necesidad social, al menos de amplios sectores de la población de los países más desarrollados.

Para algunos especialistas, el turismo tiene básicamente una dimensión cultural muy específica: la venta de sueños. Así, se concibe como un proceso de mercantilización del «escapismo», como la respuesta comercial a la aspiración humana de sumergirse en una realidad distinta a la de la experiencia diaria.¹⁵

La irrupción en poco tiempo de una actividad social practicada por millones de personas ha impactado profundamente la cultura contemporánea, hasta el punto que se ha hecho pertinente la pregunta respecto a si la cultura contemporánea puede funcionar sin el turismo.¹⁶

El turismo internacional se produce sobre el trasfondo de un sistema de relaciones sociales, definido por un complejo proceso de interacciones que se producen en múltiples planos: intersocietal, intercultural e intersectorial. De hecho, en el contexto de la actividad turística la distinción de los factores culturales y sociales se hace tan difícil que

algunos especialistas prefieren unificarlos bajo el término «interacción sociocultural».¹⁷

La relación entre cultura y turismo no se agota, sin embargo, con la condición de la cultura como el contexto general en que se desenvuelve la actividad turística, ni con la consideración del turismo como una manifestación cultural específica. Existen otras dimensiones de esa relación, como es el caso de lo que ha comenzado a denominarse «cultura turística».

Este concepto trata de destacar un proceso social exclusivamente contemporáneo y de reciente aparición, consistente en el hecho de que el turismo funciona de acuerdo con su «propia» cultura; es decir, opera a partir de una serie de normas culturales aplicadas con pasmosa uniformidad por los turistas en todo el mundo y que han establecido un conjunto de prácticas «flotantes» y «desestructuradas» por parte de los turistas. Ellas casi siempre contrastan con las normas culturales del país receptor, e inclusive con las del país de origen de los turistas. Esa «cultura turística» es, de hecho, un estilo de vida en su propio derecho.

La relación entre la cultura y el turismo ha sido un tema abordado por un considerable número de estudios y también ha formado parte de la retórica —y en ocasiones del contenido real— de las políticas adoptadas para el fomento de la actividad turística. Incluso en una región como América Latina y el Caribe, en la que han tendido a predominar modalidades de turismo basadas en activos naturales, lo cultural ha ido ganando espacios —si bien todavía insuficientes— en las concepciones sobre el turismo.

Ese creciente peso de la dimensión cultural del turismo pudiera explicarse, entre otras razones, por la idea —ahora mucho más extendida que antes— de que el desarrollo económico y social, tanto si se le considera como un proceso, como una meta, o como ambas cosas a la vez, entraña un imprescindible ángulo cultural que no puede ser soslayado.¹⁸

En la medida en que el turismo es percibido como un medio para acceder al desarrollo, se ha hecho evidente que la consideración de sus aspectos culturales debe ocupar un lugar central en los planes para su expansión.

Otra importante razón que explica el creciente reconocimiento de la cultura en el desarrollo del turismo, consiste en la notable capacidad de las actividades culturales como fuente de agregación de valor a los llamados productos turísticos.

Desde la perspectiva de los estudios sobre el desarrollo, la dimensión cultural del turismo puede ser valorada en cinco grandes planos:

1. La cultura como elemento fundacional del desarrollo que trata de promoverse utilizando la actividad turística.
2. La cultura como elemento que permite el incremento del valor del producto turístico.
3. La cultura como factor de difusión social y de dispersión espacial de los ingresos de la actividad turística.
4. El turismo en su calidad de «industria cultural».
5. La cultura como un importante activo que puede favorecer el ascenso de firmas, localidades, países y regiones a través de

trayectorias de aprendizaje tecnológico y organizativo en el contexto de las redes globales del turismo, es decir, en los marcos de uno de los complejos económico de mayor escala y dinamismo de la economía contemporánea.

A los tres primeros planos se les ha prestado una atención relativamente mayor en los últimos años. Sin embargo, los dos últimos planos de la dimensión cultural del turismo apuntados más arriba han sido relativamente menos estudiados y son bastante menos comprendidos, a pesar de la gran importancia que tienen para el diseño de políticas de desarrollo que e apoyen en la actividad turística. Para decirlo más claramente, la condición del turismo como una «industria cultural» y de la cultura como uno de los activos más importantes con los que puede contar un país para lograr el tipo de avance a través de trayectorias de aprendizaje organizativo que convierten al turismo en un motor efectivo del desarrollo, son tan importantes para el diseño de una estrategia de desarrollo como los tres primeros planos antes reseñados.

Para las estrategias de desarrollo que incluyan de manera destacada la expansión del turismo es muy importante poder ubicar con precisión la naturaleza de una actividad turística, lo que conlleva a considerarla como una «industria cultural», es decir, como uno de los campos de acumulación de capital más vastos y dinámicos de la sociedad contemporánea, con particularidades socioculturales muy específicas que lo diferencian de otros sectores de la economía. Cualquier estrategia de desarrollo que trate de apoyarse en el turismo debe partir de la premisa de que la

inserción del país receptor se producirá en una de las redes globales de producción, servicios e interacción cultural más importantes de la sociedad actual, y no en cualquier espacio económico y sociocultural.

Por otra parte, resulta crucial que toda estrategia de desarrollo apoyada en el turismo no se limite solamente a ubicar con precisión la naturaleza sociocultural y el lugar del turismo en la civilización contemporánea, sino también las posibilidades que puede ofrecer para avanzar hacia el desarrollo. En lo económico, esto implica el conocimiento de cuáles son las estructuras que deciden la distribución del ingreso dentro de las redes globales del turismo, mientras que en lo cultural, se requiere de un conocimiento preciso acerca de los procesos del turismo que hacen compatible el avance hacia formas económicas más complejas con la mejoría de las condiciones sociales que estimulan la creatividad y el mantenimiento de la identidad.

Ese conocimiento es imprescindible para diseñar políticas que permitan maximizar los beneficios que pudieran derivarse de la inserción de un país receptor (o zonas de este) en las redes globales del turismo. A los efectos del desarrollo, lo importante no es tanto insertarse de cualquier modo en las redes globales de producción y servicios, sino hacerlo de una manera muy específica que permita aprovechar efectivamente las posibilidades que puedan ofrecer a un país para ascender a través de trayectorias de aprendizaje tecnológico y organizativo. La importancia de la dimensión cultural del turismo consiste, precisamente, en que esta puede ser considerada

como uno de los más valiosos activos para facilitar el ascenso de un país dentro de las redes globales del turismo.

**El sistema productivo del turismo:
las redes de la estructura y la
estructura de las redes**

La llamada «industria turística» ha mercantilizado el ocio y los lugares donde tiene lugar utilizando técnicas comerciales, es decir, convirtiendo lo que se vende (la experiencia turística) en una mercancía cuya producción es relativamente predecible y regulada. Esto ha sido posible gracias al desarrollo de un complejo sistema productivo cuyas actividades abarcan desde la logística de los viajes hasta el contenido de la experiencia turística, y que incluye tanto entidades comerciales como instituciones públicas, agentes transnacionales y actores locales.¹⁹

Desde esa perspectiva, resulta evidente que el sistema productivo del turismo no se limita a ser un servicio ni tampoco es una sola «industria», sino que está conformado por un espectro relativamente amplio e interconectado de actividades, tanto productivas como socioculturales. El estudio del funcionamiento del sistema ha revelado la existencia de varias dimensiones: es un mecanismo de acumulación de capital, permite la apropiación privada de ganancia a partir del empleo de fuerza de trabajo, y facilita la apropiación de rentas derivadas de factores culturales y físicos (por lo general bienes públicos) que tienen una escasez relativa. A nivel del sistema, diferentes actores compiten entre sí por la apropiación de las ganancias y rentas que e obtienen mediante la

«construcción y la mercantilización» de las experiencias turísticas.²⁰

Al igual que sucede con cualquier sistema productivo, el turismo presenta una división del trabajo entre diferentes funciones (transporte, alojamiento, agentes de viaje, turoperadores, mercadeo, servicios de apoyo, operación y mantenimiento de atracciones, etc.). También tiene sus propios mercados diferenciados (turismo masivo, turismo especializado), así como las agencias y convenciones que regulan la actividad (asociaciones, agencias gubernamentales, organizaciones internacionales). El sistema funciona como una organización comercial cuyas instituciones, prácticas y estructuras han evolucionado a través del tiempo.²¹

Los aspectos más importantes de las redes globales del turismo, vistas desde la perspectiva de la teoría de las cadenas globales de productos, son los siguientes

1. Las redes globales del turismo son sistemas económicos con un grado de descentralización relativamente elevado, parecidas por su lógica de funcionamiento a las cadenas globales de productos «impulsadas por el consumidor» (por ejemplo, las confecciones textiles y el calzado). La diferencia más importante respecto a estas es, sin embargo, que no son redes «haladas» por la demanda concentrada en algunos segmentos de la cadena —como sucede en el caso de las confecciones textiles con las grandes cadenas de tiendas—, sino que las redes turísticas son «empujadas» desde el lado del consumo por firmas que, como los turoperadores, manipulan

expectativas de ocio para crear *ex ante* una serie de productos turísticos hoy esenciales dentro de la cultura de consumo contemporánea. Las redes globales del turismo son, en síntesis, una estructura distintiva de la cultura de consumo.

2.El crecimiento de la actividad turística a tasas relativamente muy elevadas en algunas regiones subdesarrolladas del mundo pone en evidencia un desplazamiento espacial de la actividad que revela una serie de relaciones muy complejas entre centro y periferia, a nivel de una de las actividades económicas de mayor escala y dinamismo. Una de las características más señaladas de esas relaciones es que, por lo general, no son de tipo vertical sino que están configuradas como redes, es decir, asumen una organización en la que firmas y países se encuentran interconectados, pero mantienen una independencia relativa.

3.Las redes globales de turismo no tienen una estructura amorfa. Dentro de ellas existe una clara jerarquía y segmentos diferenciados en los que desempeñan un papel central los llamados coordinadores estratégicos de las redes, en particular los turoperadores, y en menor medida las líneas aéreas y las agencias de viajes. Estos actores controlan una serie de activos (información, habilidades específicas y recursos materiales) que hacen posible el funcionamiento eficiente de las redes. El control de esos importantes activos se traduce en la obtención de rentas especiales, inexistentes en el resto de los segmentos del sistema del turismo. El poder de los

coordinadores estratégicos se manifiesta, fundamentalmente, en su capacidad para diseñar y mercadear los productos turísticos. En otras palabras, la actividad de los coordinadores estratégicos no se produce a nivel de la «manufactura» *in situ* del producto turístico.

4.Aunque el sistema productivo del turismo abarca la utilización de una gama relativamente amplia de activos —incluyendo tecnología, *know how* y recursos financieros—, la oferta *in situ* del producto turístico es un segmento cuya actividad se basa en la utilización intensiva de fuerza de trabajo (trabajadores de servicios), de recursos naturales (el clima y otras condiciones naturales) y de activos culturales. La oferta *in situ* del producto turístico no es, sin embargo, uno de los segmentos más redituables de las redes globales del turismo, sino por lo general un segmento altamente dependiente y con poco poder de negociación respecto a los coordinadores estratégicos.

5.Las redes turísticas son sistemas altamente competitivos, tanto entre sus diferentes segmentos como dentro de estos; por esa razón, son redes relativamente inestables susceptibles de modificaciones y de reconfiguraciones. Esto crea oportunidades para el movimiento «hacia arriba» (de firmas y de países) en el contexto de esas redes. En otras palabras, la estructura relativamente fluida de las redes del turismo establece la posibilidad de «avanzar» hacia los segmentos relativamente más concentrados del sistema, donde existen barreras de entrada que establecen tasas de rentabilidad más elevadas. En general, la superación de esas barreras

supone un proceso de aprendizaje no sólo tecnológico, sino sobre todo organizativo.

El conocimiento de los aspectos antes reseñados acerca de las redes globales del turismo permite comprender mejor el importante papel que la cultura puede desempeñar en el avance de los países subdesarrollados dentro de esas redes, o para ser más precisos, facilita el análisis del potencial de la cultura como vector hacia el desarrollo en el contexto de las estrategias que tratan de utilizar el turismo para acceder al desarrollo.

El turismo no conducirá al desarrollo si sus estrategias de expansión se concentran fundamentalmente en los aspectos relativos a su «manufactura» (construcción de hoteles e infraestructura, provisión de fuerza de trabajo y de otros insumos, establecimiento de relaciones con empresas extranjeras, y prestación de servicios de alojamiento y gastronomía). A los efectos del desarrollo que trata de ser promovido mediante el turismo, la cultura pudiera ser el factor que, precisamente, contribuiría a crear una ventaja duradera de países subdesarrollados, pero ricos en activos culturales —como los de América Latina y el Caribe— en el proceso de avanzar, a través de las redes globales del turismo, hacia las modalidades de actividad económica más redituables dentro de esas redes.

En redes globales como la del turismo, las entidades que ocupan el «centro» de las mismas (los turoperadores) son empresas turísticas que no se encargan de la «manufactura» del turismo; es decir, su papel fundamental consiste en

actuar como «coordinadores estratégicos» de la actividad, dejando a otras empresas que «ensamblen» y ofrezcan *in situ* los diversos productos turísticos, un segmento del sistema que, como se ha expresado, no es de los más redituables. No obstante, la «manufactura» *in situ* del producto turístico exige un dominio acerca de cómo hacerlo.

En la medida en que se trate de productos turísticos estandarizados (como la modalidad de «sol y playa»), de fácil reproducción en otros sitios, será menor el control que las empresas que ofrecen directamente los servicios tendrán sobre el proceso, y menores las posibilidades de ascenso por parte de quienes «ensamblan» los productos turísticos. Por constituir la cultura un fenómeno con un fuerte contenido local, muy difícil de ser reproducida (de manera genuina) y con obstáculos a la apropiación de su *know how* por parte de los coordinadores estratégicos de las redes turísticas, la cultura crea, por tanto, oportunidades extraordinarias para que los que «manufacturan» productos turísticos puedan avanzar hacia la oferta de productos turísticos más integrados, e inclusive hacia fases de la actividad turística caracterizadas por mayores posibilidades de aprendizaje organizativo, mayor autonomía relativa, el desplazamiento hacia las esferas de diseño, ercadeo y coordinación, y el establecimiento de los llamados «eslabonamientos hacia delante» que permitan crear una demanda de productos culturales en los mercados de los países emisores de turistas.

La utilización eficaz de la cultura como activo facilitador del ascenso

en el contexto de las redes globales del turismo, puede conducir a una modificación en las relaciones de las entidades locales que ofrecen los servicios *in situ* con los coordinadores estratégicos de las redes. Por una parte, favorece una mayor autonomía relativa de los primeros respecto a los segundos, lo cual es crucial para disponer de un margen más amplio de definición de estrategias turísticas más acordes con las necesidades específicas de desarrollo del país y no solamente como parte de la acumulación global de las industrias culturales.

Por otra, contribuye a acercar las estructuras organizativas, funciones y capacidades de las entidades locales a las de los coordinadores estratégicos de las redes, es decir, tiende a crear vínculos entre ambos de una naturaleza muy distinta a los existentes entre los «ensambladores» típicos de turismo y los coordinadores estratégicos de las redes.

Cultura y diseño de estrategias y políticas turísticas. Reflexiones y propuestas

El turismo es, en cualquiera de sus modalidades, una industria cultural; pero el hecho de que en el diseño y aplicación de las estrategias de expansión turística en América Latina y el Caribe predomine, en la práctica, una noción estrechamente económica sobre la naturaleza de la actividad crea problemas de diverso tipo. Las concepciones prevalecientes en la actualidad limitan la posibilidad de adoptar políticas que refuercen los efectos positivos del turismo sobre el desarrollo, a la vez que hacen muy difícil contrarrestar sus consecuencias negativas. Además,

imponen una noción distorsionada sobre la naturaleza de la actividad turística, que erosiona no solamente el avance balanceado de ese sector, sino que tiene un efecto devastador sobre las perspectivas de afianzamiento de componentes claves del desarrollo humano.

El necesario avance hacia la definición de estrategias y de políticas coherentes y efectivas es un proceso complejo. Se precisa una revisión conceptual a fondo de las premisas en que se basan las políticas, una redefinición de las áreas prioritizadas que deben atenderse, y establecer un enfoque que permita la acción coordinada de un conjunto amplio de instituciones, entre las cuales deben desempeñar un importante papel las culturales y las entidades locales. Sin embargo, sobre todo se necesita de la aplicación práctica de las nuevas políticas.

Es interesante constatar cómo a pesar de que estas consideraciones conceptuales son ampliamente compartidas a nivel intelectual y declarativo, y de que existen suficientes esquemas teóricos y planes respecto al diseño de un turismo sustentable en sus aspectos económicos, socioculturales y ecológicos, en realidad muy pocos esfuerzos serios se han materializado para aplicar esos esquemas.

Desde la perspectiva del diseño y aplicación de estrategias y políticas de desarrollo turístico en América Latina y el Caribe, es importante tomar en consideración una serie de premisas relevantes:

- El turismo es una institución cultural en sí misma, funciona como un requerimiento social de

amplios sectores de la población mundial.

- El turismo es una de las mayores industrias culturales.
- El turismo no es una actividad económica pura. Sus determinaciones esenciales son de tipo sociocultural. Turismo y cultura son interdependientes y se refuerzan (o debilitan) mutuamente. La fragilidad cultural afecta, a la larga, al turismo. Este no debe ser percibido en sí mismo ni como una panacea respecto a la solución de los problemas del subdesarrollo ni como una fuerza destructiva que, indefectiblemente, arrasa con la diversidad y la identidad de los pueblos.
- El reforzamiento de la identidad cultural, que bajo ciertas condiciones también es favorecido por el turismo, puede actuar como un poderoso antídoto frente a los efectos homogenizadores de la globalización.
- El turismo internacional es reconocido como uno de los mayores y más dinámicos sectores de la economía global, y es también el mayor vehículo de relaciones interculturales que haya existido jamás. En su condición de necesidad social institucionalizada, constituye una actividad de carácter básicamente irreversible, al menos en cuanto a su escala. Por esa razón, las aspiraciones y esfuerzos por aislarse o marginarse del turismo serán, a la larga, infructuosos y pueden ser contraproducentes. En términos de las estrategias y políticas alternativas, de lo que verdaderamente se trata no es de evadir o restringir el turismo, sino tratar de modificar las premisas y códigos de su funcionamiento en beneficio del desarrollo humano.
- El diseño, aplicación y control de las estrategias y políticas del turismo exigen la adopción de un enfoque interdisciplinario.
- Las estrategias y políticas no serán coherentes ni efectivas si no se sustentan en la cooperación entre los diferentes actores. Dada la complejidad del sistema del turismo, los actores individuales —por poderosos que sean— no serán capaces de aplicar por sí mismos el tipo de política integral que requiere el funcionamiento de un turismo compatible con el desarrollo humano.
- La naturaleza sociocultural del turismo requiere que la restauración del patrimonio, el mantenimiento de la creatividad cultural, y la preservación ecológica sean principios ineludibles que deben ser tenidos en cuenta en el diseño de las estrategias y políticas turísticas.
- Las políticas turísticas deben estar articuladas con los sistemas nacionales de cultura.
- Las diversas formas de la cultura y el patrimonio cultural (físico e intangible) no pertenecen solamente a un grupo social o a una nación determinada, sino a toda la humanidad y, por tanto, implican la existencia de un derecho universal —facilitado por el turismo— de conocerlos y disfrutarlos, pero a la vez entrañan una responsabilidad de preservar y de enriquecer la cultura y el diálogo. Ello compete a todas las partes involucradas en la actividad turística: turistas, empresas, gobiernos, y población receptora.
- La expansión del turismo no debe conducir a patrones culturales «desestructurados» por parte de los turistas que conduzcan al choque cultural con la población local. No es aceptable que la «necesidad institucionalizada»

que representa el turismo en los países desarrollados, conduzca a la transformación de los destinos turísticos ubicados en países en desarrollo en «satélites recreativos».

- No son aceptables las consecuencias negativas que para la dignidad humana (de los turistas y de la población local) puedan derivarse de determinadas «necesidades» del negocio turístico.

Por otra parte, las estrategias de expansión del sector turístico deberían identificar con precisión algunas áreas cruciales que deberían atenderse:

1. Necesidades y tensiones que plantea la mercantilización del ocio en condiciones de una expansión del turismo que hace énfasis en lo cultural.
2. Requerimientos específicos de la mercantilización del espacio en condiciones de una expansión del turismo que hace énfasis en lo cultural.
3. Posibilidades que introduce el mayor énfasis en lo cultural en el contexto de la competencia territorial a nivel del proceso de la acumulación global.
4. Importancia de la dimensión cultural del turismo en el funcionamiento de mecanismos de supervivencia y de adaptación de sociedades agroindustriales en transición.
5. Función de lo cultural en la agregación y multiplicación del valor de la actividad turística.
6. Función de lo cultural en el proceso de «avance económico» [*upgrading*].

Propuestas en acción

Las propuestas que se indicarán a continuación no constituyen un inventario exhaustivo de las sugerencias posibles, sino solamente un listado de carácter preliminar de las acciones concretas que deberán adoptarse. Un primer grupo de propuestas se refiere a medidas que pudieran ser tomadas a nivel nacional o de espacios subnacionales, mientras que el segundo grupo aborda posibles iniciativas a nivel internacional, particularmente aquellas ubicadas en el ámbito de las relaciones entre la UNESCO y los Estados miembros.

Acciones a nivel nacional o subnacional

1. Promoción del turismo interno como mecanismo de formación cultural, de educación, y de reconocimiento y reflexión sobre la identidad. Se le concedería prioridad a los programas especialmente dirigidos a la infancia y la juventud.
2. En los casos de países multiculturales, establecimiento de propuestas turísticas de intercambio cultural y de visitas mutuas.
3. Incrementar el contenido de la cultura y de la historia de los pueblos en la imagen que se proyecte sobre los destinos turísticos, aceptando el reto de la competencia con otros destinos culturales «fuertes» y abandonando la práctica autolimitada de privilegiar la promoción dirigida hacia la creación de demanda para ofertas turísticas apoyadas, casi exclusivamente, en la utilización de recursos naturales. Pudiera establecerse como normativa que todos los materiales de publicidad

turística deberían identificar un tema cultural.

4. Avanzar hacia una mejor definición del complejo tejido institucional que debería estar encargado de las estrategias y políticas del turismo, concediéndole un papel de liderazgo a los Ministerios de Cultura o instituciones equivalentes, así como a entidades representativas de los niveles locales.
5. Introducir en el planeamiento de la actividad turística instrumentos que han demostrado ser efectivos en otros ámbitos de la identificación de las fortalezas locales y de políticas competitivas efectivas de entidades territoriales de nivel subnacional. Estimular, en particular, la utilización de técnicas participativas —como, por ejemplo, la Evaluación Participativa de la Ventaja Competitiva [*Participatory Assessment of Competitive Advantage, PACA*].
6. Establecimiento de un Código de Ética que defina responsabilidades sociales y culturales para la población local, los turistas y la industria turística en general.

Iniciativas a nivel internacional

Como se trata de un tema en que por su escala, complejidad y dinamismo, las acciones aisladas son ineficaces, cobra particular relevancia el concepto propugnado por la UNESCO de establecer alianzas estratégicas con otras instituciones y actores de muy diversa índole. Además de los Estados miembros, la UNESCO ha avanzado en la participación de múltiples instituciones en iniciativas internacionales sobre el tema de turismo, cultura y desarrollo.

Entre las propuestas de acción de mayor inmediatez que pudieran ser tomadas a nivel internacional en el contexto de las alianzas estratégicas que promueve la UNESCO, estarían las siguientes:

1. Organización de conferencias internacionales y seminarios sobre temas de turismo, cultura y desarrollo.
2. Organización de seminarios regionales.
3. Encadenamientos entre subregiones siguiendo el rastro temático de las rutas e itinerarios culturales —por ejemplo, la Ruta Maya y la Ruta del Esclavo—, de manera que se permita combinar el estudio de la historia y del patrimonio cultural con la promoción de estos a través del turismo.
4. Auspicio, junto a otras instituciones internacionales, de la convocatoria de un Proyecto Universitario (de investigación y docencia) sobre Paisaje Cultural y Turismo en América Latina y el Caribe.
5. Realización de programas para el desarrollo de turismo cultural en sitios en los que el turismo cultural pudiera reactivar comunidades deprimidas cuya reanimación pudiera tener relevancia especial desde el punto de vista cultural —por ejemplo, comunidades indígenas.
6. Programas para la recepción y manejo adecuado de turistas en los sitios de la región registrados como Patrimonio de la Humanidad.
7. Estimular la cooperación entre universidades dentro del marco del Programa de Cátedras UNESCO para el estudio del turismo, particularmente en u relación con la cultural y el desarrollo. Como parte de esta cooperación, pudieran realizarse programas de

entrenamiento —especialmente para funcionario y líderes comunitarios— en el área de planeamiento y administración turística.

8. Promoción de la idea de crear un Código de Ética Universal para los operadores de turismo.
9. Recopilación y divulgación de un inventario de casos en los que las políticas turísticas han tenido un efecto positivo sobre la cultura y el desarrollo humano.
10. Evaluar la posibilidad de establecer una norma internacional de calidad del producto turístico que sea definida y otorgada por la UNESCO, y que cuente con reconocimiento universal. Pudiera desempeñar una función similar a la del sistema de clasificación actual para los hoteles, y al igual que este, la norma UNESCO crearía un estímulo comercial entre las empresas del turismo para que aceptaran —y eventualmente invirtieran recursos en— una serie de principios postulados por la UNESCO.

Notas

¹ UNESCO, *Nuestra diversidad creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo*, Ediciones UNESCO, México D.F., 1997.

² Peter Keller, «General Trends in Tourism Today», en UNESCO, *Proceedings of a Round Table on Culture, Tourism, Development: Crucial Issues for the XXIst Century*, París, 26-27 de junio de 1996, CLT/DEC/SEC-1997, París, p. 13.

³ Georges H. Cazes, «The Growth of Tourism in the Developing Countries», en UNESCO, *Proceedings of a Round Table...*, ob. cit., p. 24.

⁴ Ibidem y World Tourism Organization, *Internacional Tourists Arrivals*, junio de 2002, www.world-tourism.org.

⁵ Peter Keller, ob. cit.

⁶ Georges H. Cazes, ob. cit., p. 25.

⁷ World Tourism Organization, ob. cit.

⁸ World Tourism Organization, *Travel Latin America. 2000*, www.world-tourism.org.

⁹ World Tourism Organization, ob. cit.

¹⁰ Asociación de Estados del Caribe, *Memorandum de entendimiento para el establecimiento de la zona de turismo sustentable del Caribe*, Santo Domingo, República Dominicana, abril de 1999.

¹¹ UNESCO, *Turismo cultural en América Latina y el Caribe*, Ediciones UNESCO, La Habana, 1996.

¹² Un interesante y bien documentado caso de estudio crítico sobre el turismo en el Caribe insular es el libro de Polly Patullo, *Last Resorts. The Cost of Tourism in the Caribbean*, Cassell ellington House, Londres, 1996.

¹³ Thea M. Sinclair, «Tourism and Economic Development: A Survey», *The Journal of Development Studies*, v. 34, n. 5, junio de 1998, Frank Cass, Londres.

¹⁴ V.S. Naipaul, *The Middle Passage*, Londres, 1962; y Jamaica Kincaid, *A Small Place*, Londres, 1988.

¹⁵ Frans Schouten, «Tourism and Cultural Change», en UNESCO, *Proceedings of a Round Table...*, ob. cit., p. 53.

¹⁶ Jafar Jaffari, «Tourism and Culture: An Inquiry into Paradoxes», en UNESCO, *Proceedings of a Round Table...*, ob. cit., p. 43.

¹⁷ Ronald G. Parris, «Tourism and Cultural Interaction: Issues and Prospects for Sustainable Development», en UNESCO, *Proceedings of a Round Table...*, ob. cit., p. 48.

¹⁸ Federico Mayor, «Prólogo», *Turismo cultural en América Latina y el Caribe*, ob. cit., p. 8.

¹⁹ S. Britton, «Tourism, Capital and Place: towards a Critical Geography of Tourism», *Society & Space*, v. 9, n. 4, Pion Ltd., Londrs, 1991; C. Rojek, *Capitalism and Leisure Theory*, Tavistock Publications, Andover, 1985; J. Urry, «The 'Consumption' of Tourism», *Sociology*, v. 24, n. 1, pp. 23-5.

²⁰ S. Britton, ob. cit.

²¹ D. Foster, *Travel and Tourism Management*, Macmillan, Londres, 1995; J. Holloway, *The Business of Tourism*, Pitman, Londres, 1986; y A. Hodgson, comp., *The Travel and Tourist Industry: Strategies for the Future*, Pergamon Press, Oxford, 1987.

La Habana se rehace con plusvalías urbanas

RICARDO NÚÑEZ FERNÁNDEZ

Economista.

Oficina del Historiador de la Ciudad

CARLOS GARCÍA PLEYÁN

Sociólogo.

La década de los 90 representa para los planes de desarrollo en Cuba un momento de ruptura con patrones anteriores, así como la introducción, con cierta urgencia, de nuevos mecanismos que permitan salvar la debilitada economía nacional. Las reformas instrumentadas desde entonces han generado un ambiente institucional conducente a la búsqueda de la eficiencia económica, con el objetivo de insertar al país en el mercado mundial. Sin embargo, la economía cubana no ha dejado de enfrentar grandes dificultades que perjudican seriamente la capacidad de mantener y ampliar los niveles de vida de la población, la calidad de los servicios públicos y sociales, y el desenvolvimiento eficaz de la mayoría de los programas económicos y urbanos.

Entre las proyecciones de la política económica actual se destacan el desarrollo de las inversiones con capital extranjero, la introducción de nuevas formas de propiedad, la creación de zonas libres de impuesto aduanal, la adopción de teorías y prácticas propias del mercado y la apertura de oficinas de representación de bancos internacionales. Estos cambios también han repercutido en el entorno urbano, lo cual se aprecia en el incipiente desarrollo de un mercado inmobiliario. El hecho de que el gobierno sea el propietario mayoritario de la tierra, influye notablemente en la estrategia cubana para promover negocios con inversionistas extranjeros.

El paisaje actual y el suelo como recurso fundamental

El nuevo tratamiento otorgado a las inversiones ha obligado a la determinación del valor de los bienes patrimoniales que se involucran en los proyectos, ya sea el suelo o las edificaciones, fundamentalmente como aporte tangible de la parte cubana al negocio, o como fuente de ingreso para el país. El suelo, en particular, ha comenzado a vislumbrarse como uno de los recursos que más posibilidades ofrece a las autoridades gubernamentales, tal vez las mejores en el contexto actual, a pesar de estar afectado por la precaria situación del patrimonio

construido y por la obsolescencia tecnológica de las instalaciones y la infraestructura existente.

Cerca del 80% de las construcciones más recientes del país ha estado vinculado, directa o indirectamente, con los sectores turístico e inmobiliario.¹ Algunos estimados indican que la tierra estatal y los edificios dedicados a estas funciones superan los 700 millones de dólares,² cifra que constituye la contribución de los socios cubanos relacionados con entidades extranjeras. Un aspecto muy significativo de todo este proceso es que estas tasaciones se han determinado sin la existencia de un mercado oficial de la tierra.

Las transacciones financieras efectuadas en los últimos tiempos —que involucran tanto al suelo como a los inmuebles— rompen con la práctica histórica impuesta en el país desde 1959, según la cual la tierra era entregada en dos formas fundamentales, como libre usufructo para usos sociales, mientras que para el resto de las operaciones se fijaba un precio fijo de cuatro pesos cubanos el metro cuadrado, sin considerar su localización ni los atributos espaciales del sitio.

Estas modificaciones han provocado un interesante debate entre planificadores, gestores, empresarios y políticos, fundamentalmente en lo referido al contexto financiero, legal e institucional que deberá articular los nuevos enfoques e instrumentos introducidos. Por otra parte, con frecuencia los principales análisis previos a los proyectos se han enfocado desde la eficiencia financiera y no desde la perspectiva de la planificación económica, instrumento dominante en décadas precedentes.

De todo lo anterior se desprende que en Cuba, se está realizando una práctica muy particular para lograr un mejor desempeño financiero del suelo y las edificaciones como parte de los programas de regeneración urbana. Si bien se ponen de manifiesto aspectos similares a otros procesos en el mundo, no deja de haber cierta atipicidad e incertidumbre en este caso, debido a las particularidades económicas y políticas de la experiencia cubana.

El suelo en Cuba proporciona financiamiento para el desarrollo económico

El suelo es, hasta el momento, el principal aporte al capital social de las entidades estatales cubanas en aquellos desarrollos que se emprenden con inversionistas extranjeros. El tema se puede ilustrar a partir de VanCuba Holdings S.A., empresa canadiense; y DTB S.A., entidad mixta conformada por empresarios españoles, todas ellas asociadas con el gobierno cubano para el desarrollo de grandes proyectos hoteleros. La contribución de la parte cubana es esencialmente la tierra, valorada como el 50% del valor de la inversión, mientras que las compañías extranjeras deberán aportar un capital propio en *cash*, equivalente al aporte de suelo, estimado para estos casos en unos 400 millones de dólares.

El arrendamiento de la tierra por períodos largos, para usos comerciales y de oficinas, se destaca como otra importante fuente de ingresos que proporciona financiamiento. Esta modalidad tiene preferencia sobre otras, porque la venta de la tierra o su consideración como propiedad con

la totalidad de los derechos reales sobre el suelo sólo se hace posible en casos excepcionales. Los términos del arrendamiento se negocian sobre la base del valor específico del suelo, y en caso de ser aceptado por todas las parte, e establece un período de vigencia del mismo, que en el caso de la Empresa Mixta se fija por veinticinco años, pudiendo ser alargado por otros veinticinco años, siempre que las partes involucradas acepten los términos establecidos en la nueva negociación.

Otra alternativa es el alquiler directo de la tierra en las zonas francas. Cerca de trescientos operadores de empresas privadas o público-privadas se han establecido en las dos zonas francas que están en desarrollo en la Ciudad de La Habana.

Finalmente, se destacan los beneficios generados, y ampliamente subsidiados, a partir del valor añadido al suelo. En este caso se incluyen el nuevo aeropuerto internacional de La Habana, la instalación del sistema de telefonía digital, la ampliación de los servicios de gas doméstico, así como la mejora de la red de acueductos y los proyectos de rescate del Parque Metropolitano. El valor adquirido por el entorno urbano como resultado de esas inversiones es reconocido por el universo empresarial y doméstico cubano; de ahí que se incrementen los incentivos por emplazar oficinas e iniciar acciones comerciales en las zonas beneficiadas. Para los propietarios de viviendas, estos beneficios se adicionan inmediatamente al valor del inmueble, aspecto que se refleja en el aumento de las rentas a terceros y en el valor de los inmuebles en las operaciones de permuta.

El Centro Histórico Habana Vieja

Uno de los objetivos principales del momento consiste en dinamizar, principalmente, las zonas consideradas de alta centralidad. Este retorno a la ciudad tradicional ocurre, además de por la vigencia internacional del tema, por diversas razones culturales —incluidos los valores patrimoniales— y por otros aspectos de índole económica y social. Prevalece la intención de favorecer la mezcla de funciones —entre ellas las comerciales, gastronómicas, administrativas y residenciales—, para asegurar la vitalidad, variedad funcional y social y generar altas rentabilidades.

Este proceso de recuperación de los centros urbanos se viene manifestando en algunas ciudades del interior del país como Santiago de Cuba, Cienfuegos, Camagüey y Trinidad, aunque la experiencia más relevante es la de la capital del país. El Centro Histórico Habana Vieja está siendo un laboratorio formidable, un ensayo único dentro de la práctica cubana. En este caso, aparece la voluntad política del gobierno del país como un elemento esencial que permite un conjunto de transformaciones legales, económicas, institucionales y de gestión, para impulsar una política integrada de regeneración urbana.

Este artículo pretende presentar la experiencia que desarrolla la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHC), y enfatiza los *nuevos procesos* de gestión que están siendo aplicados. Identifica las modalidades y los mecanismos utilizados para activar y capturar plusvalías, y presenta el análisis de casos que ilustran un proceso de regeneración cuyos efectos ya se

traducen en la revalorización del patrimonio, así como en la activación de volúmenes y flujos financieros que dan continuidad a este relevante proceso. Por esta razón, se dedicará un espacio al análisis de esta problemática, sus puntos débiles y sus fortalezas.

De los orígenes a la actualidad

La Habana fue fundada hacia 1515 en la costa sur de Cuba. Desde mediados del siglo XVI y hasta finales del XVII, la villa fue reconocida como «llave del nuevo mundo y antemural de las Indias Occidentales», por su estratégica ubicación geográfica. En 1592 alcanzó el título de ciudad y en 1607 el de capital del país, pero no fue hasta finales del siglo XVII que se produjo un verdadero auge de la actividad constructiva en las esferas militar, religiosa y civil.

Desde una etapa temprana, el crecimiento de la villa exigió la jerarquización de los principales espacios públicos. Las funciones militares, administrativas, religiosas y comerciales quedaron claramente ubicadas y se promovió una mejor correlación entre estas, particularmente en la parte de la ciudad limitada por las murallas. La anticipada definición de la ubicación y usos de las diversas plazas y otros espacios abiertos, la dirección del crecimiento citadino, la estratificación social y funcional, fueron interesantes y válidos intentos de «planificar su desarrollo»³ desde fechas muy tempranas.

Con su pujante desarrollo económico —en lo que desempeñó un papel importante el crecimiento de la producción de azúcar—, en la

ciudad se fue erigiendo un conjunto de hermosos palacios, mansiones señoriales, iglesias y otros preciados inmuebles; también se consolidó una variedad de espacios urbanos de alta calidad estética y funcional que hicieron de La Habana una urbe muy particular.

La riqueza de estos valores patrimoniales y urbanos determinó que en 1982 la UNESCO declarara a La Habana Vieja y al Sistema de Fortificaciones, Patrimonio Cultural de la Humanidad. Desde ese momento se han acelerado los procesos de restauración y conservación, con la intención de «fortalecer la multiplicidad de funciones que lo han caracterizado e impedir que el Centro Histórico se convierta en un barrio-museo».⁴

Con unos 4,5 km², unos 100 000 habitantes, unos 4 000 edificios y su Centro Histórico con 2,1 km² aproximadamente y unos 70 000 habitantes, La Habana Vieja ha sido objeto de estudios y sucesivos análisis con el fin de conservar su patrimonio, asegurando así la protección del fondo edificado, el reconocimiento del valor excepcional de este espacio urbano, la defensa del uso residencial predominante y el interés de reivindicar esta zona como un centro urbano por excelencia.

La Oficina del Historiador de la Ciudad se creó como institución en 1938, con una vocación esencialmente histórica y cultural. Desde sus inicios, encaminó sus objetivos de trabajo a divulgar los valores del entonces municipio de La Habana, la zona más importante de la actual Ciudad de a Habana, y se dedicó a dar a conocer los principales acontecimientos históricos ocurridos en esta urbe.

Desde finales de los años 80 la OHC inició una labor que supera ampliamente el alcance del trabajo desarrollado hasta ese momento. Comenzó a incursionar en el proceso de movilización de esfuerzos institucionales y recursos financieros con el fin de revertir el estado crítico de un conjunto de inmuebles de alto valor patrimonial. A partir de esta práctica, se dedicó a expandir sus acciones rescate del fondo construido. Aunque no dejó de contar con el reconocimiento del gobierno, que brindó su apoyo a los trabajos de rescate y conservación, los limitados recursos financieros y la falta de comprensión por parte de algunas instancias económicas y políticas, fueron contratiempos que frenaron el desarrollo más amplio de esta institución en los primeros tiempos.

La crisis de los 90 hizo evidente que el proyecto de restauración del Centro Histórico no podía mantenerse solamente sobre la base del presupuesto asignado por el Estdo cubano y de las donaciones recibidas de instituciones internacionales. Se posibilita así un momento extraordinariamente relevante para el Centro Histórico. La OHC logró la disposición de un Decreto-Ley, adoptado por el Consejo de Estado en 1993.

Este Decreto-Ley Número 143 otorga a la OHC la jerarquía adecuada con el objetivo de permitirle la obtención de recursos financieros.⁵ Se autoriza la puesta en práctica de métodos financieros que garanticen el trabajo de restauración; el fomento de fuentes propias de financiamiento; la apertura y operación de cuentas bancarias en moneda nacional y libremente convertible; el derecho de exportación e importación de

suministros y equipos; la ejecución de diversas operaciones mercantiles; la formalización de convenios; así como la recepción y destino de las donaciones para la restauración y para proyectos sociales.

La actuación de esa entidad puede ser ejercida tanto en el Centro Histórico como en otras zonas y espacios urbanos priorizados para la conservación. Además, determina impuestos y contribuciones de las entidades empresariales enclavadas en la zona —que no están subordinadas a dicha entidad— para contribuir al desarrollo de sus objetivos. Se le confiere la potestad de diseñar y consolidar el andamiaje institucional capaz de llevar a cabo las tareas que se propone.

En la actualidad, la OHC tiene más de ocho mil trabajadores y un complejo sistema institucional que abarca direcciones técnicas y culturales, empresas, grupos inversionistas y un equipo de planeamiento. Todas estas entidades enfrentan el reto de completar satisfactoriamente más de trescientas obras de rehabilitación.

Nuevos usos para espacios añosos

El manejo del suelo a partir de la modificación de los usos existentes y la asignación de otros nuevos, ha favorecido notablemente la regeneración urbana y la generación de plusvalías en diferentes zonas de La Habana Vieja. Entre otros aspectos, ha permitido que se reconozcan y eleven las rentas urbanas, el incremento y la rotación de flujos monetarios, la consolidación de procesos de aglomeración o

clusters, la modificación de las densidades e intensidades de uso y la recuperación de la imagen de inmuebles y espacios abiertos.

El Paseo del Prado es uno de los sitios donde se está iniciando un proceso de regeneración de los inmuebles y del espacio público. en esta zona existen bondades inherentes al sitio, funcionales y económicas, que resultan sumamente atractivas para restablecer, a corto y mediano plazo, usos de carácter terciario y concentrar la suficiente cantidad de recursos financieros e inversionistas para poder acometer en un mediano plazo, su transformación integral.⁶

Actualmente existen señales muy evidentes del dinamismo financiero que ha adquirido este entorno. En los alrededores del Parque Central, y particularmente en la popular esquina del Paseo del Prado y la calle Neptuno, se ha consolidado un *cluster* hotelero de alto estándar con una capacidad habitacional de quinientas habitaciones. Se destacan instalaciones como los hoteles Inglaterra, Plaza, Sevilla, Telégrafo y Parque Central, y se avanza en la preparación y potencial ejecución de las inversiones del Apart-hotel Parque Central, Sloppy Joe's, el Gran Hotel y el Saratoga Palace.

Según algunos expertos, el valor de los lotes en esta zona puede oscilar entre 400 y 500 dólares el m², cifra que equivale a las dos terceras partes del lote urbano de más alto valor en la Ciudad de La Habana.⁸ Estos hoteles alcanzaron en el año 1998 ingresos superiores a los 9 millones de dólares, con un nivel de ocupación que promedió el 70%. Estos indicadores se afectaron después de la caída de las Torres

Gemelas de Nueva York, pero las instalaciones de la compañía Habaguanex S.A. han manifestado una franca recuperación al cierre del 2002, con un 73% de ocupación y más de 70 millones de dólares ingresados.

Se evidencia la tendencia a favorecer, hasta el momento, el proceso de cambios de usos con una fuerte presencia de los usos terciarios e inmobiliarios generadores de rentabilidades, tal como se tiene previsto en el Planeamiento elaborado para el área. En líneas generales, se pretende que la rentabilidad de las actividades terciarias favorezcan a las de carácter residencial.

Otra franja de considerable interés es la que abarca las principales plazas coloniales, conectadas entre sí por la calle Mercaderes. En esta zona se viene produciendo, principalmente en el transcurso del último lustro del siglo XX y hasta nuestros días, un acelerado proceso de rehabilitación de inmuebles a partir de la modificación de los usos del suelo. En el Cuadro 1 se expone de forma agregada la modificación de los usos del suelo según área construída que registran los lotes ubicados en este sitio.

El proceso de rehabilitación emprendido se propone eliminar la precariedad de la vivienda popular, así como rellenar los solares yermos o parcialmente derrumbados con edificios de nueva planta. Por otra parte, se reduce a cero la función de talleres y almacenes, que representaban el 38% del uso del suelo construído a inicios de los años 90. Se ha favorecido el crecimiento de las funciones socioculturales, el hospedaje, la gastronomía y la vivienda turística inmobiliaria, que

actualmente superan el 45% de la distribución de usos del suelo.

El 21% de los usos corresponde a servicios socioculturales, representados por museos, galerías y casas-museo. A pesar de la variedad de temas que los distinguen, consideramos que en este corredor existe una saturación de esa función en el área. Estas instituciones brindan algunos servicios gratuitamente o a precios asequibles a la población; también ceden parte de sus espacios como aulas

permanentes asociadas con escuelas primarias y secundarias de la zona. Sin embargo, algunas son fuentes generadoras de ingresos en moneda dura, en lo que se destaca el Museo de la Ciudad y el del

Automóvil. Entre ambos superaron, en 1997, el millón de dólares por el cobro de entradas a los visitantes y otras prestaciones, comportamiento que se mantiene durante los últimos dos años.

El 24% corresponde a los ya mencionados usos hoteleros y comerciales a partir de los cuales se intenta complementar la dinámica y los atractivos del entorno de la calle Mercaderes. Las rentas hoteleras y los crecientes ingresos que

registran las funciones comerciales establecidas en la zona han favorecido el desarrollo de nuevos hostales, *boutiques* y otros servicios, por lo cual se espera, a mediano plazo, un mejor equilibrio funcional que permita una mayor eficiencia en la zona, con una intensidad de uso mejor repartida en las 24 horas.

Los espacios administrativos y de oficinas representan el 11,4% del uso actual. Estos usos, aunque discretos, revitalizan el área en los horarios diurnos, pero al igual que en las funciones socioculturales, la calidad funcional decae en los horarios nocturnos.

Algunos estimados indican que los locales de oficinas podrían alquilarse a un precio que oscila entre 10 y 20 dólares

m² al mes, lo cual muestra un reconocimiento de las rentas que allí pueden obtenerse. Sin embargo, la mayor parte de los edificios están ocupados por entidades pertenecientes a la OHC o entidades estatales cubanas y, por tanto, estos espacios no general suficientes ingresos que repercutan en el esfuerzo de ampliar las acciones de Rehabilitación.

Cuadro 1.
Distribución estimada de usos del suelo (%)

Usos del suelo	Anterior	Actual
Hospedaje	2,79	14,12
Comercio y gastronomía	3,49	10,68
Vivienda social	19,53	26,03
Vivienda precaria	25,39	0,00
Vivienda turística	0,00	3,93
Administrativo	20,86	,42
Sociocultural	9,54	21,65
Talleres y almacenes	8,23	0,00
Servicios sociales	3,46	8,13
Deporte	0,00	0,00
Yermo o cerrado	4,33	0,00
Uso exclusivo	0,00	0,00
Áreas verdes	0,00	1,96
Estacionamiento	2,37	2,09
Total	100,00	100,00

El actual comportamiento de los inmuebles dedicados al alojamiento y otros servicios para el turismo, indica que las rentas y niveles de ingresos podrían aumentar progresivamente. En la actualidad, las 56 habitaciones existentes y los servicios prestados por las dos instalaciones hoteleras ofrecen cifras que superan los 2 millones de dólares al año.

Con la exitosa apertura del Hotel Ambos Mundos, en 1996, con precios que promedian los 80 dólares la noche, se tomó la decisión de poner en explotación dos nuevos hoteles, de categoría cuatro estrellas, en las inmediaciones de la zona. Resulta interesante constatar la repercusión generada por la rehabilitación y la elevación de los estándares de algunas edificaciones en cuanto a la determinación de flujos financieros y la activación de rentas. El Hotel Ambos Mundos era utilizado por el Ministerio de Educación como alojamiento temporal para sus funcionarios. Durante esa etapa el edificio no reportó ganancias, puesto que no era el interés de la institución. En la actualidad, el hotel ingresa un promedio anual de 1 200 000 dólares.

Un caso muy ilustrativo es el Hostal Conde de Villanueva, de categoría cuatro estrellas y con once habitaciones, cuyos ingresos superaron en 1998 los 900 000 dólares. Este edificio era anteriormente una ciudadela o casa de vecindad en pésimo estado técnico, donde muchas personas habitaban en condiciones de hacinamiento. Como dato de interés, se destacan los avalúos realizados en los últimos dos años a lotes libres en esa área, que registran un valor del suelo que

oscila alrededor de los 300 dólares el m².

Plusvalores creados y artifices del proceso

Debatir los mecanismos de captura de la plusvalía supondría admitir dos consideraciones en apariencia evidentes, pero que en el contexto cubano no lo son: en primer lugar, que existe la mencionada plusvalía y, en segundo, la actuación de mecanismos de captura. ¿Es ello realmente así?

Si se considera como plusvalía la valorización de un capital inmobiliario, podría responderse en primera instancia que esta no existe, por la sencilla razón de que desde el inicio del proceso revolucionario en Cuba se abolió la especulación inmobiliaria y desapareció el mercado del suelo. Se fijó un precio unitario estándar para cualquier superficie urbana, independientemente de su localización y características, y el Estado nacionalizó una proporción mayoritaria del suelo del país.-

Sin embargo, si se miran las cosas un poco más de cerca, comienzan a aparecer realidades menos simples. En los últimos años se han estado verificando procesos de creciente diferenciación urbanística entre zonas de la capital debido a las inversiones hoteleras e inmobiliarias que mueven capitales, para asegurar espacios de apreciable calidad urbana y —si bien en menor medida— una infraestructura urbana aceptable.

Por otra parte, el Estado ha comenzado a activar rentas «dormidas» por el mero hecho de considerar el suelo como un activo económico en asociación con capital extranjero en empresas

turísticas e inmobiliarias mixtas. Ello hace que el análisis de la generación y recuperación de plusvalías urbanas adquiera una relevante importancia en la planificación, regulación y gestión del suelo urbano. ¿Cómo se manifiestan esas plusvalías?

Generación y apropiación de plusvalías

Una forma de enfocar el asunto puede consistir en identificar la plusvalía como la posible mayor ganancia que pueden obtener las empresas situadas en un territorio donde se produce un proceso de regeneración y revalorización del tejido —por ejemplo, en el entorno urbano de La Habana Vieja—, favorecido por un proceso de cambios de usos e inversiones públicas en infraestructura, entre otros aspectos.

En tal caso, habría que comenzar por identificar los distintos sujetos económicos que se encuentran detrás del abarcador concepto de Estado. De acuerdo con la organización político-administrativa del Estado cubano, en un primer acercamiento podríamos distinguir un sujeto nacional (identificable con el presupuesto nacional o con empresas de ese rango), otro provincial (en el caso de La Habana, cubre toda la zona metropolitana de la ciudad) y otro municipal (mayor que la zona

histórica). Hay que reconocer también como sujeto económico (autorizado a realizar ganancias, cobrar impuestos, efectuar inversiones...) a la OHC y su sistema de empresas.

Ello significa que coexisten y coactúan sobre un mismo territorio cuatro agentes estatales, a los que se podrían añadir los privados, ya sean particulares nacionales (trabajadores por cuenta propia) o extranjeros (en cooperación con capital estatal). Estos seis sujetos tienen intervenciones diversas.

Algunos invierten en el territorio, revalorizan-dolo; otros operan en él aprovechándose de esas revalorizaciones, y la mayoría interviene de las dos formas.

Por último, a los entes económicos antes mencionados posiblemente haya que adicionar uno o dos más, que pueden generar plusvalías sin necesidad de realizar

inversiones económicas: las oficinas de planeamiento de la ciudad y de la zona histórica. Es obvio que regulaciones más o menos permisivas pueden no sólo «crear» o «desaparecer» suelo, al permitir mayor o menor edificabilidad y regular su uso, sino también entorpecer o facilitar el funcionamiento económico de las entidades —productivas o no— de la zona.

Un tema adicional sujeto a indagaciones podría ser el examen de las externalidades negativas que produce el proceso de regeneración

La agenda cubana para el nuevo siglo deberá proponerse, en lo relativo al desarrollo del suelo urbano, el establecimiento de un sistema legal con parámetros bien definidos y la introducción de mecanismos más transparentes en la evaluación del suelo y los inmuebles.

de La Habana Vieja. Poco a poco se van introduciendo acciones y regulaciones tendientes a expulsar de ese territorio todas aquellas actividades consideradas nocivas —es decir, contaminantes, de baja productividad, generadoras de tráfico excesivo, etc.—, hacia otras localizaciones urbanas. De hecho, otros municipios de la capital absorben las actividades erradicadas de la zona y, por lo tanto, se ven obligados a asumir las «minusvalías» urbanas. Ello hay que tenerlo en cuenta también en el balance general.

En ese entramado de relaciones económicas, ¿cuáles son los agentes que intervienen en la transformación, regeneración y equipamiento del territorio del casco histórico de La Habana Vieja, y cuáles los flujos económicos en los que pueden crear y apropiarse plusvalía? El caso de La Habana Vieja se considera una excepción en el escenario nacional, y podría ser a la vez un espacio singular en el ámbito latinoamericano.

En el territorio del Centro Histórico intervienen, por lo menos, cinco sujetos diferenciables en el proceso de aporte de financiamiento al proceso de regeneración urbana. En primer lugar, la OHC, a través de un complejo entramado de entidades económicas —hoteles, restaurantes, cafeterías, comercios, agencias de viajes, inmobiliarias, museos, empresas de taxis, etc.— que producen entre 60 y 70% del capital invertido actualmente en este territorio. Ese capital no sólo proviene de las ganancias de sus empresas, sino también, en cierta proporción, de donaciones, créditos bancarios e incluso del instrumento «contribución a la rehabilitación», que determina una tasa o impuestos sobre las ganancias de empresas

no pertenecientes a la OHC, aunque sí radicadas en el área histórica. De todos modos, el aporte de las empresas propias de la OHC es dominante en sentido general (60%), y en particular constituyen los principales aportes los determinados por la entidad encargada de la operación turística y comercial: Habaguanex S.A.

Un segundo sujeto lo constituye el Gobierno central. Este aporta financiamiento a una serie de infraestructuras urbanas que, indudablemente, repercuten en el mejoramiento de la zona: la rehabilitación y modernización de la red telefónica, la restauración de las líneas del ferrocarril y de la Estación Central, los trabajos de descontaminación de las aguas del puerto, la rehabilitación de la red eléctrica, del gas y el acueducto y la seguridad ciudadana. Al parecer, y paradójicamente, los aportes de los gobiernos de la ciudad y municipal a la rehabilitación del Centro Histórico son mínimos.

Finalmente, hay que tener en cuenta la contribución del capital extranjero, en asociación con el nacional, en empresas inmobiliarias u hoteleras, por ahora de origen únicamente europeo (España, Francia, Gran Bretaña e Italia), aunque todavía sólo hay una instalación en explotación: la de las oficinas de la Lonja del Comercio.

Estos flujos de capital se distribuyen en gastos de operación de la zona y en gastos de inversión, proporcionalmente mayores. La inversión se dedica, casi en su totalidad y en proporciones comparables, a inversiones productivas (55%), a inversiones sociales (42%) —viviendas y servicios— y en una parte todavía muy pequeña a obras de

infraestructura urbana (3%), trabajos asumidos mayoritariamente por el presupuesto central. Sin embargo, durante el 2001-2003 se denota el crecimiento de estas actividades, conectadas con programas nacionales impulsados por la dirección del país.

A su vez, las utilidades están derivadas de los ingresos que genera el entramado económico de la OHC, entradas que crecen a gran velocidad: de unos 4 millones de dólares en 1994 a 50 millones en 1999. Toman los siguientes destinos: el más importante, la reinversión en el propio territorio en actividades productivas y sociales y en algunos subsidios directos a la población residente.

El resto se distribuye en: Gobierno central (no rebasa el 10% de las utilidades); gobierno provincial, por medio de aportes a la rehabilitación de otras zonas de la ciudad —como la del Malecón o restauraciones puntuales, a la red de acueducto, calificación de espacios públicos o en la financiación de la construcción de viviendas para residentes de La Habana Vieja; gobierno municipal, en apoyo financiero directo al presupuesto municipal o en múltiples y diversas colaboraciones con este en los sectores de salud (reconstrucción de un hogar materno), educación (apoyo a la biblioteca municipal), servicios a la vivienda y comunales (sistema de recogida de basuras, suministro de agua), básicamente.

Se constata, pues, un complejo flujo en ambas direcciones entre la OHC y las instancias gubernamentales de los tres niveles administrativos. La OHC reinvierte en la operación e inversiones para el desarrollo de la casi totalidad de sus ganancias y colabora en alguna medida con el

presupuesto estatal, al que le ha aportado valores entre uno y tres millones de dólares. El Estado central aporta, a su vez, algunas cantidades a la zona; pero delega en ella la responsabilidad de su autogestión económica.

Es obvio que en el territorio del Centro Histórico están operando procesos que, ya sea de forma real o virtual, generan considerables y crecientes plusvalías. Es casi imposible que no cree plusvalías un territorio que se rehabilita, restaura y regenera constructiva, social y ambientalmente. Al no existir un mercado de suelo tradicional y reconocido, es muy difícil cuantificar el volumen e impactos de ese proceso. Se requerirían seguramente técnicas de medición indirecta, pero el tema sería lo suficientemente complejo como para requerir una investigación *ad hoc*.

De todos modos, se puede formular la pregunta referida a quién se las apropia. En un primer examen, parecería que, por ahora, las plusvalías se estarían recuperando y reinvertiendo en el mismo territorio. Ahora bien, si se examinan las relaciones económicas entre las distintas empresas de capital estatal —ya sean de subordinación nacional, provincial, municipal o de la OHC— o mixto, donde participa el capital extranjero, pueden crearse asimetrías en sus condiciones de funcionamiento. Por el mero hecho de estar localizadas en la zona histórica, estas empresas se benefician de unas condiciones urbanas que les permiten operar con ventajas respecto a otras. Mientras la plusvalía local esté financiada por ellas mismas, no parecen haber *apropiaciones indebidas*.

Ahora bien, en la medida en que esa proporción se altere en un sentido u otro, será necesario afinar los mecanismos de recuperación de plusvalía. Hoy por hoy, la plusvalía de las empresas no pertenecientes a la OHC es capturada tan sólo por mecanismos de la contribución a la rehabilitación, como un impuesto sobre la renta bruta generada, mientras aquellos ingresos que puedan generar las entidades de la OHC, o bien son reapropiados por el propio sistema o se devuelven al Estado central a través de una contribución fija. Los dos mecanismos tienen limitaciones obvias. El instrumento de la contribución sólo grava las actividades comerciales. La contribución al Estado no está regulada jurídicamente: por ahora es fija, y se ha modificado según pactos formulados entre las dos partes.

Así pues, aun siendo un caso absolutamente *sui generis*, parece que de modo más intuitivo que rigurosamente científico se han ido creando algunos canales de apropiación de plusvalía. Existen, sin embargo, otras posibles vías de apropiación de plusvalía. En primer lugar, vale la pena examinar el caso del capital extranjero invertido en propiedades inmobiliarias. Pero mientras la legislación actual no cambie, en caso de venta el Estado tiene siempre derecho de tanteo, por lo que queda controlada la posibilidad por parte de un privado

Las características del contexto económico, financiero y jurídico nacional [...], así como la excesiva cantidad y diversidad de actores participantes en el proceso, hacen que el estudio y análisis del flujo de generación y captación de plusvalías en esta parte de la ciudad sea particularmente complejo.

de apropiarse de cualquier plusvalía (además de que en el Centro Histórico se aplica la decisión de no admitir la venta).

En segundo, se apropian de plusvalía los propietarios que alquilan inmuebles y elevan sus rentas en función de procesos de regeneración urbana, en los que ellos no aportan nada. Estas no se recuperan, puesto que los impuestos a esas actividades son fijos.

En tercero, es obvio que se apropian de plusvalías aquellos propietarios que en el mercado subterráneo de la permuta exigen cantidades importantes de dinero adicional para realizar el trueque de una propiedad inmobiliaria entre dos barrios de características desiguales. En este caso, se generarían plusvalías como externalidades de los procesos inversionistas públicos o de los que formula la OHC, que serían apropiadas por particulares y quedarían incapturadas por verificarse en un mercado subterráneo, y por lo tanto no reconocido ni regulado oficialmente. Podríamos llamarlas «plusvalías subterráneas». El mercado de la permuta, sin embargo, está extremadamente controlado y limitado en el territorio del Centro Histórico. La única forma de apropiarse de esa plusvalía es de manera subterránea o ilegal.

Modalidades e instrumentos

Se pretenden presentar las modalidades e instrumentos que actualmente se utilizan para favorecer la captura de los plusvalores gestados en el área. Al respecto, habrá algunos mecanismos cuyo reconocimiento resultará similar a los practicados en otras ciudades; sin embargo, aparentemente las diferencias de estos casos radicarán en el montaje legal y en la forma en que se gestiona. Se presentarán prácticas donde no se encontrará similitud con aquellos instrumentos registrados en la literatura especializada. Más bien se trataría de intentos parciales, mutilados o mezclados con otros reconocidos explícitamente.

Una primera vía para captar los plusvalores es el impuesto o contribución que, en nuestro caso, constituye «una modalidad de impuesto sobre la renta de las personas jurídicas [...] conocida como impuesto especial sobre los ingresos brutos provenientes de las operaciones mercantiles de las personas jurídicas».⁹ Este mecanismo se aplica a la diversidad de entidades empresariales y lucrativas no pertenecientes al sistema de la OHC, las cuales están enclavadas dentro del territorio de La Habana Vieja. Los valores fijados establecen que el pago por este concepto afectará 5 y 1% de los ingresos brutos en moneda libremente convertible y moneda nacional, respectivamente.¹⁰

Se declara que la naturaleza de esta contribución es directa, resulta objetiva, grava exclusivamente a la riqueza y es periódica. En sus partes explicativas se definen

aquellos sectores no sujetos al pago del mismo. Se mencionan las entidades presupuestadas que no financien totalmente sus gastos con sus ingresos y las asociaciones cuyos ingresos se movilicen por cuotas fijadas a sus miembros. De igual manera, se precisan otras exenciones. En la práctica, este instrumento se asemeja al conocido como «otros impuestos locales», usualmente aplicados sobre la industria, negocios, comercios y profesiones. De hecho, puede tomar diversas formas.¹¹ Muchas resultarían válidas para La Habana Vieja, en caso de ampliarse su utilidad.

Sin embargo, un conjunto de consideraciones resultan pertinentes:

- La base contribuyente no resulta muy amplia, aun cuando el proceso de terciarización la favorece. Existe un sesgo importante no cubierto por este impuesto. Un importante número de actores con personalidad jurídica que se benefician con la dinámica de las transformaciones producidas por el proceso de generación no se consideran contribuyentes. Un caso peculiar lo es Cuba Petróleo (CUPET), cuya casa matriz está en la zona, pero al no realizar operaciones comerciales, queda descartada de la base contribuyente.
- El diseño de este impuesto se considera rígido, pues desestima la relación entre la distribución del ingreso respecto a la cuantía de impuesto a gravar —o sea, la capacidad de ingreso no se toma en cuenta y se carece de progresividad.
- Otro aspecto vulnerable es la falta de precisión jurídica sobre el destino del impuesto aplicado,

situación que limita la disposición de pago por parte de las entidades contribuyentes, e indica pobre transparencia del sistema impositivo.

- La no inclusión de otros tipos de impuestos como el gravado a la propiedad, o sobre transacciones de inmuebles, constituyen posibilidades desaprovechadas en cuanto a recuperar los costos de inversión dirigidos a los servicios y los espacios públicos.

Una segunda modalidad se manifiesta a través de la entrega de las ganancias gestadas por el sistema empresarial de la OHC. Su sistema económico no está sujeto al pago de impuestos, sino posee un diseño de corte centralizado donde todos los plusvalores se aportan directamente a la Oficina Económica del Historiador. ello facilita que las operaciones de ingresos y gastos queden debidamente registradas y, por tanto, controladas por este órgano económico.

En este esquema financiero se posibilita, relativamente, que el enfoque empresarial esté interesado en incrementar sus ingresos y utilidades, pues en función de estos resultados se favorece la expansión y/o consolidación de sus producciones y servicios.

El hecho de que se tengan a disposición las utilidades gestadas por una oficina económica central, posibilita que: a) se puedan armonizar *a priori* las actividades de corte social o las obras urbanísticas requeridas para el mejoramiento del área; b) se puedan conformar *financical pools* para promover acciones cuyos

efectos produzcan sinergias y ampliar las inversiones.

Sin embargo, podría resultar cuestionable una redistribución de estos plusvalores en función de prioridades institucionales o políticas que atentaran contra las iniciativas empresariales y de los individuos. A pesar de este criterio, funcionarios consultados declaran que para consolidar sus objetivos comerciales resulta sumamente beneficioso el hecho de que los recursos financieros sean reinvertidos en la zona, equilibrando así efectos negativos, la falta de completamiento de la infraestructura y reduciendo conflictos o problemas acumulados por la comunidad o la zona.

Como se observa, las dos modalidades practicadas se basan en aportes monetarios. Hasta la fecha no se ensayan o desarrollan otras modalidades, si bien algunas resultan no practicables debido a la ausencia de mercado del suelo. Sin embargo, parece que existe un conjunto de vías que podrían incorporarse al quehacer de La Habana Vieja, como la introducción de otros tipos de impuestos, el pago de suelo artificial por incrementos en el índice de edificabilidad y la compensación por intensidades superiores a la carga que asimila la infraestructura, entre otras.

Menos probable de aplicar resultarán las modalidades basadas en la transferencia de proporciones de suelo, pues este es un recurso monopolizado por el Estado; y para aquellos lotes en manos privadas —pocos y fragmentados—, no resulta provechoso aplicárselo, ya que el diseño de las políticas económicas no los incorpora para participar en arreglos asociados a

los procesos de desarrollo o redesarrollo urbano.

Introducir el cobro de un porcentaje del precio de venta cuando excediera el valor de tasación fiscal no se ajusta, por las razones explicadas en el punto anterior. De igual manera, transferir u otorgar concesiones urbanas no resulta una modalidad promovida. El Estado, por ley, se hace responsable hasta ahora de la totalidad de los servicios urbanos y públicos.

Afianzar el futuro

La agenda cubana para el nuevo siglo deberá proponerse, en lo relativo al desarrollo del suelo urbano, el establecimiento de un sistema legal con parámetros bien definidos y la introducción de mecanismos más transparentes en la evaluación del suelo y los inmuebles. La diversificación de los tipos de corporaciones con socios establecidos en Cuba, dispuestos a participar en proyectos para el desarrollo de envergadura internacional, contribuiría a establecer criterios con una perspectiva a largo plazo que podría impulsar proyectos de infraestructura a gran escala y respaldar la provisión de beneficios para la comunidad. Estos aspectos no difieren de los retos que, en materia de política del suelo, tienen otros países del área. Por esta razón, el estudio continuado del valor del suelo como instrumento para promover el progreso de Cuba, ofrece lecciones importantes para investigadores y funcionarios de América Latina.

Hay que reconocer el interés de la decisión del Estado cubano de haber redescubierto el suelo como un activo económico generador de

ingresos o como facilitador del desarrollo económico. Esto ha posibilitado el reconocimiento de las rentas del suelo, y de ahí el poder constituir sistemas que capturen las plusvalías generadas en esas zonas para favorecer el redesarrollo de las mismas. Resulta relevante, sin embargo, la debilidad todavía existente en el andamiaje legal relacionado con estos temas. Cada día es más urgente la promulgación de una ley que regule de forma general —y haga más transparente— la gestión del suelo, y de instrumentos que reglamenten de forma adecuada la actividad inmobiliaria, el avalúo del suelo, las hipotecas, y el sistema fiscal relacionado con el suelo, entre otros.

La panorámica general que se esboza en este artículo no está exenta de contradicciones. Entre los planificadores cubanos se discute la viabilidad de introducir los mercados libres del suelo con sistemas fuertes de impuestos o continuar con la administración pública de la tierra. Quienes se inclinan por lo primero, consideran necesaria la promoción de negocios para el desarrollo, de manera que la isla se beneficie de los contactos con la economía global. Argumentan que Cuba debe seguir desarrollando mecanismos para capturar las plusvalías del suelo.

Quienes se inclinan por la segunda tendencia, apuntan los éxitos obtenidos por Cuba en la reducción de la segregación espacial, la promoción de un balance social y de servicios urbanos, la preservación de los valores patrimoniales de la ciudad, y la capacidad de crear una reserva de suelo para desarrollos futuros. Estos expertos refieren que la experiencia de los países

latinoamericanos con los mercados libres ha aumentado la segregación y la separación entre barriadas de ricos y pobres, que se ha incrementado la carencia de servicios sociales en las áreas pobres, y se han elevado la violencia urbana, la especulación y los problemas medioambientales.

En el caso específico de La Habana Vieja, del análisis realizado se puede derivar consideraciones de gran utilidad para propiciar un mejor desempeño. Las características del contexto económico, financiero y jurídico nacional —predominio del suelo estatal, desconocimiento de un mercado de suelo, activación parcial de las rentas y determinación artificial de los precios del suelo—, así como la excesiva cantidad y diversidad de actores participantes en el proceso, hacen que el estudio y análisis del flujo de generación y captación de plusvalías en esta parte de la ciudad sea particularmente complejo.

La OHC constituye la primera experiencia de captura de plusvalías urbanas en los últimos cuarenta años. Se han identificado dos modalidades: impuestos y entrega de las utilidades gestadas. La primera actúa sobre una base tributaria reducida, y existe un conjunto de otras modalidades no introducidas en el caso cubano. La segunda, de baja transparencia para los actores locales y la comunidad, tiende a limitar el estímulo por una mayor búsqueda de la eficiencia económica a nivel empresarial, pero permite acumular cuantías financieras de suficiente significación como para enfrentar las inversiones necesarias en el territorio.

La captura de plusvalía que se lleva a cabo principalmente por la OHC y por el Gobierno central, se debe a la muy alta proporción de reinversión de las ganancias que mantienen en la propia zona. Una eventual reducción de estas magnitudes demandaría la creación de mecanismos adecuados de recuperación de plusvalía. Hasta hoy, ha sido muy limitada su apropiación por parte del capital privado, debido a la pequeña dimensión de este (paladares,¹² alquiler de habitaciones, etc.). Un crecimiento de su papel económico exigiría, igualmente, una revisión urgente de los mecanismos de reapropiación de plusvalía.

No se deben olvidar las condiciones en las que se está verificando la regeneración del Centro Histórico, en el sentido de que otros municipios de la ciudad están absorbiendo actividades —residenciales o productivas— que poco a poco el territorio va expulsando como externalidades negativas o minusvalías del proceso. Ello justificaría plenamente el aporte inversionista que la OHC pueda estar haciendo en otras zonas de la ciudad, aunque en un futuro habría que establecer mecanismos más efectivos, a fin de cuantificar y controlar los flujos económicos entre la zona y la ciudad.

Merece la pena mencionar el peso todavía débil de la inversión local por parte de la OHC en lo referido a inversiones infraestructurales. ello puede significar no sólo una fuerte restricción en el futuro para el propio desarrollo de la zona, sino también afectar la generación de plusvalías. Sería interesante relacionar de algún modo la contribución de los beneficiados con el volumen de estas inversiones en

infraestructura. Afortunadamente, otras entidades estatales han venido articulando inversiones en infraestructura en el Centro Histórico.

Se trata de un tema de vital importancia no sólo para la Habana Vieja, sino para la Ciudad de La Habana y para el propio país. Indudablemente, el asunto requiere mayor estudio, debate y profundización. Sólo hemos pretendido iniciar este camino aportando unas primeras impresiones para promover las investigaciones sobre el problema.

Notas

¹ Durante los años 2001 y 2002 se ha impulsado un contundente programa de reparación de instalaciones educacionales y de la salud que ha permitido elevar la calidad de los servicios sociales en estos dos sectores.

² Ponencia de Dulce Maceo y Yaquelin Vale, de la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Finanzas y Precios, al Encuentro Técnico celebrado en marzo del 2003 en la Habana. Las autoras declaran que el aporte del suelo en los proyectos turísticos realizados en el país de 1998 a 2002 con inversiones extranjeras supera la cifra de 790 millones de dólares.

³ Véase Ponencia de especialistas del Ministerio de Finanzas y Precios en el Encuentro Internacional «Fortalecer la capacidad financiera de las ciudades: El diseño de instrumentos, desarrollo de proyectos y el análisis de negocios», La Habana, marzo del 2003, organizado por Rado y Asociados, la Oficina del Historiador y el Grupo para el Desarrollo Integral de la Capital.

⁴ Plan Maestro, *Plan de Desarrollo Integral*, 1998, p. 18.

⁵ *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, Decreto-Ley número 143 del Consejo de Estado.

⁶ Desde principios de los años 50 el área constituyó un enclave importante en cuanto a servicios hoteleros,

funciones comerciales y gastronómicas. Estadísticas de 1957 destacan que unos 180 000 turistas, mayormente provenientes de los Estados Unidos, se alojaban en la planta hotelera que allí radicaba. Véase *Documento sobre la evolución turística en Cuba previa a 1959*, CECE, La Habana, 1989.

⁷ Cluster hotelero en los alrededores de Neptuno y Prado.

⁸ Lote con edificación en ruina localizado en 23 y P, valorado en 1996 en 750 usd/m², con un área de aproximadamente 4 000 m².

⁹ Plan Maestro, *Plan de Desarrollo Integral*, 1998, p. 61.

¹⁰ Desde el año 1994, en que se despenalizó la tenencia y uso de moneda fuerte o libremente convertible, el país opera su economía en un modelo monetario dual, lo que implica que ambas monedas deben ser controladas, planificadas y gestionadas según disposiciones del Ministerio de Finanzas y Precios.

¹¹ Otros impuestos locales en la ciudad de San Salvador han llegado a representar el 80% de los ingresos locales.

¹² Restaurantes privados que operan a cargo de individuos o familias. Estos restaurantes no pueden superar las doce sillas y pagan impuesto sobre los ingresos y por el permiso anual para realizar su operación.

Esta investigación se produce en el marco de un esfuerzo promovido por el Instituto Lincoln sobre Políticas del Suelo, que permite el intercambio sobre el tema en doce ciudades latinoamericanas.

Un nuevo contrato

entre cultura y sociedad.

«El futuro ya no es lo que era antes»¹

FRANCISCO J. LACAYO PARAJÓN

*Director de la Oficina Regional de Cultura
para América Latina y el Caribe de la UNESCO*

En todas las épocas ha habido cambios, pero en la época actual puede decirse que hasta el concepto de cambio ha cambiado. Convencida de que en el mundo moderno la profundidad y el ritmo acelerado de los cambios nos obliga a repensarnos y redefinirnos, la UNESCO se preguntó a sí misma, recientemente, si hoy en día tenía razón de ser como institución. en el Consejo Ejecutivo de la UNESCO de la primavera del 2000, la organización respondió a su propia interrogante afirmando que la UNESCO continúa teniendo plena razón de ser, porque en la era del conocimiento, de las nuevas tecnologías de la comunicación, de los impresionantes avances de la biotecnología y en la era de la mundialización, su misión principal es promover la humanización de la globalización a través de los campos de competencia de la UNESCO: la educación, la cultura, la ciencia y la comunicación. «Esa idea integradora podría ser —afirma el Informe del Equipo Especial sobre la UNESCO en el Siglo XXI—, la de humanizar la mundialización. Así pues, la mundialización para la UNESCO significa la mundialización al servicio de la humanidad».² Pocos días después, durante el mismo Consejo Ejecutivo de la UNESCO (160 EX/48 Partes 6 y 7 Rev.) el equipo especial recomendó sustituir la expresión «humanización de la mundialización» por «una mundialización con rostro humano: hacia la paz, la seguridad y el desarrollo en el siglo XXI». Esta propuesta quedó asumida en la actual Estrategia a Plazo Medio de la UNESCO. Las altas instancias de la organización buscan, pues, cuál debe de ser el nuevo *status* y el nuevo papel de la UNESCO en este proceso.

Cultura, diversidad y riquezas

En diferentes textos, la UNESCO propone como estrategias para promover una globalización humanista el fomento de las dos grandes diversidades: la biodiversidad y la diversidad cultural, garantía de sobrevivencia y crecimiento de la humanidad como especie y como sociedad. Por eso afirma: «la diversidad cultural es, para el género humano, tan necesaria como la diversidad biológica para los organismos vivos».³

Si logramos una globalización que conlleve como ánima esas dos grandes diversidades, no habremos perdido la dimensión humanista en la mundialización, ni caeremos en una cultura del espejo en la que, clonados nuestros pensamientos y sentimientos, terminemos condenados a contemplar nuestra propia imagen convertida en un esterilizante «yo» sin «tú». Asimismo, en recientes reflexiones y textos la UNESCO señala que en el inicio de este nuevo milenio la humanidad está viendo el nacimiento de nuevas riquezas, en el sentido pleno de la palabra, y que estas nuevas riquezas son la diversidad cultural, la creatividad de las sociedades e individuos y el patrimonio vivo, como raíz y no como momia del pasado.

En la concepción de los ministros de Cultura convocados por la UNESCO, el patrimonio cultural no puede ser visto, a partir de ahora, únicamente como un valor heredado que debe ser conservado y preservado como parte de la identidad de determinada sociedad. Lo patrimonial como raíz no está desligado del tronco vivo, ni de las ramas, los frutos y las nuevas

semillas de una sociedad. Lejos de constituir un legado momificado, para seguir siendo auténtica raíz y para explayarse como riqueza plena, engendrando frutos, semillas y nuevas raíces, es necesario que esté en continuo proceso de recreación. El lema debería de ser, en este caso, nunca nada contra las raíces, ni sin las raíces, pero siempre a partir y más allá de las raíces. «Los ministros hicieron énfasis en el hecho de que la protección y promoción del patrimonio tangible e intangible debe ser el centro de las políticas culturales a largo y corto plazo.

Acordaron que el concepto de patrimonio había evolucionado considerablemente y que ahora debía incorporar una visión orientada hacia el futuro, abriendo paso a la creación cultural contemporánea, su promoción y diseminación, con la participación activa de otros actores en la sociedad civil. Del mismo modo, reconocieron que el valor innegable del patrimonio en las políticas sociales, económicas y de desarrollo es de vital importancia».⁴ «Cuando la UNESCO se refiere a la protección del patrimonio cultural material e inmaterial, está promoviendo algo más que la sobrevivencia de la diversidad cultural, se trata de garantizar su capacidad misma de renovación».⁵

No está de más recordar que lo que llamamos patrimonio o raíz cultural no es un hecho histórico irrepetible. En cada momento una sociedad sana, con personalidad propia, consciente de su identidad, *status* y papel en la universalidad, engendra raíces y patrimonio. De esa manera, nuestra función y nuestra responsabilidad ante lo patrimonial

es doble: garantizar la coherencia y la vitalidad renovada de las raíces pasadas y engendrar nuevas raíces para el futuro. No sólo somos conservadores y restauradores del patrimonio, sino también creadores de uno nuevo.

Vista así, la cultura se nos presenta como la bisagra articuladora de las contradicciones entre desarrollo económico y desarrollo sustentable, entre desarrollo sustentable y sociedad sustentable, entre mundialización e identidad, creatividad y diversidad. «La Declaración sobre la Diversidad Cultural contrapone a las visiones apocalípticas del “choque de civilizaciones” y a los encierros fundamentalistas la perspectiva de un mundo más abierto, más creativo, más democrático. Porque, como afirma Lévi-Strauss, “la diversidad está menos en función del aislamiento de los grupos que de las relaciones que los unen”». ⁶ No debemos proponer una concertación nacional, regional o mundial a pesar o contra las diversidades culturales, sino a partir de ellas.

Permítanme abordar en forma breve el tema del patrimonio cultural oral e inmaterial.

Como ustedes saben, el año pasado la UNESCO creó la Lista de Obras Maestras del Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, como un instrumento para promover la toma de conciencia sobre su carácter de riqueza de la humanidad y para contribuir a su preservación, sobre todo en aquellos casos en los que se encuentra en peligro de extinción. La Tercera Mesa Redonda de Ministros de Cultura del Mundo, auspiciada por la UNESCO y realizada en Estambul en

septiembre de 2002, asumió el título de «El Patrimonio Cultural Inmaterial, Espejo de la Diversidad Cultural». En la «Declaración de Estambul», los ministros afirman:

Las expresiones múltiples del patrimonio cultural inmaterial están en los fundamentos de la identidad cultural de los pueblos y las comunidades, al tiempo que constituyen una riqueza común para el conjunto de la humanidad. Profundamente enraizadas en la historia local y en el entorno natural, encarnadas entre otras en una gran variedad de lenguas que son otras tantas visiones del mundo, constituyen un factor esencial para la preservación de la diversidad cultural.⁷

Esa misma declaración afirma que el patrimonio inmaterial es «una de las fuentes principales de la creatividad y de la creación cultural», es decir, mientras más rico y mejor preservado esté el patrimonio oral e inmaterial de un país o de una comunidad, mayores y mejores canteras de creatividad tendrán a su disposición dichos países o comunidades.

El papel de la cultura

Yendo aún más lejos, en la Mesa Redonda de Ministros de la Cultura del Mundo (París, diciembre de 2000), convocada por la UNESCO, los ministros allí reunidos han propuesto, en esta misma línea, una Alianza Mundial en pro de la Diversidad Cultural.

En la ya citada Mesa Redonda, los Ministros de Cultura del Mundo (París, diciembre de 2000), convocada por la UNESCO, los ministros allí reunidos han propuesto, en esta misma línea, una

Alianza Mundial en producción de la Diversidad Cultural.

En la ya citada Mesa Redonda, los Ministros de Cultura nos dicen: «La cultura no debe ocupar una plaza secundaria ante la economía», «las industrias culturales son las industrias del futuro y las tecnologías y los intercambios entre los países pueden favorecer su progreso».⁸ Este reconocimiento actual del carácter medular de la cultura, ha sido fruto de un largo proceso de reflexión iniciado hace años por la UNESCO.

En la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales (MUNDIACULT, México, 1982), ya hay bases para esta toma de posiciones:

La cultura constituye una dimensión fundamental del proceso de desarrollo, y contribuye a fortalecer la independencia, la soberanía y la identidad de las naciones, el crecimiento se ha concebido frecuentemente en términos cuantitativos, sin tomar en cuenta su necesaria dimensión cualitativa, es decir, la satisfacción de las aspiraciones espirituales y culturales del hombre. El desarrollo auténtico persigue el bienestar y la satisfacción constante de cada uno y de todos.⁹

La cultura como riqueza del desarrollo

Del Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, Nuestra *Diversidad Creativa* (París, septiembre de 1996), documento posterior a MUNDIACULT, también conocido como el Informe de Pérez de Cuéllar, extraemos las siguientes citas, cuyo contenido consideramos de una extraordinaria y creciente actualidad:

La cultura modela nuestro pensamiento, nuestra imaginación y nuestro comportamiento. La cultura es la transmisión de comportamiento tanto como una fuente dinámica de cambio, creatividad y libertad, que abre posibilidades de innovación. Para los grupos y las sociedades, la cultura es energía, inspiración y empoderamiento, al mismo tiempo que conocimiento y reconocimiento de la diversidad.

Así como la tarea de construir la paz y consolidar los valores democráticos constituye un conjunto indivisible de objetivos, de la misma manera el goce de los derechos económicos y políticos no se puede disociar de los derechos sociales y culturales.

El desafío que tiene ante sí la humanidad es adoptar nuevas formas de pensar, actuar y organizarse en sociedad; en resumen, nuevas formas de vivir. El desafío consiste también en promover vías de desarrollo diferentes, informadas por el reconocimiento de cómo los factores culturales modelan la manera como las sociedades conciben sus propios futuros y eligen los medios para alcanzarlos.

Nuestro camino es largo. Todavía no hemos aprendido a respetarnos plenamente, ni a compartir ni a colaborar. Este momento realmente extraordinario de la historia requiere soluciones de excepción. El mundo que conocemos, todas las relaciones que dábamos por sentadas, están experimentando una reformulación y una reconstrucción profundas. Se necesita imaginación, capacidad de innovación, visión y creatividad.

Las artes son la forma más inmediatamente reconocible de creatividad. Todas las artes constituyen ejemplos admirables del concepto de creatividad, pues son el

fruto de la imaginación pura. Sin embargo, si bien las artes forman parte de las formas más elevadas de la actividad humana, crecen en el terreno de los actos más rutinarios de la vida cotidiana.

Sin embargo, en un mundo en que la cultura se ha convertido en mercancía, la creatividad se considera con mucha frecuencia como algo despreciado o que se da por descontado.

Frecuentemente se olvida que la creatividad es una fuerza social, ya se trate de un artista aficionado o de los esfuerzos de una comunidad.

El desarrollo plantea nuevos desafíos a la conservación del patrimonio. No sólo hay una enorme distancia entre fines y medios, sino que además nuestras definiciones de patrimonio siguen siendo demasiado restringidas, sesgadas a favor de la élite, lo monumental, lo escrito y lo ceremonial. Es necesario reevaluar dichas concepciones y desarrollar métodos más adecuados para definir e interpretar nuestros recursos naturales. Es esencial comprender los valores y las aspiraciones que motivaron a sus hacedores, sin los cuales un objeto queda desvinculado de su contexto y no se le puede atribuir su verdadero significado. Lo tangible sólo se puede interpretar mediante lo intangible.

Ya es hora de elaborar un paradigma en el que los diferentes actores sociales forjen juntos modos de desarrollo humano que tengan presentes las cuestiones culturales y que las reconozcan como tales.¹⁰

Más adelante se sostiene la necesidad de una ética global para el buen gobierno del mundo:

La Comisión desea dejar claro que el nacimiento de una ética más global y de unas normas comunes de conducta internacional será imposible si las grandes potencias no están dispuestas a someterse a las mismas reglas que los demás miembros de la comunidad de naciones. La igualdad ante la ley, la responsabilidad democrática y la transparencia de la información son conceptos fundamentales, que han tardado siglos en desarrollarse en el seno de las naciones. Ha llegado el momento de extender estos principios a una ética global para el siglo XXI.¹¹

A partir de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo (Estocolmo, 1998) y del Informe *Nuestra Diversidad Creativa*, de Pérez de Cuéllar, la UNESCO ha proseguido sus esfuerzos para que se reconozca el papel fundamental desempeñado por la cultura en las estrategias nacionales e internacionales de desarrollo. Esto se expresa, entre otros campos y enfoques, a través de:

- La promoción y conservación del patrimonio en relación con el turismo, difundiendo las mejores prácticas e impulsando un verdadero turismo cultural.
- La promoción de la artesanía, estrechando los vínculos entre cultura y desarrollo.
- El apoyo a los pueblos indígenas, en el marco del Decenio Internacional de las Poblaciones Indígenas del Mundo (1995-2004), aplicando un enfoque interdisciplinario que garantice la plena participación de las minorías en la formulación, puesta en marcha y seguimiento de políticas y acciones que les afecten directamente:
- La reciente Convención Internacional sobre Patrimonio Subacuático.

- La creación de la Lista de Obras Maestras del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad.
- Los trabajos preparatorios para una propuesta de una Convención Internacional sobre el Patrimonio Inmaterial.

La síntesis final de este proceso del pensamiento es que la cultura se ha convertido en un elemento primordial para cualquier tipo de desarrollo, y por lo tanto, entre las preocupaciones de los Estados deben figurar el bienestar cultural y la adopción de políticas culturales necesarias para ocuparse del desarrollo humano, promover el pluralismo y fomentar la cohesión social y la creatividad. Como afirma el famoso Informe de Pérez de Cuéllar, «un desarrollo sin cultura, es un crecimiento sin alma».¹²

Este punto nos permite plantearnos si es posible un desarrollo sostenible que no integre el paradigma de la sociedad sustentable, cuya realización plena exige que la cultura como riqueza asuma un papel protagónico en los planes de desarrollo. Si el status y el papel de la cultura han cambiado sustancialmente si las nuevas riquezas del futuro son y serán de naturaleza fundamentalmente cultural, es lógico concluir la necesidad de redefinir el contrato entre cultura y sociedad, entre cultura y plan nacional de crecimiento y desarrollo. Esta doctrina «unesquiana», consenso de la reflexión más visionaria de los Estados miembros, ha venido sosteniendo que sólo desde la cultura se puede diseñar e implementar un modelo de desarrollo humano que sea coherente con el crecimiento y el desarrollo económico, que sólo desde la cultura se puede proponer

la construcción de sociedades sustentables.

Llama la atención que en el modelo de sociedad de las culturas clásicas griega y romana, el primer paradigma es la sociedad y la cultura del *otium* (ocio-creatividad) y no el *nec-otium* (negocio). El *otium* de los clásicos se identifica, precisamente, con el mundo de la creatividad, de la diversidad cultural y de la riqueza patrimonial, es decir, con el mundo de la cultura. Solamente después, y a partir de la definición positiva del *otium*, definen los clásicos el otro mundo, la contraparte del ocio: el del *nec-otium*. El *nec-otium* aparece entonces como un instrumento para crear el mundo de la sociedad sustentable, que tiene como eje paradigmático al *otium*.

Pareciera que la lógica del mundo económico moderno está descubriendo que el mejor *nec-otium* va siendo el *otium*, encontrándose ante una contradicción sobre la cual la UNESCO toma posición: ¿cómo convertir el «ocio-creatividad, patrimonio-identidad-diversidad» en «negocio» sin que aquel pierda por ello su naturaleza de «ocio» (creatividad, gratuidad, identidad)?

La gran interrogante es: ¿cómo superamos la contradicción antes mencionada, de modo que al convertir el ocio en negocio no se destruya su creatividad, su identidad?

Productos e industrias culturales

La Sra. Catherine Lalumière, primera expositora de la Segunda Mesa Redonda de Ministros de

Cultura «Diversidad Cultural: Las Apuestas del Mercado», afirma:

No es suficiente decir que «los productos culturales no son mercancías como los demás». La cultura está en todas partes: en las obras de arte, pero también en las lenguas, en la alimentación, etc. Los criterios para aislar los productos y servicios que deben ser protegidos no pueden ser más que orgánicos o materiales. Así debemos, por ejemplo, razonar sobre el conjunto de la industria cinematográfica. Hay dos grandes categorías a proteger: de un lado, las industrias que producen bienes o servicios que presumiblemente, por su misma naturaleza, representan una cultura, ya sea nacional, regional, espiritual, filosófica u otra, como el cine o el libro; de otro, la capacidad de creación de las generaciones futuras, evitando la copia o cualquier otra forma de plagio. Una tercera categoría se añade: la del «saber hacer» y los «productos de origen».¹³

Este parece ser, en el fondo, el eje principal de la contradicción de las denominadas industrias culturales, así como del turismo cultural, vistos desde la dimensión de la cultura y del desarrollo humano.

Ya nadie niega la presencia cada vez más fuerte de las industrias culturales en el Producto Interno Bruto (PIB). En algunos países desarrollados, llegan a ocupar el 3% e incluso el 6% del PIB. Aunque nuestra percepción es que allí no se incluyen los valores agregados culturales de muchos productos industriales tradicionales. ¿Cuánto es, por ejemplo, el valor agregado cultural en la industria del vino, de la perfumería o del tabaco de grandes marcas?

Permítanme lanzar una información que desearía fuera positivamente provocadora y sugestiva. Afirman los expertos que en la actualidad existen cerca de siete mil lenguas vivas, de las cuales sólo unas cien tienen rango de lenguas oficiales. Unas tres mil lenguas vivas están en riesgo de extinción. Nadie puede negar que una lengua viva es una obra humana muy superior, por ejemplo, a ese fenómeno de la modernidad informática y digital que es el *software* Windows. ¿En cuánto se cotiza una lengua viva en esa misma instancia? ¿Qué estaría dispuesto a pagar el señor Bill Gates al genio que inventara una lengua viva? ¿Podemos atrevernos a pensar que algún día no muy lejano el mundo del negocio pondrá un precio de mercancía a ese producto de la cultura, del patrimonio, de la creatividad cultural que es una lengua viva? ¿Se debe y se puede plantear hoy en día el tema de derechos de autor para las lenguas vivas? ¿Qué pierde la humanidad en patrimonio, creatividad, cosmovisión, sabiduría, capacidad de respuesta ante los grandes desafíos de la salud, el medio ambiente, la convivencia pacífica, la ética, la educación, cuando se extingue una lengua viva? La creatividad, la diversidad cultural y el patrimonio son las nuevas riquezas del mundo moderno, afirma la UNESCO.

Creemos que hay más disposición para aceptar que el patrimonio vivo, la creatividad y la diversidad cultural son riquezas indispensables para cualquier proyecto de desarrollo humano. Pero creemos también que hay que atreverse a afirmar que ellas lo son también para cualquier proyecto de desarrollo económico y social.

Ya no estamos afirmando, únicamente, que para plantear un modelo viable de desarrollo económico y social es necesario tomar en cuenta a la cultura o «integrar una visión cultural», señalando para ello que muchos proyectos de desarrollo económico o social han fracasado «porque no toman en cuenta y no logran comprender la dimensión histórica y cultural del mundo económico».

Ya no se trata sólo de aceptar la gran fuerza económica y social que están adquiriendo las industrias culturales y el turismo en general pero, especialmente, el turismo cultural. Tampoco de aceptar que lo cultural es, hoy en día, un insumo estratégico de la industria, muchos de cuyos productos tradicionales van agregando cada vez más riquezas simbólicas, riquezas de patrimonio y diversidad cultural para convertirlas en valores económicos. Se trata de tomar posición ante la tesis de que las riquezas del futuro, dando al concepto riquezas un pleno sentido, serán cada vez más la creatividad de las sociedades, la diversidad cultural y el patrimonio cultural vivo, a las que se pueden añadir el conocimiento y el patrimonio natural. Se trata, por tanto, de reconocer que la cultura debe de estar presente en la mesa en la que se definen los planes de desarrollo económico y social, y no sólo a la puerta de dichas sesiones, a la espera de cuánto se le va a asignar en los montos presupuestarios del gasto público o privado.

En la lógica de estas reflexiones, siento la necesidad de hacer una alusión a la llamada industria del turismo y a su vinculación con las nuevas riquezas: patrimonio vivo cultural, diversidad cultural y creatividad. Basta indagar en

múltiples fuentes accesibles a todos, para comprobar que la industria del turismo es hoy uno de los grandes motores del desarrollo y de generación de divisas, tanto para los países desarrollados como para aquellos en vías de desarrollo. Sabemos que los estudiosos del turismo han propuesto ya diversos tipos de turismo, a partir de los elementos que movilizan a los turistas. Se habla de turismo de playas, ecológico, de salud, académico y cultural, entre otros.

Sin pretender entrar en análisis pormenorizados, queremos señalar que, cualquiera sea el tipo de turismo, existe un conjunto de riquezas que son la base de la atracción turística de las comunidades y los países: el patrimonio natural, el patrimonio cultural, la diversidad cultural y la creatividad, sobre todo cuando esta última ofrece productos de alto nivel de identidad, diversidad, valor simbólico y/o artístico.

Nadie se mueve para contemplarse así mismo en un espejo. Ningún turista invierte en un viaje para regresar sin cierto tipo de enriquecimiento cultural o natural.

Los países y las comunidades que han implementado políticas culturales sólidas, así como sistemas y programas en función del conocimiento, estudio científico, recuperación, promoción de su patrimonio, su diversidad y su creatividad a partir de la identidad, poseen de hecho motores potenciales de desarrollo turístico —con el complemento, claro está, de una adecuada infraestructura y una correcta y eficaz política de mercado y de gerencia. Pero sí, además de eso, han sido capaces de implementar sólidos y eficaces sistemas de educación cultural,

políticas y leyes para la protección de sus riquezas culturales ante ciertos comportamientos desviados del turismo, no sólo poseen una riqueza lista a convertirse en motor de desarrollo y en valor económico, sino también la capacidad de impedir que el mercado y la dinámica económica destruyan, deterioren, vulgaricen o degraden el valor de identidad o prostituyan su riqueza cultural.

Pero a diferencia de los tradicionalmente llamados recursos naturales —minerales, bosques, etc.—, para que las riquezas culturales del patrimonio, la diversidad cultural y la creatividad se puedan convertir en motores de desarrollo sustentable y en motores para la construcción de una sociedad sustentable, es necesario que los habitantes del país o comunidad, los propietarios de estas riquezas, adquieran la conciencia de dichas riquezas e inviertan en asumirlas, estudiarlas, protegerlas y recrearlas.

Cultura e identidad

Me parece oportuno señalar en este momento que la afirmación de la cultura, del patrimonio, de la diversidad cultural y de la creatividad como riquezas, tiene una necesaria referencia a la identidad cultural y a la identidad nacional. Si consideramos a la cultura como la personalidad histórica de una sociedad, esta personalidad será siempre una realidad con opciones de evolución que no contradicen la continuidad de sus raíces.

Asimismo, la afirmación de lo local, de lo nacional, no tiene por qué aparecer como un rechazo o una negación de lo universal. Precisamente, uno de los rasgos de

la salud de una cultura —sea la de una pequeña comunidad, una nación o una región—, es su capacidad para entrar en sana interrelación con otras culturas diferentes. «Todo lo que es humano nos pertenece», afirmaban los filósofos griegos. Este puede ser un principio orientador en las políticas culturales. El reto consiste en alcanzar la capacidad, la salud y la madurez cultural suficientes para interrelacionarse con otras culturas, sabiendo que ello puede generar cambios en ambas partes.

Recordemos que, al igual que en las plantas, los cambios pueden provenir no sólo de la dinámica de las raíces, sino también de posibles procesos de injertos. Esta imagen del injerto nos parece muy útil para ilustrar experiencias sanas y justas de interrelación cultural. Injertar es quizás una expresión más adecuada que las habitualmente usadas en estas ocasiones: integrar o articular.

Conclusión

Queridos amigos, queridas amigas. He intentado presentar a ustedes, sustentando mis ideas en algunos de los grandes consensos y declaraciones recientes de la UNESCO, una exposición coherente con la tesis que les he propuesto al inicio de esta charla: es necesario, pertinente y posible un nuevo contrato entre cultura y sociedad. La comprensión de estos conceptos, y la adhesión a ellos, nos tendría que llevar a evaluar de raíz las políticas y programas de cultura. Luego esto nos permitirá abordar con mayor claridad y pertinencia la definición de los sistemas nacionales de cultura, con sus correspondientes instituciones y legislaciones.

No obstante, aunque he tratado de insistir en la dimensión de la cultura como una verdadera riqueza capaz de convertirse en motor de desarrollo social y económico, siento la necesidad de concluir recordando que si bien en el modelo actual de nuestras economías existe la tendencia de reducirlo todo al *status* de mercancía, la razón primera de las riquezas culturales no es de índole económica, comercial o financiera. Su primera razón de ser, aunque no generara ni una sola divisa, es aportarnos razones para vivir. Su primera razón de ser es hacernos posible, más allá de cualquier cambio, continuar siendo especie humana, seres pensantes, racionales, capaces de convivir en paz, de enfrentar los retos de la vida con solidaridad, de valorar la vida y la persona humana por encima de cualquier otra cosa.

Permítanme repetir la frase del gran documento *Nuestra Diversidad Creativa*: «Un desarrollo sin cultura, es un crecimiento sin alma». Muchas riquezas pueden ayudarnos a solucionar los problemas de la subsistencia humana. Sólo la cultura, como aquí la hemos entendido, puede aportarnos el sentido de la vida, de la persona humana, la sociedad y la historia.

Muchas gracias.

Notas

¹ Frase de Julio María Sanguinetti, ex presidente de Uruguay, citada por Carlos Fuentes en un reciente artículo.

² Informe Final del Equipo Especial sobre la UNESCO en el Siglo XXI, 160.EX/48, París, 11 de octubre de 2000.

³ *Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural*, París, 2 de noviembre de 2001.

⁴ Primera Mesa Redonda de Ministros de Cultura, «Cultura y Creatividad en un Mundo Globalizado», UNESCO, París, 2 de noviembre de 1999.

⁵ M. Kolchiro Matsuura, director General de la UNESCO, «Diversidad cultural y biodiversidad para un desarrollo sustentable», discurso en Mesa Redonda co-organizada por UNESCO, PNUE y Gobierno de Francia en el marco de la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sustentable, Johannesburg, 3 de septiembre de 2003. Traducción del francés a cargo del autor de este artículo.

⁶ *Ibidem*.

⁷ «Declaración de Estambul».

⁸ Primera Mesa Redonda de Ministros de Cultura, ob. cit.

⁹ Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales, México, 1982.

¹⁰ Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, *Nuestra Diversidad Creativa*, París, septiembre de 1996.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*.

¹³ Segunda Mesa Redonda de Ministros de Cultura, «Diversidad Cultural: las Apuestas del Mercado». Informe Final, París, diciembre de 2000.

Palabras del Director de la Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe de la UNESCO en el Seminario Técnico sobre la Diversidad Cultural en el MERCOSUR, Asunción, Paraguay, 3 de junio de 2003.

DOCUMENTOS

Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural

(París, 2 de noviembre de 2001)

^a
La 31^a Conferencia General,

Reafirmando su adhesión a la plena realización de los derechos humanos y de las libertades fundamentales proclamadas en la Declaración Universal de Derechos Humanos y en otros instrumentos universalmente reconocidos, como los dos pactos internacionales de 1966 relativos uno a los derechos civiles y políticos y el otro a los derechos económicos, sociales y culturales,

Recordando que en el Preámbulo de la Constitución de la UNESCO se afirma «[...] que la amplia difusión de la cultura y la educación de la humanidad para la justicia, la libertad y la paz son indispensables a la dignidad del hombre y constituyen un deber sagrado que todas las naciones han de cumplir con un espíritu de responsabilidad y de ayuda mutua».

Recordando también su Artículo primero, que asigna a la UNESCO, entre otros objetivos, el de recomendar «los acuerdos internacionales que estime convenientes para facilitar la libre circulación de las ideas por medio de la palabra y de la imagen»,

Refiriéndose a las disposiciones relativas a la diversidad cultural y al ejercicio de los derechos culturales que figuran en los instrumentos internacionales promulgados por la UNESCO,¹

Reafirmando que la cultura debe ser considerada como el conjunto de los rasgos distintivos espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o a un grupo social y que abarca, además de las artes y las letras, los modos de vida, las maneras de vivir juntos, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias,²

Constatando que la cultura se encuentra en el centro de los debates contemporáneos sobre la identidad, la cohesión social y el desarrollo de una economía fundada en el saber.

Afirmando que el respeto a la diversidad de las culturas, la tolerancia, el diálogo y la cooperación, en un clima de confianza y de entendimiento mutuos, están entre los mejores garantes de la paz y la seguridad internacionales.

Aspirando a una mayor solidaridad fundada en el reconocimiento de la diversidad cultural, en la conciencia de la unidad del género humano y en el desarrollo de los intercambios culturales.

Considerando que el proceso de mundialización, facilitado por la rápida evolución de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, pese a constituir un reto para la diversidad cultural crea las condiciones para un diálogo renovado entre las culturas y las civilizaciones.

Consciente del mandato específico que se ha dado a la UNESCO, en el seno del sistema de las Naciones Unidas, consistente en asegurar la preservación y la promoción de la fecunda diversidad de las culturas,

Proclama los principios siguientes y aprueba la presente Declaración:

IDENTIDAD, DIVERSIDAD Y PLURALISMO

Artículo 1. La diversidad cultural, patrimonio común de la humanidad

La cultura adquiere formas diversas a través del tiempo y del espacio. Esta diversidad se manifiesta en la originalidad y la pluralidad de las identidades que caracterizan los grupos y las sociedades que componen la humanidad. Fuente de intercambios, de innovación y de creatividad, la diversidad cultural es, para el género humano, tan necesaria como la diversidad biológica para los organismos vivos. En este sentido, constituye el patrimonio común de la humanidad y debe ser reconocida y consolidada en beneficio de las generaciones presentes y futuras.

Artículo 2. De la diversidad cultural al pluralismo cultural

En nuestras sociedades cada vez más diversificadas, resulta indispensable garantizar una interacción armoniosa y una voluntad de convivir de personas y grupos con identidades culturales a un tiempo plurales, variadas y dinámicas. Las políticas que favorecen la inclusión y la participación de todos los ciudadanos garantizan la cohesión social, la vitalidad de la sociedad civil y la paz. Definido de esta manera, el pluralismo cultural constituye la respuesta política al hecho de la diversidad cultural. Inseparable de un contexto democrático, el pluralismo cultural es propicio a los intercambios culturales y al desarrollo de las capacidades creadoras que alimentan la vida pública.

Artículo 3. La diversidad cultural, factor de desarrollo

La diversidad cultural amplía las posibilidades de elección que se brindan a todos: es una de las fuentes del desarrollo, entendido no solamente en términos de crecimiento económico, sino también como medio de acceso a una existencia intelectual, afectiva, moral y espiritual satisfactoria.

DIVERSIDAD CULTURAL Y DERECHOS HUMANOS

Artículo 4. Los derechos humanos, garantes de la diversidad cultural

La defensa de la diversidad cultural es un imperativo ético, inseparable del respeto de la dignidad de la persona humana. Ella supone el compromiso de respetar los derechos humanos y las libertades fundamentales, en particular los derechos de las personas que pertenecen a minorías y los de los pueblos autóctonos. Nadie puede invocar la diversidad cultural para vulnerar los derechos humanos garantizados por el derecho internacional, ni para limitar su alcance.

Artículo 5. Los derechos culturales, marco propicio de la diversidad cultural

Los derechos culturales son parte integrante de los derechos humanos, que son universales, indisolubles e interdependientes. El desarrollo de una diversidad creativa exige la plena realización de los derechos culturales, tal como los define el Artículo 27 de la Declaración Universal de Derechos Humanos y los Artículos 13 y 15 del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales. Toda persona debe, así, poder expresarse, crear y difundir sus obras en la lengua que desee y en particular en su lengua materna; toda persona tiene derecho a una educación y una formación de calidad que respete plenamente su identidad cultural; toda persona debe poder participar en la vida cultural que elija y ejercer sus propias prácticas culturales, dentro de los límites que impone el respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales.

Artículo 6. Hacia una diversidad cultural accesible a todos

Al tiempo que se garantiza la libre circulación de las ideas mediante la palabra y la imagen, hay que procurar que todas las culturas puedan expresarse y darse a conocer. La libertad de expresión, el pluralismo de los medios de comunicación, el multilingüismo, la igualdad de acceso a las expresiones artísticas, el saber científico y tecnológico —comprendida su forma electrónica— y la posibilidad, para todas las culturas, de estar presentes en los medios de expresión y de difusión, son los garantes de la diversidad cultural.

DIVERSIDAD CULTURAL Y CREATIVIDAD

Artículo 7. El patrimonio cultural, fuente de la creatividad.

Toda creación tiene sus orígenes en las tradiciones culturales, pero se desarrolla plenamente en contacto con otras. Esta es la razón por la cual el patrimonio, en todas sus formas, debe ser preservado, valorizado y transmitido a las generaciones futuras como testimonio de la experiencia y de las aspiraciones humanas, a fin de nutrir la creatividad en toda su diversidad e instaurar un verdadero diálogo entre las culturas.

Artículo 8. Los bienes y servicios culturales, mercancías distintas de las demás

Frente a los cambios económicos y tecnológicos actuales, que abren vastas perspectivas para la creación y la innovación, se debe prestar una atención particular a la diversidad de la oferta creativa, a la justa consideración de los derechos de los autores y de los artistas, así como al carácter específico de los bienes y servicios culturales que, en la medida en que son portadores de identidad, de valores y sentido, no deben ser considerados como mercancías o bienes de consumo como los demás.

Artículo 9. Las políticas culturales, catalizadoras de la creatividad

Las políticas culturales, en tanto que garantizan la libre circulación de las ideas y las obras, deben crear condiciones propicias para la producción y difusión de bienes y servicios culturales diversificados, gracias a industrias culturales que dispongan de medios para desarrollarse en los planos local y mundial. Cada Estado debe, respetando sus obligaciones internacionales, definir su política cultural y aplicarla, utilizando para ello los medios de acción que juzgue más adecuados, ya se trate de apoyos concretos o de marcos reglamentarios apropiados.

DIVERSIDAD CULTURAL Y SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

Artículo 10. Reforzar las capacidades de creación y de difusión a escala mundial

Ante los desequilibrios que se producen actualmente en los flujos e intercambios de bienes culturales a escala mundial, es necesario reforzar la cooperación y la solidaridad internacionales destinadas a permitir que todos los países, en particular los países en desarrollo y los países en transición, establezcan industrias culturales viables y competitivas en los planos nacional e internacional.

Artículo 11. Establecer relaciones de asociación entre el sector público, el sector privado y la sociedad civil

Las fuerzas del mercado por sí solas no pueden garantizar la preservación y promoción de la diversidad cultural, condición de un desarrollo humano sostenible. Desde este punto de vista, conviene fortalecer la función primordial de las políticas públicas, en asociación con el sector privado y la sociedad civil.

Artículo 12. La función de la UNESCO

- La UNESCO, por su mandato y sus funciones, tiene la responsabilidad de:
- a) facilitar la aplicación del Plan de Acción cuyas orientaciones principales se adjuntan en anexo de la presente Declaración.
 - b) promover la consideración de los principios enunciados en la presente Declaración en las estrategias de desarrollo elaboradas en el seno de las diversas entidades intergubernamentales;
 - c) constituir un instrumento de referencia y de concertación entre los Estados, los organismos internacionales gubernamentales y no gubernamentales, la sociedad civil y el sector privado para la elaboración conjunta de conceptos, objetivos y políticas a favor de la diversidad cultural;
 - d) proseguir su acción normativa y su acción de sensibilización y de desarrollo de capacidades en los ámbitos relacionados con la presente Declaración que corresponden a sus esferas de competencia;

ORIENTACIONES PRINCIPALES DE UN PLAN DE ACCIÓN PARA LA APLICACIÓN DE LA DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LA UNESCO SOBRE LA DIVERSIDAD CULTURAL.

Los Estados Miembros se comprometen a tomar las medidas apropiadas para difundir ampliamente la Declaración de la UNESCO sobre la diversidad cultural y fomentar su aplicación efectiva, cooperando en particular con miras a la realización de los siguientes objetivos:

1. Profundizar el debate internacional sobre los problemas relativos a la diversidad cultural, en particular los que se refieren a sus vínculos con el desarrollo y a su influencia en la formulación de políticas, a escala tanto nacional como internacional; profundizar en particular la reflexión sobre la conveniencia de elaborar un instrumento jurídico internacional sobre la diversidad cultural .
2. Desarrollar la definición de los principios, normas y prácticas en los planos nacional e internacional, así como de los medios de sensibilización y las formas de cooperación más propicios a la salvaguardia y a la promoción de la diversidad cultural.
3. Favorecer el intercambio de conocimientos y de las prácticas recomendables en materia de pluralismo cultural con miras a facilitar, en sociedades diversificadas, la inclusión y la participación de las personas y de los grupos que proceden de horizontes culturales variados.
4. Avanzar en la comprensión y la clarificación del contenido de los derechos culturales, considerados como parte integrante de los derechos humanos.
5. Salvaguardar el patrimonio lingüístico de la humanidad y apoyar la expresión, la creación y la difusión en el mayor número posible de lenguas.
6. Fomentar la diversidad lingüística —respetando la lengua materna— en todos los niveles de la educación, dondequiera que sea posible, y estimular el aprendizaje del plurilingüismo desde la más temprana edad.

7. Alentar, a través de la educación, una toma de conciencia del valor positivo de la diversidad cultural y mejorar, a este efecto, tanto la formulación de los programas escolares como la formación de los docentes.
8. Incorporar al proceso educativo, tanto como sea necesario, métodos pedagógicos tradicionales, con el fin de preservar y optimizar los métodos culturalmente adecuados para la comunicación y la transmisión del saber.
9. Fomentar la «alfabetización electrónica» y acrecentar el dominio de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, que deben considerarse al mismo tiempo como disciplinas de enseñanza y como instrumentos pedagógicos capaces de reforzar la eficacia de los servicios educativos.
10. Promover la diversidad lingüística en el espacio numérico y fomentar el acceso gratuito y universal, a través de las redes mundiales, a todas las informaciones que pertenecen al dominio público.
11. Luchar contra las desigualdades en materia de electrónica —en estrecha cooperación con los organismos competentes del sistema de las Naciones Unidas —favoreciendo el acceso de los países en desarrollo a las nuevas tecnologías, ayudándolos a dominar las tecnologías de la información y facilitando a la vez la circulación electrónica de los productos culturales endógenos y el acceso de dichos países a los recursos numéricos de orden educativo, cultural y científico, disponibles a escala mundial.
12. Estimular la producción, la salvaguardia y la difusión de contenidos diversificados en los medios de comunicación y las redes mundiales de información y, con este fin, promover la función de los servicios públicos de radiodifusión y de televisión en la elaboración de producciones audiovisuales de calidad, favoreciendo en particular el establecimiento de mecanismos cooperativos que faciliten la difusión de las mismas.
13. Elaborar políticas y estrategias de preservación y valorización del patrimonio cultural y natural, en particular del patrimonio oral e inmaterial, y combatir el tráfico ilícito de bienes y servicios culturales.
14. Respetar y proteger los sistemas de conocimiento tradicionales, especialmente los de las poblaciones autóctonas; reconocer la contribución de los conocimientos tradicionales a la protección del medio ambiente y a la gestión de los recursos naturales, y favorecer las sinergias entre la ciencia moderna y los conocimientos locales.
15. Apoyar la movilidad de creadores, artistas, investigadores, científicos e intelectuales y el desarrollo de programas y de asociaciones internacionales de investigación, procurando al mismo tiempo preservar y aumentar la capacidad creativa de los países en desarrollo y en transición.
16. Garantizar la protección de los derechos de autor y de los derechos conexos, con miras a fomentar el desarrollo de la creatividad contemporánea y una remuneración justa del trabajo creativo, defendiendo al mismo tiempo el derecho público de acceso a la cultura, de conformidad con el Artículo 27 de la Declaración Universal de Derechos Humanos.
17. Ayudar a la creación o a la consolidación de industrias culturales en los países en desarrollo y los países en transición y, con este propósito, cooperar en el desarrollo de las infraestructuras y las competencias necesarias, apoyar la creación de mercados locales viables y facilitar el acceso de los bienes culturales de dichos países al mercado mundial y a los circuitos de distribución internacionales.

18. Elaborar políticas culturales que promuevan los principios inscritos en la presente Declaración, entre otras cosas mediante mecanismos de apoyo a la ejecución y/o de marcos reglamentarios apropiados, respetando las obligaciones internacionales de cada Estado.
19. Asociar estrechamente los diferentes sectores de la sociedad civil a la definición de las políticas públicas de salvaguardia y promoción de la diversidad cultural.
20. Reconocer y fomentar la contribución que el sector privado puede aportar a la valorización de la diversidad cultural y facilitar, con este propósito, la creación de espacios de diálogo entre el sector público y el privado.

Los Estados miembros recomiendan al Director General que al ejecutar los programas de la UNESCO tome en consideración los objetivos enunciados en el presente Plan de Acción, y que lo comunique a los organismos del sistema de las Naciones Unidas y demás organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales interesadas, con miras a reforzar la sinergia de las medidas que se adopten a favor de la diversidad cultural.

Notas

¹ Entre los cuales figuran, en particular, el Acuerdo de Florencia de 1950 y su Protocolo de Nairobi de 1976, la Convención Universal sobre Derechos de Autor de 1952, la Declaración de los Principios de Cooperación Cultural Internacional de 1966, la Convención sobre las Medidas que Deben Adoptarse para Prohibir e Impedir la Importación, la Exportación y la Transferencia de Propiedad Ilícitas de Bienes Culturales de 1970, la Convención para la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural de 1972, la Declaración de la UNESCO sobre la Raza y los Prejuicios Raciales de 1978, la Recomendación relativa a la condición del artista de 1980 y la Recomendación sobre la salvaguardia de la cultura tradicional y popular de 1989.

² Definición conforme a las conclusiones de la Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales (MONDIACULT, México, 1982), de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo (*Nuestra Diversidad Creativa, 1995*) y de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo (Estocolmo, 1998).

Se terminó la impresión de esta obra
en los talleres gráficos de
EDITORIAL LINOTIPIA BOLÍVAR
Y CIA. S. EN C.,
de la calle 10 No. 26-47, tel.: 360 0455,
en el mes de julio de 2003.
Bogotá, D.C. - Colombia